

lit: 200603
ue 36174

DMU

4077

EL LIBRO DEL CENTENARIO

— DE —
1

SELGAS



1922

TIP. DE EL TIEMPO
1923
MURCIA

1
3.13

92 selgas, f.

Queda hecho el depósito que
: : : marca la Ley : : . :



Dep- 5-I-1829

El Libro del Centenario

— DE —

SELGAS



1922

D. JOSE SELGAS
Nació en Murcia el 27 de Noviembre de 1829
el 3 de Febrero de 1902

TIP. DE EL TIEMPO
1923
MURCIA

El Libro del Centenario

— DE —

SELLOS



1922

Tir. de El Tiempo
1922
MURCIA



D. JOSE SELGAS CARRASCO

Nació en Murcia el 27 de Noviembre de 1822 y murió en Madrid
el 5 de Febrero de 1882

El Libro del Centenario de Selgas

Relación de los actos que en homenaje al
insigne poeta, novelista, satírico... se cele-
braron en Murcia, lugar de su natalicio,
en el mes de Junio de 1922

Partida de Nacimiento de Selgas

«D. José García e Ibañez, Dr. en Teología y Cura ecónomo de la de S. Bartolomé de Murcia.—Certifico: Que en el libro once de Bautismos del archivo de dicha Iglesia, al folio ochenta y ocho vuelto, se halla la siguiente partida: En la ciudad de Murcia, en veinte y siete de Noviembre de mil ochocientos veinte y dos años, yo D. Mariano García Cortés, Pbro., con licencia del Dr. D. Fernando Esteban. Beneficiado y Cura Párroco de San Bartolome de esta ciudad, bauticé y crismé solemnemente un niño, que dijo el Padrino haber nacido dicho día a las once de la mañana. y le puse por nombre Josef Facundo, Bartolomé, Antonio, hijo legítimo de D. Juan Selgas, bautizado en la parroquia de Sta. María de Folguears. Obispado de Oviedo, y de D.^a Josefa Carrasco y Serrano, bautizada en la parroquia de Castillejo, provincia de Toledo; abuelos paternos, don Francisco Selgas Rablón, natural de Folgueras, y D.^a Ana Méndez Altedo, de la expresada de Sta. Maria de Folgueras; los maternos D. Luis Carraseo y D.^a Francisca Serrano, ambos naturales de Vélez-Blanco. Fué su padrine D. José García Cortés, a quien advertí su obligación y espiritual parentesco: y en fé de ello lo firmé con dicho Sr. Cura.—Fernando Esteban.—Mariano García Cortés.—Corresponde con su original a que me refiero.—Murcia doce de Junio del año del sello (1857).—José García Ibañez.»—Hay un sello parroquial.



Libro II de Bautismos en que se contiene la Partida de Selgas



BIOGRAFIA DE DON JOSÉ SELGAS : : : : : Y CARRASCO (1) : : : : :



PRINCIPALES fragmentos.

Arrogancia y profanación fuera de nuestra parte intentar ahora escribir con tosca pluma un juicio crítico de las obras de Selgas cuando ellas lucen y se recomiendan tanto por sí propias. Unicamente apuntaremos aquí algunos datos biográficos del inolvidable amigo y compañero para que el día de mañana llenen aquel vacío que por lo tocante a la vida de los autores suele quedar en la historia de la Literatura (aún tratándose de los más insignes y aplaudidos) si personas de su intimidad no cuidan de trasladar a público papel las sanas memorias de que el corazón más piadoso y amante sólo es fragil y precaria urna, que la muerte rompe también muy luego.... Y ninguna manera mejor se nos ocurre de comenzar nuestro humilde trabajo que referir lo que pasó en la Real

(1) Introducción del libro «La Primavera y el Estío» tomó I de las obras completas de Selgas.

Academia Española cuando le fué notificada la muerte de Selgas; y copiar el notabilísimo documento, hoy ya de dominio público, a que enseguida dió lectura el ilustre autor de *Virginia* don Manuel Tamayo y Baus.

Diremos pues, que era la noche del jueves 9 de Febrero del presente año de 1882. memorable, por lo luctuosa y triste, para aquella docta Corporación, Tamayo. pálido trémulo y con voz enronquecida por las aprisionadas lágrimas, cumplía su deber de Secretario, dando a la Junta cuenta oficial del fallecimiento del poeta, del amigo, del hermano... No menos afectados los que le escuchábamos—el conde de Cheste (Director), el marqués de Molins, los dos Fernández Guerra, el marqués de Valmar, Cañete, Necedal, Rubi, Campoamor, Cánovas, Canalejas, Silvela, Arnao, Galindo, Barrantes, Pascual, Nuñez de Arce, el marqués de San Gregorio, Catalina, Menéndez Pelayo, Madrazo, Tejado y el que suscribe—creíamos como que era mayor o más definitiva la ya muy llorada pérdida desde que se proclamaba en aquel sitio... Tomó enseguida la palabra el por tantos títulos digno y respetable Director: y, después de lamentar lo que todos considerábamos desventura de familia y de la Patria y de conmemorar los méritos y las virtudes del hombre, rogó a la Academia que otorgase a Selgas el singular honor de costear su entierro... Volvió a hablar entonces Tamayo y dijo que sabiendo el propósito que abrigaba el Director y no dudando de que su noble idea sería aprobada con entusiasmo y por unanimidad (como ya lo había sido), tenía redactado el oficio en que se comunicaba tal resolución a la viuda: documento que estimaba necesario leer, á fin de que la Academia lo hiciera suyo en todos los términos y apreciaciones y fuera, por tanto, más grato y consolador a aquella infortunada señora.

El oficio, leído por Tamayo, entre sentidas muestras de adhesión de la Junta era digno de la pluma de oro que lo había escrito y estaba concebido en los términos siguientes:

«Il^{ta}ma. Sra. D.^a Carolina Dominguez, viuda de Selgas.

»La Real Academia Española ha resuelto a una voz costear el entierro de su individuo de número, el Il^{mo}. Sr. don José

Selgas y Carrasco (q. s. g. h.), y suplica a V. I. que la autorice para llevar a cabo este acuerdo con que se propone rendir tributo de amor a la memoria del que fué modelo de hijos, de hermanos, de esposos, de padres y de amigos; del que en la próspera y la adversa fortuna dió ejemplar testimonio de fortaleza, honradez y virtud; del que por implacable necesidad y vocación irresistible trabajó toda su vida afanosamente. sin que nunca le trajese la gloria mas que el pan de cada día: del insigne literato que logró animar a las flores y convertirlas en maestras dulcísimas del género humano: envolver la acerba sátira y la grave moral en manto de los mas deleitosos colores y la más fina pedrería: hermanar lo ingenioso y lo ameno con lo profundo; dejar en sus escritos personalidad literaria que ni ahora se confunde ni podrá jamás confundirse con ninguna otra, que es, a no dudar, una de las mas bellas y significativas de nuestra época y que de la nuestra recibirán quizá las futuras con aplausos y bendiciones. Quiere el cielo, señora, que quien profesaba a Selgas cariño de hermano y profesaba a la Academia cariño filial, tenga la dicha de ejecutar un acuerdo tan honroso para aquel como para esta, y capaz de hacer derramar a V. I. lágrimas consoladoras. Manuel Tamayo y Baus».

El egregio poeta y gallardo escritor a quien la Academia daba la santa limosna del entierro (si limosna pudo llamarse nunca la solicitud maternal, habia nacido en Murcia, a 27 de Noviembre de 1822; contrajo matrimonio en 1857 con una distinguida señorita de Lorca, y murió en Madrid, calle de Claudio Coello, número 38, a las diez y cuarto de la noche del domingo 5 de Febrero de 1882, dejando dos hijos: Consuelo, de diez y siete años de edad, y Carlos, de catorce.

El padre de Selgas, pobre empleado de Correos, no pudo costear carrera literaria al que, guiado solamente por el propio numen, había llegado a la gerarquía de maestro y dechado de literatos. Comenzó, pues, el futuro académico su áspera y laboriosa jornada desempeñando a los diez y siete años una plaza

de escribiente en el Gobierno civil de Murcia: en 1844 asistió al sitio de Cartagena y ganó la cruz de San Fernando como oficial de milicianos movilizados y ayudante del general don José de la Concha: y en 1845 administraba en la provincia de Almería una fábrica de fundición de plata... Aquí aparece de pronto el sol de la fortuna, según explicaremos mas adelante, en el horizonte de Selgas. En 1850 obtiene del señor Conde de San Luis el nombramiento de Auxiliar del Ministerio de la Gobernación; en 1856 lo asciende el señor Nocedad a oficial de Secretaría del propio Ministerio: y en 1879 el general Martinez Campos le hace venir de Lorca, donde el antiguo autor de *La Primavera* y de *El Estio* vivia dedicado juntamente a la agricultura y a escribir novelas, y le confiere el alto cargo de Secretario general. o Subsecretario, de la Presidencia del Consejo de Ministros. Tal es, en compendio, la varía y peregrina, *hoja de servicios*, del Ilmo. Sr. don José Selgas y Carrasco. de quien resta añadir que también fué una vez Diputado a Cortes (1867 a 1868).

Como hombre político militó siempre en partidos retrógrados, o reaccionarios con relación a las circunstancias en que dedicó a las cuestiones de Estado su actividad y su inteligencia. Desde 1850 hasta el destronamiento de Doña Isabel II figura en el partido moderado y así lo comprueban su célebre campaña periodística de «El Padre Cobos» de que hablaremos luego, y la no menos valiente y notable, aunque no tan notoria, que hizo en la ultramoderada *España* por cuyas resultas se batió en lucha con el señor don Carlos Navarro y Rodrigo quien tuvo la que consideró *desgracia* (lo atestigua uno de sus padrinos, autor de estas líneas), de herir, en justa y forzosa defensa, al noble escritor cuyo ingenio tanto admiraba. Durante el interregno de la Dinastía de Borbón, o sea de 1868 a 1875 la calamidad revolucionaria le llevó poco a poco, como a otros varios desesperanzados conservadores, hasta las fronteras del partido arlista. Y lograda la Restauración en la persona de Alfonso XII, simpatizó vivamente con el nuevo estado de cosas, según lo demuesira el haber admitido del general Mar-

tínez Campos la mencionada Subsecretaría y de su constante amigo particular don Antonio Cánovas del Castillo una importante comisión del ramo de Beneficencia.

Pero entremos en su verdadera historia: entremos en su vida literaria.

Dióle a conocer en Madrid su paisano el distinguido poeta don Antonio Arnao, leyendo en la tertulia del sabio literato don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe algunos de aquellos delicadísimos cantos a las flores que Selgas escribía en Murcia, oscurecido y desalentado, y que pronto habían de abrirle de par en par las puertas del templo de la fama. Prendado el ya entonces renombrado crítico señor Cañete de tales maravillas poéticas, las hizo admirar al público en las columnas de «El Heraldo» y directa y personalmente al Conde de San Luis, Ministro de la Gobernación en aquel tiempo y Mecenas de nuestro Parnaso: y el Conde de San Luis (dicho sea en su alabanza) llamó inmediatamente a Selgas a la villa y corte y le otorgó el destino oficial ya indicado, amen de otras señaladas muestras de estimación y aprecio.

No tardó, pues, en publicarse, con muy bien pensado y donosamente parlado prólogo del señor Cañete, la colección de poesías del vate del Segura titulada La Primavera siendo de notar que aquella primera edición de las obras de Selgas fué impresa por suscripción o aclamación pública, lo mismo que la que hoy damos a luz sus albaceas voluntarios. Muy mozos, casi niños todavía, éramos nosotros entonces, y aun recordamos la explosión general de entusiasmo que produjo aquel ramillete de flores, en que a la frescura y lozanía de la verdadera naturaleza se juntaban todos los primores del ingenio y la mas saludable filosofía. Puede asegurarse que la Nación entera se aprendió de memoria las composiciones denominadas El Laurel, La Modestia, La Dalia, La Alondra, La Caridad y la gratitud, Lo que son las mariposas, El sauce y el ciprés y otras varias, cuya boga no ha pasado en modo alguno, sino que se perpetúa en la generación que hoy nos llama viejos.

Digna continuación de la Primavera fué otra colección de

poesías titulada El Estío en que también cantaba Selgas la hermosura de tierra y cielo y los mas puros sentimientos del alma humana, con tierno y sencillo y natural lenguaje muy superior en gracia a los artificios de aquellos clásicos trasnochados que solo veían en la naturaleza un reflejo de la antigua mitología pagana, y muy mas elocuente que la vaga y difusa palabrería de aquellos románticos. de segunda o tercera extracción que, en fuerza de querer decir mucho, no decían nada cierto y perceptible y que también cantaban y gemían por cuenta de sentimientos ajenos: Virgilio *orechianti* los unos, que no veían en Jupiter ni en Ceres, y Byron de reata los otros, que maldito si tenían razón alguna, personal o doméstica para mostrarse tan furiosas y tristes como el emigrado bardo iuglés. Propia legítima, ingenua, sentida por Selgas mismo y no calcada sobre juicios o penas del prójimo, era la poesía de La Primavera y de El Estío, y, de aquí la honda impresión que causaron en académicos y en principiantes en los literatos y en el público lego, en los fuertes varones como en las sensibles mujeres estas leídas y poco aliñadas obras.

Pero nos apartamos de nuestro propósito de no juzgar las composiciones de Selgas; olvidamos que a las flores se las ve y se las huele, pero no se las analiza para formar idea de sus encantos. Continuaremos pues, estos apuntes biográficos diciendo, que algunos años después publicó nuestro autor una tercera serie de versos denominada Flores y Espinas, la cual, aumentada con sus poesías póstumas, ora inéditas, ora no coleccionadas, figurará en el segundo volumen de la presente edición de sus obras.

No menos admirable y mucho más fecunda, que como poeta lírico, fué Selgas como autor de artículos satíricos morales, de novelas y de otros escritos en prosa y también alcanzó en el teatro algunos triunfos; tal vez poco ruidosos en comparación de los que ya le habían colmado de laureles pero igualmente justificados y merecidos, de todos estos trabajos solo mencionaremos los que más le han caracterizado en la literatura contemporánea y mayor cosecha de aplausos le rindieren.

Todo el mundo recuerda o habrá oído citar con grandes celebraciones un periódico satírico político titulado «El Padre Cobos», que vió la luz pública de 1854 a 1856 o sea durante aquel por antonomasia llamado bienio, en que, digámoslo así, volvió a regir los destinos de España el famoso general Espartero. ¡Jamás se ha combatido a gobierno alguno con tanta gracia, tanto valor tanta crueldad y tanto talento como lo fueron los progresistas por aquella hoja que dos o tres veces a la semana hacía desternillarse de rísa a toda la nación, mientras que algunos de los atacados apelaban a ridículas persecuciones y bárbaras violencias, pára ver de librarse de aquel implacable azote! Pues bien: aunque en «El Padre Cobos» escribían, a lo que luego se supo, cinco o seis de los más diestros literatos españoles, todos hubieron de declarar que Selgas fué quien le dió tono, vida y alma, que de él procedía aquel gracejo irresistible y aquella originalidad inagotable: y que de la misma pluma que antes había libado mieles en el caliz de las flores eran aquellas zumbonas y regocijadas letrillas. aquellos punzantes y emponzoñados sueltos; aquellos sutiles e ingeniosos artículos que, indudablemente anticiparon en uno o dos años el total descredito político y postrera caída del bondadoso vencedor de Luchana. No pocos chistes, locuciones equívocas y calificativos burlescos estampados allí por Selgas han pasado a ser proverbiales en nuestra lengua y usanse hoy generalmente en toda suerte de conversaciones como los donaires de Cervantes o de Quevedo.

Bajo los títulos de Hojas sueltas, de Más hojas sueltas. de Nuevas páginas. de Cosas del día, etc. etc. coleccionó más adelante nuestro amigo gran número de artículos humorístico-morales que, por espacio de algunos años. había ido publicando en diversos periódicos y que presentan su genio de escritor por otro brillantísimo aspecto. Refiriéndonos especialmente a tales artículos, ha dicho hace poco el esclarecido literato Tamayo y Bans; «debajo de razonadísimos chistes y de peregrinas galas de ingenio, escóndese en estos renglones escritos tesoros de profunda observación, de recta filosofía y de sana moral. De

cuantas ideas y manías caracterizan y conturban a nuestra época no hay tal vez una sola que Selgas no haya observado con perspicacia, analizado escrupulosamente y apreciado según su conciencia y siempre con sujeción a un mismo criterio. Nunca varió, nunca se desmintió: todas sus palabras, desde la primera hasta la última, se encaminaron a un solo fin. Pasma en estos tiempos de confusión, incertidumbre y duda, la unidad moral de todas sus obras. Niéganle muchos sin embargo el título de autor grave y moralista ya tildánle de paradójico, y considerándole como escritor agudo y festivo. Suele el mundo no ver más que la corteza de las cosas y hay personas ilustradas que cuando el fondo de las cosas no es de su gusto, hacen como que no lo ven. Ciertamente que Selgas se distingue por su agudeza: nadie en el Parnaso español puede ponerse con justicia entre Quevedo y él. Ciertamente que habla con agudeza de la sociedad en que vive; pero esta cualidad lejos de estorbarle en su empeño, le sirve a maravilla para penetrar en lo más recóndito e interno del original y patentizarlo en lo copia. Cabe decir: «Eso que a Selgas le parece feo, es hermoso» «No cabe decir: «Eso es mentira».

Las más celebradas novelas, que ha dejado se titulan La Manzana de oro, Un rostro y un alma, Un retrato de mujer, La duda del corazón y Nona, esta última inédita, pues todavía trabajaba en corregirla cuando le sorprendió la muerte. No sabemos por que motivo, Selgas, como novelista, era más estimado o más popular en la América española que en la madre España, aunque también aquí las gentes literarias y de buen gusto admiran grandemente estas otras producciones de tan vario y peregrino ingenio; y a semejante fenómeno aludirá también el concienzudo señor Tamayo cuando sigue diciendo con melancólica serenidad; «Tiene gran fama y la tendrá mayor cada día. Hoy no se le da acaso todo lo que se merece, por que el espíritu de sus obras es, si el que esto escribe no se equivoca de medio a medio, antipático a la mayoría de los críticos que rigen la opinión».

Nos inclinamos a creer lo mismo que el eminente dramáti-

co, partiendo del principio de que la América latina, bien que republicana, no está, ni con mucho, tan imbuida como la España peninsular de ciertas asoladoras ideas modernas.

Por lo demás aquí viene muy a cuento decir que en 14 de Diciembre de 1865 fué elegido Selgas individuo de número de la Real Academia Española; pero que, habiendo juzgado la mayoría de aquel Cuerpo que el discurso del recipiendario, presentado en 1869, suscitaría graves contradicciones y conflictos, no se verificó la toma de posesión hasta el año 1874 en que un memorable acto de fuerza había hecho enmudecer a la imprenta y a la tribuna.

Con que, terminemos ya, retratando por vía de despedida y con amistosa delectación, al ilustre poeta cuya amada imagen no se borra ni se borrará nunca de nuestra alma.

Era Selgas de más que mediana estatura; delgado, aunque no endeble; de poco garbosa configuración; limpio de su persona, pero desacertado en el vestir y graciosísimo en el gesto al hablar. no obstante la grave serenidad de su rostro, noble y feo, unía gran nariz borbónica, no menor que la de Carlos IV; ojos negros y penetrantes, un poco oblicuos y coincidentes como los de los chinos; labios avanzados y siempre juntos, propios de los que piensan más que hablan; baja y estrecha la frente, coronada de indómitos cabellos, que servían como de nimbo a aquel severo y reflexivo rostro; pálida y curtida la tez, profunda la voz, tarda la palabra, pronta la ocurrencia, deliciosa la risa, igual el humor, cortés y afectuoso el trato. Gruñía a veces, sin perder la dulzura de su carácter, censuraba con mansedumbre, elogióaba con sobriedad, no adulaba, ni pedía; se contentaba con muy poco para sí y trabajaba sin descanso para los demás. Su compañía era solicitada de todo el mundo; frecuentaba los más aristocráticos salones, donde sus agudezas o sus paradógicas máximas le valían continuos aplausos; amaba a su familia y era amado de ella con verdadera adoración; fué siempre hombre de bien hasta la austeridad y el ascetismo; vivió en perpetua estrechez de recursos; nunca dejó de considerarse feliz y murió, como había vivido, pobre y contento, des-

cuídando en sus amigos y sobre todo en Dios, al comprender que la muerte le iba a impedir continuar trabajando para su familia y entre el amor y las bendiciones de cuantos le conocieron.

Cerróle los ojos, su camarada del alma, inseparable amigo y compañero de lides políticas, literarias y de todo género, D. Esteban Garrido. Allí estaban también el mencionado secretario perpetuo de la Academia Española señor Tamayo y Baus y el marqués de San Gregorio, asimismo individuo de ella y Presidente de la Mediceal. El entierro fué como una salida triunfal de esta vida, pues acompañaban al poeta innumerables y distinguidísimos representantes de todas las aristocracias, incluso la de la pobreza y la virtud. Duerme el sueño eterno en el Cementerio de San José y San Lorenzo número 307 del Patio de las Animas. Descanse en paz.

P. A. DE ALARCON

1.º de Septiembre de 1882.





INICIATIVA DE LA CELEBRACION :: DEL CENTENARIO DE SELGAS ::

Marzo 1921.

Señores don Ricardo Sánchez Madrigal; don Pedro Jara Carrillo y don Mariano Ruiz-Funes.

Mis admirados y queridos amigos: En el próximo año de 1922 se cumplirá el Centenario del nacimiento de aquel prodigioso poeta, suavísimo cantor de las flores, literato murciano insigne, que llenó el mundo de las letras patrias con el glorioso nombre de José Selgas y Carrasco.

Un estímulo de santo murcianismo, de piadosa devoción a los beneméritos de nuestra literatura regional muéveme a indicar a ustedes, que tan eminente representación ostentan de la intelectualidad de Murcia, la iniciativa de organizar y discurrir, el grandioso homenaje que en su Centenario debemos tributar al egregio literato, que según frases de Tamayo logró animar a las flores y convertirlas en muestras dulcísimas del género humano, envolver la acerba sátira y la grave moral en manto de los más deliciosos colores y la más fina pedrería, hermanar lo ingenioso y lo ameno con lo profundo, dejar en sus escritos personalidad literaria que ni ahora se confunde ni podrá ja-

más confundirse con ninguna otra, que es, a no dudar, una de las más bellas y significativas de nuestra época y que de la nuestra recibirán quizá las futuras con aplausos y bendiciones.

Bien conozco que asociados a los nombres de ustedes y por llamamiento de ustedes mismos deben cooperar al éxito de la empresa otros nombres que por justo título ostentan la dirección espiritual de la actual generación literaria y artística de nuestra región. Más en la necesidad de encargar la obra, creo que compete la iniciación a quien gloriosamente, con soberana inspiración poética siempre fresca y renovada, ofrece a diario la maravilla de hacer triunfar de los desgastes de la materia la eternidad siempre joven del espíritu: a quien manteniendo eminentemente la noble tradición de los trovadores murcianos, ha sabido cantar por alto y sublime modo las bellezas de la tierra nativa y merecido recibir en su frente los besos de nuestro sol: a quien formando su privilegiado intelecto en sagrados amores a todo lo castizo del alma murciana, penetró en el estudio de las hondas disciplinas científicas y en las más extremadas audacias del pensamiento, sin perder en sus arideces ni una sola vibración de ese sentimiento romántico que en vivir a la sombra de la Torre cifra el supremo bien y que además ostenta la dirección de un Centro que debe condensar todos los esfuerzos latentes de nuestra vida literaria y artística.

Perdonen, ilustres y queridos amigos. Si ustedes toman en sus manos esta moción, veré en vías de franca realidad el sueño de que los restos de Selgas vengan a reposar a esta tierra perfumada por las flores que inspiraron al poeta el estupendo idilio que late en los versos de «La Primavera». Hacerlo así será un grande honor que rendiremos a Murcia, nuestra madre. Pero será algo mejor. Será un gran ejemplo y una noble enseñanza que ofreceremos a Murcia, nuestra Hija...

Fervorosamente es de ustedes amigo affmo. q, b. ss. mm.

EMILIO DIEZ DE REVENGA.



Iltmo. Sr. D. Emilio Díez de Revenga, Diputado a Cortes,
Presidente de la Comisión organizadora y alma del
homenaje a Selgas

Sr. D. Emilio Díez de Revenga.

Mi querido amigo: Como el bullicio ensordecedor de nuestras fiestas primaverales apagan un tanto el eco de las actividades ordinarias, he dejado a propósito que extinguieran el humo de los últimos hachones y los rumores del postrer estampido de la Batalla de Flores, para que el reposo de la paz de la ciudad, vuelva la atención de los hombres a las normalidades de la vida ciudadana; por eso no contesté inmediatamente a su cariñosa, oportuna y patriótica carta en la que nos brinda la idea de la celebración del Centenario de nuestro inolvidable poeta don José Selgas y Carrasco, a los señores Sánchez Madrigal, Ruiz-funes y a un modesto servidor de usted y de las Letras Murcianas.

Nada puede halagarme mas que figurar en el puesto de honor para rendir homenaje a una tan legítima gloria de Murcia, trayendo sus restos a esta ciudad y rememorando con este piadoso y patricio motivo las glorias del poeta de las flores; entre ellas nació; de ellas recibió los primeros alientos de su inspiración portentosa, a ellas debió sus mejores y más populares estrofas, y es muy justo, es necesario, que entre ellas reposen sus restos para que los cubran como hermanas agradecidas.

Soy de opinión, como usted, que este solemne acto se revista de todo el esplendor y de toda la popularidad que merece y por tanto, aunque el año venidero se cumple el centenario del egregio poeta, debemos comenzar por constituirnos en Junta organizadora o de iniciativas, si se quiere, por que habrá que vencer algunas dificultades de trámite y habrá que amoldar dichos actos al mes de ese año que más derecho tiene a recibir los restos mortales: el mes de Mayo.

Las fiestas del Centenario aparte de la intervención oficial deben ser fiestas de mujeres, de flores y de poetas y en ellas actuarán estos elementos con toda la brillantez con que Murcia puede hacerlo.

Para esto es una suerte que el Círculo de Bellas Artes tenga en su presidencia al joven y entusiasta catedrático don Ma-

riano Ruiz-funes quien acogerá con el cariño que merece y sabrá poner en ella toda su alma con todos sus fervores murcianos y con todas sus energías intelectuales.

El sabrá recoger el sentir popular, el impulso de murcianismo con que palpitarán los corazones y plasmar en la representación artística que ostenta el amor a la tierra que ansía abrigar en su seno al que fué uno de sus hijos más ilustres.

Y lo mismo digo del veterano poeta señor Sánchez Madrigal quien ha de acoger la idea con cariño fraternal y ha de prestarle la sazón de su experiencia.

Por mi parte nada tengo que decir; iré al puesto que se me designe; contribuiré a la glorificación del poeta con mis modestas iniciativas y rendiré a su memoria todos los afectos de mi corazón y todas las energías de mi inteligencia.

Y en esta empresa tan simpática, tan patriótica en que ha de palpitar un espíritu regional. un aliento de rendido murcianismo, usted, señor Díez de Revenga ha de ser un factor muy importante ya que tiene grabados en páginas de imprenta su entusiasmo por Selgas y en sus actos todos su amor a Murcia y su consideración y su respeto a los hombres que la honraron y que la honran con sus cerebros privilegiados.

Esperando, pues, que tanto el señor Ruiz-funes como el señor Madrigal abunden en mi pensamiento, a la disposición de ellos y de usted quedo para poner las flores que a mi mano correspondan en la Corona del inolvidable poeta murciano don José Selgas y Carrasco.

Es de usted affmo. amigo y s. s. q. b. s. m.,

P. JARA CARRILLO.

Sr. D. Emilio Díez de Revenga.

Mi bondadoso amigo. Nada mejor para conseguir pronto y fácilmente una cosa que pedirla a quien está deseando darla. Puede usted, pues, contar con mi cooperación en el noble in-



El ilustre poeta D. Pedro Jara Carrillo, autor de la letra del Himno a Murcia

tento de que me habla en su amable carta publicada en estas columnas.

Sabe usted que soy un apasionado admirador de Selgas: que el primer libro de versos que cayó en mis manos siendo yo muy niño y que despertó en mi la afición a la poesía, fué un libro suyo; que canté a su autor en la velada necrológica que aquí le dedicamos a raíz de su muerte; que le hice presidir en efigie la fiesta del Clavel, en el Círculo de Bellas Artes; que en mi loa a Cervantes lo incluí entre los ingenios murcianos, que en unión de los mas eximios de entre los españoles, rendían acatamiento al Manco de Lepanto, llevándole él, como tributo, las flores de su tierra por mano de *las flores vivas del edén murciano*: y por último que en mi reciente artículo sobre la traslación de las cenizas de Gaztambide, he deplorado la falta en Murcia del panteón de murcianos ilustres entre los cuales cité, de los primeros, a su ilustre pariente de usted. ¿como no he de estar propicio al requerimiento de mis cansadas fuerzas para celebrar dignamente el glorioso nacimiento, hace cien años, del delicadísimo cantor de las flores?

Ahora bien, que por mucho que sea mi entusiasmo, compartido seguramente por los otros dos señores a quienes se dirige usted también en su carta necesitaremos, como usted indica la valiosa ayuda de otras personas indicadísimas, comenzando por la de usted tan autorizado representante de la familia del poeta.

La idea de usted es tan noble, tan simpática, está tan indicada. es tan murciana, que puede darla por realizada. La imaginación, esta loca de la casa, a las veces autora de concepciones tan cuerdas (y no lo digo por la mía), se adelanta a los acontecimientos y fantasea ya el programa de los actos conmemorativos: la exhumación, traslación y recepción de las cenizas, el paseo cívico, el solemne funeral, el acto literario. la nueva exhumación, definitiva o provisional, no en una fosa ordinaria del Cementerio (para esto holgaba el traslado sino en la honrosa compañía de otro grande, Saavedra Fajardo por ejemplo.

¿Quién sabe si esto podrá ser estímulo para que nuestro celoso Alcalde también amigo de las musas, incluya en su plan de mejoras locales la erección en Nuestro Padre Jesús del Panteón de Murcianos célebres?

Sigo fantaseando y me imagino que colocamos su retrato en el salón de Actos de la Sociedad Económica y su busto (no somos bastante ricos para estatuas) en donde debe estar: entre las flores de un parterre del Parque de Ruiz Hidalgo (se entiende si esas flores han de cuidarse por manos mas amantes de ellas que de los árboles.

Ya ve usted que no le faltan brios para recetar, exhausto como estoy de fuerzas físicas. Si por todo esto nos llaman locos justificaremos el dicho de que un loco hace ciento: y al Manicomio, o adonde con semejantes miras quiera usted llevarme era siempre gustoso y honrado su muy affmo. amigo

s. s. q. b. l. m.

RICARDO SÁNCHEZ MADRIGAL

Sr. D. Emilio Díez de Revenga.

Mi querido amigo: Ha sido para mí una intensa satisfacción la de que haya asociado mi nombre a los de Jara y Madrigal, los ilustres poetas murcianos, al proponer la idea del homenaje a Selgas con motivo del Centenario de su nacimiento.

Personalmente no significo nada salvo y permítame usted ese legítimo orgullo, para algunos condiscípulos míos que me honran difamándome. Estoy en estos momentos descansando de la laboriosa y difícil organización de la más popular de las fiestas murcianas presenciada este año por más de 100.000 personas y llevada a cabo por un esfuerzo de voluntad del que mis amigos y yo nos enorgullecemos, en menos de un mes.

En este momento de laxitud aparece la primavera murciana y con ella la suave evocación del poeta de las flores, tan poco murciano ciertamente, ya que esta primavera meridional es exhuberancia y violencia y él era delicadeza y armonía.



El inspirado poeta D. Ricardo Sánchez Madrigal.

Es necesario honrarlo y popularizarlo para encauzar nuestra sensibilidad social que es hasta hoy, algo legítimamente africano.

El Circulo de Bellas Artes que inmerecidamente presido se pone a su disposición para ello y yo en la modestia de mis fuerzas, de mi palabra y de mi pluma, también.

Por varios motivos corresponde a usted la iniciativa de lo que haya de hacerse por allegado del muerto, por ser uno de los más ilustres de sus monografistas y por su alta significación intelectual y social.

Nosotros seremos soldados disciplinados de un jefe tan amable como usted que sabrá hacer de la disciplina una obligación grata.

Rindiéndole mi reconocimiento soy su amigo de todas veras,

MARIANO RUIZ-FUNES





El insigne orador y Presidente del Círculo de Bellas
Artes D. Mariano Ruiz Funes.



::: CONSTITUCIÓN DE LA JUNTA :::
: : : : : DEL CENTENARIO : : : : :



ocos días después y como consecuencia de las anteriores cartas, celebrese una reunión en el Círculo de Bellas Artes de Murcia convocada por su ilustre Presidente, el Catedrático de esta Universidad don Mariano Ruiz-funes.

Asistieron a la reunión celebrada, bajo la presidencia del señor Ruiz-funes, don Isidoro de la Cierva, Senador del Reino: don José Loustau, Rector de la Universidad; don Julio López Maymón, Deán de la S. I. Catedral; don Ricardo Sánchez Madrigal, don Pedro Jara Carrillo, don Emilio Díez de Revenga, Diputado a Cortes por Murcia; don Vicente Llovera y Codorníu, Diputado a Cortes por Yecla; don Francisco Giner Hernandez, Subdirector de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Murcia; don Recaredo Fernández de Velasco, Catedrático; don Pedro Sánchez Picazo, don Luis Luna Escolar), don Andrés Sobejano Alcayna, don Dionisio Sierra, don Francisco Frutos Rodríguez, don Enrique Soriano Palomo, don Ce-

sar M. Calderón, don Ramiro Pinazo Faixá, don Francisco González Conejero, don Luis Gil de Vicario, don Eduardo Montesinos y don Leopoldo Ayuso. Expuso el objeto de la reunión el señor Ruiz-funes; esbozó el señor Díez de Revenga los actos con que a su juicio podría celebrarse dignamente la conmemoración del primer Centenario del nacimiento del poeta Selgas. Y por unanimidad se acordó: 1.º Celebrar el mencionado Centenario; y 2.º Nombrar una Comisión ejecutiva compuesta de los siguientes señores: Presidente de la Junta general y del Círculo de Bellas Artes, don Mariano Ruz-funes, Presidente de la Comisión ejecutiva y tesorero D. Emilio Díez de Revenga, Secretarios, don Andrés Sobejano Alcayna y don Dionisio Sierra; y Vocales, don Ricardo Sánchez Madrigal, don Pedro Jara Carrillo, don Julio López Maymón, don José Loustau, don Recaredo Fernández de Velasco, don Enrique Martí, y los Directores de «El Liberal», «El Tiempo», «La Verdad» y «Levante Agrario» diarios de esta capital; y 3.º Conferir a esta Comisión las más amplias facultades para organizar, disponer y celebrar los actos en que ha de consistir la conmemoración que se proyecta.

Esta Comisión ejecutiva celebró numerosas reuniones y acordó en definitiva el programa que se inserta a continuación:

PROGRAMA

JUEIO DE 1922 :

Día 4.—A las 6 de la tarde. traslación de los restos mortales del poeta desde la iglesia del Carmen a la Iglesia Catedral.

Día 5.— A las 10 de la mañana solemne funeral en la Iglesia Catedral, pronunciando la Oración fúnebre el M. I. Sr. don Julio López Maymón Deán. y dándose sepultura seguidamente a los restos de Selgas en la capilla del Beato Invernón del propio Templo Catedral.

Día 9. - A las nueve y media de la noche fiesta artística en el Teatro Romea en la que tomarán parte la actriz María Guerrero; actuará de Mantenedor, el poeta y academico de la Española, don Manuel de Sandoval y se cantará por primera vez el Himno a Murcia compuesto por el poeta don Pedro Jara Carrillo y el músico don Emilo Ramirez Valiente.

Día 11.—A las 6 de la tarde inauguración del monumento erigido a Selgas en el Parque de Ruiz Hidalgo original el busfo del escultor don José Planes y el pedestal del artista don Pedro Rigal, pronunciándose en este acto discursos y leyéndose poesías, alusivas al mismo.



Día 9. A las nueve y media de la noche los señores en
 el Teatro Romea en la que formaban parte la señora María Gue-
 rero; señora de Mantenedor, el poeta y vicerrector de la Es-
 cuela, don Manuel de Barboza y se cantaron por primera vez
 el Himno a Murcia compuesto por el poeta don Pedro José Ca-
 rillo y el músico don Emilio Ramírez Valiente.

Día 11. A las 8 de la tarde inauguración del monumento
 erigido a Belgas en el Parque de Ruiz Vidales original el busto
 del escultor don José Páez y el pedestal del arquitecto don Pedro
 Riquel, pronunciándose en este acto discursos y leyéndose un pro-
 gramma alusivo al mismo.

En el mes de Mayo se celebró el concurso de poesía y en
 el mes de Junio se celebró el concurso de teatro. En el mes de
 Julio se celebró el concurso de música y en el mes de Agosto
 se celebró el concurso de dibujo. En el mes de Septiembre
 se celebró el concurso de literatura y en el mes de Octubre
 se celebró el concurso de ciencias. En el mes de Noviembre
 se celebró el concurso de artes y en el mes de Diciembre
 se celebró el concurso de deportes.

En el mes de Enero se celebró el concurso de historia y en el mes de Febrero
 se celebró el concurso de geografía. En el mes de Marzo se celebró el concurso de
 matemáticas y en el mes de Abril se celebró el concurso de física.



PROGRAMA

1923

Día 1. A las 8 de la tarde se celebró el concurso de poesía y en el mes de
 Febrero se celebró el concurso de teatro. En el mes de Marzo se celebró el concurso de
 música y en el mes de Abril se celebró el concurso de dibujo. En el mes de Mayo
 se celebró el concurso de literatura y en el mes de Junio se celebró el concurso de
 ciencias. En el mes de Julio se celebró el concurso de artes y en el mes de Agosto
 se celebró el concurso de deportes.



: TRASLADO A MÚRCIA DE LOS :
 : : : RESTOS DE SELGAS : : ; : :



N cumplimiento del acuerdo correspondiente la Comisión Ejecutiva del Centenario se dirigió al Ilmo, Cabildo de la Catedral la siguiente instancia; «Ilustrísimo Cabildo Catedral de la Diócesis de Cartagena. Don Emilio Diez de Revenga. Abogado, Diputado a Cortes por esta capital, ante V. S. I. tiene el honor de comparecer y manifestar: Que se ha constituido en esta ciudad una Junta compuesta de representaciones y personalidades entre las que, justificada y dignísimamente figura el M. I. señor Dean Presidente de ese Cabildo, para organizar la celebración del Centenario del insigne literato, Académico de la Española, inspiradísimo poeta y glorioso hijo de Murcia don José Selgas y Carrasco. Entre los actos con que se proyecta honrar la memoria del eximio murciano, se halla la traslación de sus restos mortales a esta ciudad donde vió la luz por vez primera y donde empezó a producir aquellas bellísimas e inspiradas estrofas en las que según la exposición inimitable del insigne

Tamayo y Baus «logró animar a nuestras flores y convertir las en muestras dulcisimas del género humano, envolver la acerba sátira y la grave moral en manto de los más deliciosos colores y la mas fina pedrería: hermanar lo ingenioso con lo profundo: dejar en sus escritos personalidad literaria que ni ahora se confunde ni podrá jamás confundirse con ninguna otra, que es a no dudar una de las más bellas y significativas de nuestra época y que de la nuestra recibirán quizá las futuras con aplausos y bendiciones»: restos mortales que yacen en un cementerio de Madrid donde las ortigas del olvido suplantan la guardia de honor que nuestras oraciones y nuestras flores darían a su santa memoria. Para depositar perpétuamente esas cenizas, la Comisión antes referida por mi modesta representación llama a las puertas del Santo Templo Catedral, relicario sagrado de la religiosidad de nuestro pueblo y suplica que por el M. I. Cabildo que lo rige se conceda un lugar para el enterramiento del insigne poeta y moralista. Encomiar la elevación de los móviles que impulsan a la Comisión esta respetuosa demanda sería desconocer la suprema alteza de miras, la notoria sabiduría y el acendrado amor a nuestras glorias literarias, netamente católicas, que residen en los meritísimos miembros del Cabildo: por eso espera confiadamente el otorgamiento de la gracia solicitada, con aquel mismo espíritu de patriotismo con que se otorgó por el Cabildo un lugar para el enterramiento del patricio insigne honor de España y de Murcia, don Diego Saavedra Fajardo, cuyos mortales restos reposan bajo las bóvedas sagradas del Templo Catedral. Confiados además en la valiosísima cooperación del Cabildo a todos los actos con que se conmemore el centenario de que se trata. Al Ilmo. Cabildo suplico se digne tener por hecha la anterior solicitud y la resuelva favorablemente. Murcia 5 de Noviembre de 1921 »

La instancia fué contestada con la comunicación que a continuación se transcribe: «Cabildo Catedral de la Santa Iglesia de Cartagena. El Ilustrísimo Cabildo Catedral hoy día de la fecha capitularmente ayuntado previos los requisitos estatuidos en el sitio de costumbre acordó, *némine discrepante* lo que sigue:

Fué leída por el M. I. Sr. Secretario la atenta, respetuosa y patriótica solicitud del señor don Emilio Díez de Revenga, abogado; ex-Directoz general de los Registros y del Natariado y Diputado a Cortes por Murcia fecha 5 de los corrientes en la que ruega al Ilustrísimo Cabildo Catedral se digne dar su vénia para que al ser trasladados del Cementerio de Madrid los restos del cristiano publicista don José Selgas y Carrasco a la tierra murciana su genuina cuna, sean inhumados dentro del Santo Templo Catedral. El Ilustrísimo Cabildo contando con la superior aquiescencia del Excelentísimo e Ilustrísimo señor Prelado Diocesano, acordó, por unanimidad acceder a lo peticionado por el señor Díez de Revenga, digno presidente de la Junta que nacida del Círculo de Bellas Artes e integrada por personalidades distinguidas de la ciudad se encarga de organizar festividades para conmemorar el Centenario del natalicio de tan excelso prócer. Si en toda ocasión el Cabildo Catedralicio cooperó a solemnizar y sublimar las verdaderas glorias murcianas y en el Santo Templo matiz diocesano dió definitivo albergue a los mortales despojos de quienes dignos fueron de distinción tan preclara, con justificado motivo también reproduce al presente tan religioso y patriótico proceder tratándose de quien defendió y propaló la moral de Cristo en sus escritos castizos y depurados e hizo gala de un espíritu reciamente cristiano, fervorosamente creyente, de otra parte exquisitamente delicado en sus libros y en sus versos. Por tanto el Ilustrísimo Cabildo ofrece a la Comisión de referencia en su digno Presidente, el trozo sagrado de tierra dentro del Santo Templo Catedral que tenga a bien elegir para que perpetuamente reposen las veneradas cenizas del eminente poeta y escritor cristiano y murciano don José Selgas y Carrasco. Lo que tengo el honor de comunicar a V. S para su conocimiento y efectos, Dios guarde a V. S. muchos años. Murcia 6 de Noviembre de 1921. El Secretario Capitular, Doctor José M. Rego Machinea, V.º B.º El Deán Licenciado Julio López. Señor don Emilio Díez de Revenga, Diputado a Cortes por Murcia.

Posteriormente se obtuvo del Ministerio de la Gobernación

la R. O. comunicaba mediante el siguiente oficio del Gobierno civil de esta Provincia: «Hay un sello del Gobierno civil de la provincia de Murcia Secretaría, Negociado 2.º núm. 424. El Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación me dice con fecha 9 de Febrero próximo pasado, lo siguiente: «Vista la instancia elevada a este Ministerio por don Emilio Díez de Revenga y Vicente Diputado a Cortes por esa capital en la que manifiesta que se ha constituido una Junta compuesta de representaciones de entidades sociales para organizar la celebración del Centenario del nacimiento del insigne literato Académico de la Española, inspiradísimo poeta y glorioso hijo de esa provincia don José Selgas y Carrasco; y que entre los actos con que se proyecta honrar la memoria del eximio murciano se halla la traslación de sus restos mortales a esa ciudad, que en la actualidad yacen en el Cementerio de San José y San Lorenzo de esta Corte. solicitando la oportuna autorización a dicho fin. Resultando que a dicha instancia se acompaña partida de defunción del Registro Civil que justifica en forma que los restos mortales que se desea trasladar llevan mas de diez años inhumados. Resultando, que se acompaña informe de la Junta provincial de Sanidad en funciones de local, manifestando que no hay peligro alguno para la salud pública en acceder a la inhumación de los restos mortales anteriormente mencionados, en la Catedral. Vistas las RR. OO. de 18 de Julio de 1889, 15 de Octubre de 1898 y el artículo 135 de la Instrucción de Sanidad vigente. Considerando que son de estimar las circunstancias especiales que concurren en el presente caso por tratarse de un homenaje nacional al inspirado poeta y glorioso hijo de esa provincia de que queda hecho mérito y que no hay peligro alguno para la salud pública en acceder a la petición que se solicita. S. M. el Rey (q. D, g.) se ha servido disponer se autorice el traslado de los restos mortales de don José Selgas y Carrasco desde el Cementerio de San José y San Lorenzo de este Corte a la cripta de esa Catedral de R. O. lo digo a V. S para su conocimiento, el del solicitante y demás efectos» Lo que traslado a V. I. para el suyo y fines consiguientes. Dios guarde a V. I. muchos años.

Murcia 9 de Mayo de 1922. El Marqués de Algara. Señor don Emilio Díez de Revenga y Vicente, Diputado a Cortes, vecino de esta capital.

A las cuatro de la tarde del día 2 de Junio de 1922, se dirigieron al Cementerio de San José y San Lorenzo de Madrid el Ilmo. Sr. don Emilio Díez de Revenga y Vicente y los señores don José Selgas Ruiz, Coronel del Regimiento de Caballería de Farnesio y don Francisco Selgas de la Huerta, Coronel del Cuerpo de Artillería. Un cielo de purísimo azul cobijaba la villa y corte y reflejaba sobre los anchurosos y bien cuidados patios de aquella ciudad de los muertos torrentes de luz ardiente y vivificadora.

Colocados frente al nicho número 307 del Patio de las Animas ordenaron la separación de la lápida que lo cerraba y apareció el féretro que durante cuarenta años había guardado en aquel estrecho recinto los sagrados restos del cantor de las flores. Un sentimiento de respeto sobrecogió el ánimo de los circunstantes. La caja mortuoria apareció intacta; el terciopelo del tapizado se conservaba íntegro y los dorados galones con que la piedad fraternal de la Real Academia Española adornára la caja, brillaron heridos por el sol como queriendo recoger sus destellos para animar los fríos restos del gran poeta.

Se descubrió el féretro y a través del cristal de la caja interior metálica pudieron ver todos con asombro el rostro de Selgas íntegro e incorrupto; un nimbo de cabellos coronaba todavía la anchurosa frente momificada donde brillara un día la amorosa inspiración de su canto a Laura y relampagueara la intención flageladora de sus Tercetos al siglo XIX y rebuyera inquieta y agresiva la ironía sutil de sus Hojas Sueltas.

Con mano reverente sus deudos le trasladaron a la capilla del Cementerio donde se elevaron Preces por el eterno descanso de su espíritu: e inmediatamente en un furgón automóvil fué trasladado el precioso depósito a la Estación del Ferrocarril del Mediodía y colocado en un vagón que quedó precintado y dispuesto para ser unido al tren expreso de Madrid-Murcia-

Cartagena que había de partir a las diez y treinta y cinco minutos de la noche.

A las diez de la mañana del siguiente día 3 de Junio llegó el convoy a la Estación del Ferrocarril de Murcia. Se procedió inmediatamente a colocar los restos del Poeta en magnífica arca de caoba tapizada de seda blanca, guarnecida de artísticos herrajes sobre la que se destacaba un Crucifijo; y formando en la comitiva el hijo del Poeta don Carlos Selgas y Dominguez, don Emilio Díez de Revenga, don José y don Francisco Selgas y distinguidas personalidades que habían acudido a la Estación, se hizo el traslado de los restos a la Iglesia de Nuestra Señora del Carmen. El Párroco rezó un Responso y recibió el arca cineraria que en depósito quedó en aquel templo hasta que se verificara la solemne conducción a la Iglesia Catedral.

Los hijos del insigne literato, quisieron que se descubriera el féretro por última vez; y ellos y los nietos y sobrinos de Selgas, que les acompañaban, hondamente emocionados, derramaron lágrimas en que se mezclaban sentimientos filiales de amor y de orgullo...





: SOLEMNE CONDUCCIÓN DE LOS :
 : RESTOS DEL POETA SELGAS AL :
 : ::::: TEMPLO CATEDRAL ::::: :



RAN las primeras horas de la tarde del domingo 4 de Junio de 1922 y las grandes avenidas de Canalejas y del Paseo de Florida blanca que conducen a la Iglesia del Carmen, estaban invadidas de gente que se dirigía a la Universidad Literaria contigua al referido templo.

Colgadas y guirnaldas pendían de los balcones por donde había de pasar la suntuosa procesión en la que iban los restos gloriosos del que fué de los poetas un hermano, de Murcia un hijo, de las flores un amante, de las mujeres un espíritu fraterno, de España una gloria indiscutible...

Eran insuficientes aquellas dos avenidas amplias, hermosas, para dar cabida a tanta gente como acudió a tributar a los restos de Selgas el homenaje de que estaban sedientas tantas almas que habían recibido la caricia de su poesía dulce, casta, cansoladora, vivificante... Era un sentimiento vivo, una explo-

sión de ternura, un anhelo vehemente por ser los primeros en acompañar al féretro. Los poetas murcianos se aprestaban a ofrecer sus hombros para conducir la preciada carga y a los balcones acudían las mujeres con las manos llenas de flores esperando el paso triunfal de los restos del poeta para arrojarlas como un homenaje de sus almas agradecidas al cantor de las bellezas de las flores y de las mujeres.

Murcia entera estaba allí congregada; las autoridades y personalidades más distinguidas en la Literatura, en la Ciencia, en el Arte, en la Política, en la Representación.

Los salones del piso bajo de la Universidad estaban materialmente atestados de monumentales y artísticas coronas de flores naturales, verdaderas obras de arte, con cintas de seda de diversos colores en donde con letras de oro se escribían unas dedicatorias al recuerdo del insigne poeta don José Selgas y Carrasco.

Por la capilla de Nuestra Señora del Carmen donde se había expuesto el arca severa y rica que contenía los restos del gran murciano desfilaba el noble pueblo de Murcia entremezclándose todas las clases sociales al calor de sentimientos de piedad, de admiración y de orgullo.

Para describir el espectáculo que ofreció nuestra ciudad en aquella tarde, tibia y perfumada, bañada de luz y poesía, dejemos la palabra a los ilustres periodistas de la Prensa local.

«El Liberal» escribió en su número del martes siguiente.

«El acto constituyó el mas grande de los homenajes que tributarse puede al hombre que supo honrar y enaltecer el nombre de Murcia con su talento, con su virtud y con la laboriosidad, Millares de personas ansiosas de rendir su tributo de admiración y cariño al hijo ilustre acudían al lugar donde se había de organizar la fúnebre comitiva. Los balcones de los edificios del trayecto estaban adornados con colgaduras de los colores nacionales y llenos de hermosas mujeres que esperaban la ocasión de exteriorizar su entusiasmo hacia el Poeta arrojando flores sobre el ataúd que conservaba los restos mortales

«La Verdad» en su artículo publicado en su número del

mismo día y que titulaba «La cultura de Murcia» decía lo siguiente:

«Pero con alegrarnos sobremanera este rendimiento por lo que tiene de justísimo y por lo extraordinariamente que estimamos en su ideario y en su estilo la valía del literato excelso a quien se dedicaba, hubo de atraer aún más, si cabe, nuestro regocijo, el espectáculo en cuanto sirve de índice para apreciar la difusión de la cultura en Murcia manifestada por el respeto entusiasta a uno de sus más puros prestigios.

Porque es de notar que en la comitiva figuraba si, el elemento representativo de la población, junto al de la intelectualidad murciana, pero al lado de esas significaciones que pudieramos llamar reflexivas y en las cuales no hubo omisión alguna, la espontánea asistencia de la multitud, arrojando flores al paso del féretro, dió una consoladora nota de cultura y de emotividad popular».

Y «El Tiempo», el mismo día también publicaba estas palabras: «Imponía hondo y severo respeto la ceremonia de la traslación de los restos y en todas las calles del tránsito se observaba que con la manifestación entusiasta del más puro y sincero afecto, se mezclaba la ofrenda sentida y delicada de una oración fervorosa. Murcia sentíase orgullosa de cobijar en su seno los restos de uno de sus hijos ilustres: y los buenos murcianos, sin distinción de opiniones y de juicios, se fundían en un solo anhelo y en una sola opinión: la de honrar merecidamente a su ilustre paisano. Ante esta manifestación espontánea y unánime sentimos una dulce y gratísima emoción: porque era la mejor demostración de que todos estaban compenetrados del deber que como murcianos pesa sobre nosotros cuando se trata de cosas que entrañan el cariño a lo nuestro».

A las seis y media se puso en marcha la comitiva. Poco antes, la campana «La Nona» de la Torre de la Catedral dió la señal de toque a gloria a todas las Iglesias de la ciudad.

Formaba en primer término una sección de la guardia civil de Caballería. Seguían los alumnos del Seminario Conciliar de

San Fulgencio. centro docente donde estudió Humanidades y Filosofía el glorioso literato. Seguía inmediatamente el féretro custodiado por los maceros del Excmo. Ayuntamiento y llevado constantemente a hombros por los literatos, periodistas, poetas y artistas murcianos que en noble y patriótica porfía se renovaron para llevar la preciosa carga desde la Iglesia del Carmen hasta el Templo Catedral.

La Presidencia la formaban en primer término las Excelentísimas Corporación Municipal y Provincial con el gobernador civil de la provincia y con su Alcalde y Presidente respectivos; y representaciones de los Excmos. Ayuntamientos de Cartagena y Lorca. Seguían don Carlos Selgas, hijo del poeta, el General Gobernador militar, el Rector de la Universidad Literaria, el Provisor y Vicario general del Obispado, con la representación del Excmo. e Ilmo. Prelado que por enfermedad no pudo asistir, don José y don Francisco Selgas, Coroneles de Caballería y Artillería respectivamente, y don Juan Selgas; médico; Presidente de la Audiencia provincial, Catedráticos de la Universidad y Director y Catedráticos del Instituto General y Técnico, Magistrados y Jueces, Profesores de las Escuelas Normales de Maestros y Maestras y de la Escuela de Comercio y Cabildo Catedral.

Senador vitalicio don Isidoro de la Cierva y Diputados a Cortes por Murcia y Yecla, respectivamente don Emilio Díez de Revenga y don Vicente Llovera y Codornú, representaciones de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, del Conservatorio provincial de Música y Declamación, del Cabildo de Párrocos, Directores y Redactores de la Prensa local, Círculo Católico de Obreros, Sindicato Católico Obrero, Federación Católica, Cámara del Comercio y de la Propiedad, Cuerpo Consular, Presidentes de las Sociedades, Tiro Nacional, Círculo de Bellas Artes, Casino, Federación de Dependientes, Centro Ferroviario, Presidente y Junta Directiva de la Sociedad obreros metalúrgicos, Cámara de la Propiedad Urbana, Sindicato Central de Riegos del Segura, Ingenieros Jefes de la División Hidráulica del Segura, Obras públicas, Catastro, Minas, Pesas y

Medidas, Real Congregación Mariana y Ordenes religiosas con residencia en Murcia.

Seguían millares de personas de todas las clases sociales: era un cortejo imponente.

Cerraba la fúnebre comitiva la banda de música del Hospicio y una interminable fila de automóviles que llevaban las coronas enviadas por las Sociedades y algunos particulares, por el orden siguiente:

Ayuntamiento de Murcia, la ciudad de Cartagena, Seminario de San Fulgencio, Parlamentarios murcianos, Federación de Dependientes. Real Congregación Mariana, Unión Mercantil e Industrial. Universidad, Instituto, Circulo Conservador, Sociedad Económica de Amigos del País, Escuela Normal de Maestras, Casino de Murcia, Sociedad La Peña, Conservatorio provincial de Música y Declamación y otros. Partió la solemne procesión dal Paseo de Floridablanca, pasó por la Plaza de Camacho, Puente Viejo calles de Pareja. Frenería, Puxmarina, Sociedad, Plaza de San Bartolomé.

Al llegar frente a la Iglesia, donde hacia un siglo fué bautizado el poeta de las flores, se rezó un responso por el alma del inmortal cantor.

Y nuevamente se puso en marcha el cortejo cruzando la calle del Licenciado Cascales, la Plaza de Romea, donde se detuvo nuevamente para recibir de manos de una comisión de alumnos del Conservatorio una magnífica corona de flor natural con expresiva dedicatoria.

Por las calles por donde iba pasando la comitiva, una lluvia de flores caía de los balcones; las blancas manos de las mujeres murcianas, a quienes tanto cantó el poeta en versos gloriosos, depositaban, sobre la rica arca donde reposaban sus restos, el bello homenaje de su admiración.

Tenía el tránsito un carácter triunfal, digno de llevar el alma del poeta a la inmortalidad pasando por el paraiso de nuestra bella tierra murciana, conducido por poetas, acompañado por toda la Murcia oficial, intelectual y artística y vitoreado en silencio por las almas femeninas de la Patria que le vió

nacer; almas que exteriorizaban su amor al poeta arrojando flores al paso de sus restos.

De la Plaza de Romea por la calle de Serrano Alcázar llegó a la del Príncipe Alfonso y al pasar por la puerta del Círculo de Bellas Artes colocaron sobre el féretro dos coronas: una de la Sociedad y otra de la Ciudad de Lorca, cuya dedicatoria iba primorosamente bordada por distinguidas señoritas de la población hermana. Los socios del expresado centro cultural arrojaban desde los balcones y desde las ventanas del piso bajo verdaderos torrentes de flores; era unánime la emoción, era en todos su deseo dulce de llorar.

Lo mismo que en el Círculo de Bellas Artes, ocurrió al pasar por la Peña, el Casino y el Tiro Nacional. Nubes de flores caían desde los balcones formando por toda la carrera una espesísima alfombra.

Al llegar a la Catedral el cadáver del ilustre poeta don José Selgas. fué recibido por el Ilmo. Cabildo Catedral que también depositó otra artística corona.

Las campanas del sagrado templo tocaron a gloria, y a gloria sonaban también en los corazones de toda Murcia, y el órgano prorrumpió en un dulce queja, tocando una marcha triunfal. Todas las almas, congregadas por miles dentro del templo lloraban de honda emoción: era un espectáculo de arte.

Sobre artístico tímulo orlado con todas las coronas, fué depositada el arca y el Ilmo. Sr. Deán entonó un solemne responso, dándose por terminados los actos del Domingo 4 de Junio.



SOLEMNES FUNERALES EN LA :
S. I. CATEDRAL POR EL ALMA DE
DON JOSÉ SÉLGAS Y CARRASCO

DIA 5 DE JUNIO



os funerales dieron comienzo a las diez de la mañana.

En el centro de la nave principal se había colocado un artístico túmulo y sobre él los restos de Selgas.

Adornaban el catafalco las coronas que figuraron en el entierro y sobre él los restos del poeta, las que también se habían colocado en las pilastras y verjas del altar mayor.

Completaban el adorno del túmulo profusión de luces y cuatro flameros.

Ofició la misa de Requiem el muy ilustre señor don Sergio García de la Granda, cantándose por la masa coral del Seminario, con acompañamiento de nutrida orquesta, la Misa y Responso del Maestro Perosí.

Asistieron a los funerales una lucida representación del

Excmo. Ayuntamiento, presidida por el Alcalde señor Clemares, los Gobernadores civil y militar señores marqués de Algara y General Ortega, Rector señor Lostau, Coronel de artillería señor Alonso y Teniente coronel de la benemérita.

En los bancos instalados en el crucero, tomaron asiento las representaciones oficiales invitadas a los piadosos actos.

La familia, presidida por los señores don Carlos, don José y don Francisco Selgas y el diputado a Cortes por Murcia don Emilio Diez de Revenga, ocupó sillones en las proximidades del coro.

Al terminar el responso dió comienzo la

ORACIÓN FÚNEBRE

Predicada en la S. I. Catedral de Cartagena en Murcia por el Ilmo. señor don Julio López Maymón, Dean de la misma, Predicador y Capellán de honor de S. M. El Rey Don Alfonso XIII, el día 5 de Junio del año del Señor 1922, en honor del insigne y cristiano literato y delicado y esquisito poeta de las flores don José Selgas Carrasco, con motivo del solemne traslado de sus restos del cementerio de San José y San Lorenzo de Madrid, a la capilla del Beato Andrés Imbernón, en el mencionado Templo Catedral,

A. M. D. G.

Religiositas custodiet et justificabit cor
Ecclesiasti I-XVIII

Ilustrísimo Señor (1.º)

Excmos. e Ilmos Señores (2.º)

Noble y cristiana familia del poeta muerto (3.º)

Amados hermanos en nuestro Señor Jesucristo:

«A la memoria del ilustre escritor don José Selgas y Ca-

(1) El Cabildo Catedral en pleno.

(2) El Gobernador civil, Alcalde y Concejales del Ayuntamiento de la Ciudad; Gobernador militar de la plaza; Rector de la Universidad literaria local; y Comisión de profesores; Presidentes de la Audiencia, Círculo de Bellas Artes (patrocinador de la solemnidad) y demás Círculos, Centros, Entidades y Corporaciones.

(3) Estuvo presente la familia del poeta presididos por sus htjos.



El May Iltre. Sr. D. Julio López Maymón, Deán de la S. I. C.
a quien encargada la oración fúnebre en los funerales
por D. José Selgas

rrasco. que en su fecundo siglo destacó en la nación su talento, en sus rimas y apólogos, sus novelas y estudios morales y su noble crítica. Escritor sano; corazón bueno; espíritu cristiano—Murcia al honrar aquí las cenizas de su hijo, grabó este modesto trofeo de admiración en el primer centenario de su nacimiento. Una plegaria por su alma». (1).

Este epígrafe, grabado en una piedra, perpetuado en una estatua, glosado en solemnidades artísticas, y estampado a guisa de epitafio sepulcral de un muerto ilustre, simboliza la obligación ahincada de la patria chica a la memoria sagrada de quien con sus obras la honrara en vida; esta lápida mortuoria, suspendida de los robustos muros del templo del Señor, significa la consagración en este funeral solemnísimos, de los sentimientos patrióticos, muy justificada, tratándose de Selgas creyente, profunda y arraigadamente religioso; y que sin la religiosidad no tiene explicación alguna su obra fecunda *Religiositas custodiet et justificabit cor,*

Tratamos de amores patrióticos y no debeis olvidar que la patria, persona jurídica, como la persona humana, «es algo material y algo espiritual». Es algo material, por que patria es: el terruño que sostuvo nuestra cuna; la Iglesia donde en la fuente bautismal, con las corrientes lustrales, recibimos la vida de la gracia; Patria es la Vega espléndida donde corre el río, granan las espigas y brotan las flores; el Cementerio donde los muertos duermen y nosotros dormiremos el sueño pasagero de la muerte, que aparejado lleva el despertar a la inmortal vida, pletórica de llenura eterna. También espíritu es la Patria, por que es el alma difundida con la sangre; el mismo amor y hasta el mismo odio viviendo en corazones iguales; vida que en el sentido político es orden, en el religioso fe, y en el social hidalguía; afable con el débil, arrogante con el fuerte, cortés con todos. Por eso, los festivales en honor póstumo del murciano ilus-

(1) Esta lápida, de mármol blanco e inscripción grabada con letras violáceas, está clavada en la pared de la capilla del Beato Andrés Imbernón, según se entra a mano izquierda, sobre el sepulcro abierto en el suelo de la misma.

tre, desarrollado en la calle, hubieran adolecido de un defecto, al faltar el elemento espiritual, que en esta mañana. y dentro de este recinto sagrado, unge, como crisma santo. a vuestro cristiano homenaje. A esto obedece que la plausible y *justiciera* iniciativa del iniciador honorable de estos cultos, encontrase favorable y resuelta acogida en el venerable Prelado Diocesano y en eu Senado ilustre, que *nemine discrepante* acordaron que junto a las sagradas reliquias cinerarias de Jácome Bonayunta el de las Leyes, Rodriguez Almela y Saavedra Fajardo, *durmiesen* la muerte las del cristiano publicista y poeta de las flores don José Selgas y Carrasco. Empapado en estos sentimientos debió estar el corazón que movió la bien cortada pluma para al pié de la certera redacción del epitafio, añadir estos caracteres llenos de luz: «¡Una plegaria por su alma!» En estos mismos sentimientos se inspiró Boileau para con la fé del siglo XIV, fijar sobre la tumba de Racine el inmortal cantor de Italia este rayo de esperanza: «¡Oh tú, a quien la piedad te trae a este lugar: tén lástima a tan excelente hombre, que pasa por el triste destino de todos los mortales, y por grande que sea la idea que pueda darte su fama, acuérdate que no son elogios los que te pide, pero plegarias y sacrificios.» (1).

¡Una plegaria por su alma! Estas palabras lo aclaran todo; matan el materialismo frío y llevan las lumbres de la fé y del consuelo al alma pecadora; encienden la luz blanca de una mañana sin noche, de un paraiso sin sierpe... A la pregunta que un orador elocuentísimo español elevaba al cielo sobre la tumba de Monroy diciendo a Dios «Muchas veces, al contemplar el sepulcro de un niño... he levantado los ojos al cielo involuntariamente como para preguntar a Dios. ¿Por qué le creaste? Y si verdaderamente es incomprensible la muerte del niño... aun es más incomprensible la muerte del que lleva una gran idea en su frente, una sonora lira en sus manos. (2) Porque... no eran

(1) Besson-Conferences. Les mysteres de la vie future.

(2) Emilio Castelar. Biografía prólogo de las poesías de José Martínez Monroy. Madrid, imprenta y estereotipia de Manuel Rivadeneira, año 1864.

para la tierra..., contestamos nosotros ¡La tierra! Donde viven los ingratos... ¡Una plegaria por su alma! Es como un fervor in sentido y piadoso, cen fuerza de iluminar entre las sombras de la vida, el camino que pasa Cristo para ir al sepulcro de Lázaro; y Cristo junto al sepulcro de Lázaro, llena el abismo que separa lo orgánico de lo inorgánico; la vida de la muerte *Ego sum resurrectio et vita.* (1) ¡Morir! ¿Y todo acaba en la fosa? No no...

Permitid que os abra en esta mañana un sepulcro; os diré como Bossuet a la corte de Francia en el año 1671 (2). A eso hemos venido; junto a un sepulcro glorioso, en estos momentos augustos, esta Murcia, con sus autoridades, centros de religión y cultura, corporaciones eclesiásticas y civiles y militares; todo lo grande, todo lo seriamente representativo. y como dando sanciones a proceder tan elevado, la presencia de una familia que por ejecutoria legítima amasa en su sangre lo que juntamente embalsama este ambiente... *El Te Deum y el dies irae.* Por que esta fusión prodigiosa se esconde hoy en los cálices de tantas flores como inclinan sus corolas encendidas para dejar perfumes tibios sobre el arca cerrada que guarda los huesos del poeta y las coronas ofrendadas que. al entremézlarse, forman policromada columna de triunfo que la sostiene. Esas coronas son... una oración y un trofeo; y de los dos es digno Selgas, porque... EL SENTIMIENTO RECIAMENTE RELIGIOSO FORMÓ SU CORAZÓN Y NO LE ABANDONÓ NUNCA; LE JUSTIFICÓ CUMPLIDAMENTE EN LAS FECUNDAS OBRAS SOLIDAS DE SU PLUMA CASTIZA Y CREYENTE. *Religiositas custodiet et justificabit cor.*

Para llevar a feliz término el desarrollo de esta proposición en esta mañana, son necesarios, la asistencia de Dios, la mediación de la Santísima Virgen y vuestra benevolencia. No dudando jamás de estos auxilios, paso resueltamente al desempeño de mi difícil y honrosa misión.

(1) Joann XI-25.

(2) Bossuet. Sermón sobre la muerte. Sermones Selectos, traducidos del francés por una sociedad de eclesiásticos. Madrid, Librería de L. López, año 1854.

Ilustrísimo Sr.

Excemos. e Ilmos. Sres.

Noble y cristiana familia del poeta muerto:

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Detenidamente repasada la historia de la humanidad, podemos deducir que a tres categorías se reducen todos los hombres que han descollado como magnos astros en cielos de luz: Por que forzosamente carecen de coetáneos por pertenecer a siglos pretéritos, y no animar su llanto un espíritu profético, bastante a evocar a la ciudad sola y maldecida. Por que ofrendan en su carrera esquemas indescifrables de ideas muertas; que por eso, ni el entendimiento recibe ni el corazón aprovecha. Los que viven su siglo y sus contemporáneos; cerebros de privilegios para pensamientos cúlmenes, de corazones encendidos para sentimientos gigantes. Arrancad al sol chispas dispersas y dejadlas dormidas sobre la alberca, son puntas de oro en un encaje de plata... pero pasadlas por una lente y serán foco de incendios... A esta estirpe pertenece el poeta que lloramos.

Selgas, íntegramente delicado y exquisito, romántico y creyente, necesitaba para su aparición en la vida, como marco de un cuadro espléndido, un cielo eternamente azul, con sol de fuego y luna de luz blanca rielada en los mares; y tierra fecunda en jardines y flores; y suelo bendito cuna de varones egregios, con la munda estola de la santidad sobre sus almas, y la llama del genio fulgurando en sus ojos; y escudos de rancio abolengo en los quicios de las viviendas y de las acciones... Y Dios se lo concedió al poeta, al señalarle con signos de promisión la tierra murciana; y Murcia fué su cuna el día 27 de Noviembre del año del Señor 1622, e hijo legítimo, siendo de don Juan y de doña Josefa. (1)

(1) Nació a las once de la mañana de dicho día. Le bautizó y crismó don Mariano García Cortés, Pbro. con licencia del Doctor don Fernando Esteban, Beneficiado y Cura Párroco de San Bartolomé, en dicha Iglesia Parroquial; impúsole los nombres de José, Facundo, Bartolomé y Antonio; fué su padrino don José Gareía Cortés. La partida de bautismo originalise custodia en el archivo de la Parroquia San Bartolomé. Santa María en el libro de Bautizados correspondiente a la fecha del

Al revisar documentos auténticos para teger su árbol de genealogía, como si de ocultos peñascales brotando se despeñasen cascadas ubérrimas que engrosan en el llano la linfa cristalina y caudalosa, así la sangre a él venida de sus ramas progenitoras la hidalga de Asturias, la castiza toledana, la humorística andaluza y la artística y aguda murciana, de tal guisa en su alma buena se juntan, que bien se echa de ver fusión sal en los versos y en la prosa del publicista.

Un hogar rancieramente cristiano, es invernadero donde *la flor atereicpelada* crece, cuidadosamente atendida por el celo de una santa madre que entabla en el alma del niño, los principios fundamentales de una educación eminentemente religiosa, que jamás abondó el corazón de Selgas y que reveló estos fundamentos sagrados en unos escritos inmortales. *Religiositas custodiet et justificabit cor.*

Mi presencia en estos momentos solemnemente lúgubres, para ensalzar desde esta altura sagrada los justos merecimientos de un muerto ilustre, borran de vosotros la imagen del crítico, para que solamente se destaque la del sacerdote. Y por más que el ilustre pensador haya dicho que *el pincel dibuja los cuerpos y la palabra las almas*, es necesario dar a la palabra elementos de juicio para tallar en oro viejo un marco que responda, aunque en pequeña parte al grandor de la figura. Teniendo esto presento, admitidme un ligero apunte sobre la España literaria en el advenimiento de nuestro Solgas a la república de las letras patrias.

Así como Saint Beuve dió por terminado el romanticismo francés en el año 1848, lo mismo sin fundamento defendieron algunos críticos e historiadores acerca del español. Mediado el siglo XIX. no es el romanticismo. sino su edad heróica la que termina. El romanticismo pasó aun arrogante por el espacio que media de 1830 a 1850, época llamada por algunos *post roman*

bautismo. Véanse este dato y otros muchos interesantísimos de la vida del poeta contenidos en un libro primorosamente escrito por el Excelentísimo Sr. don Emilio Díez de Revenga titulado: *Selgas poeta, novelista, satírico.*—Murcia. Imp. Sucesores de Nogués, 1915.

ticismo, y perdura y reina y vive como *verica salis* del alma nacional en nuestros días.

La literatura española del siglo XIX enseña que el carácter de la poesía lírica nacional desde el año 1850, fué la reversión a las tradiciones clásicas y a sus fuentes latinas y castellanas de los siglos XVI y XVII, perdurando la influencia romántica y la de la poesía alemana e itala con Heine y Alcardi: así lo defiende aquel sabio agustino que se llamó P. Blanco. (1)

El impetu avasallador de los primitivos románticos es sustituido por corrientes de dulce y sencilla pulcritud moral. Su poesía callejera y revolucionaria se torna en castiza, *Dueña* tocada de mongil, moderada, modosa y casera. El torrente desbordado de esageraciones del Duque de Rivas, Larra, Espronceda, Zorrilla y García Gutierrez, es reemplazado por una prudente y saludable reacción buscadoras de almas y de equilibrio, que encarna en Selgas. A los cánticos orgiacos; fantasias moriscas; danzas macabras; reflejos de luna Selgas propone los cantos al amor puro, sencillo, casto; la felicidad doméstica; los infortunios, el candor de la inocencia y sobre todo a las flores y a sus matizados y perfumados cortejos de los Angeles virgenes. Por eso en nuestro poeta, suena la hispana lira con tonos y matices nuevos; y los acentos callejeros plateados por la luna en las endechas trovadorescas pisan luego los suelos alfombrados de la señorial mansión del conde de San Luis; protector decidido del *novel vate* y toman escaño en el gabinete de trabajo de Aureliano Fernández Guerra y Orbe, en la calle de la Alameda en la villa y corte. Las poesías de Selgas, ante auditorios de erúditos y profesionales de arte poético y literario, leídos por Arnao, publicados por Cañete en el «Heraldo», producen impresión tan honda, poderosa, tramplantarle de la sombra de la torre para implantarle en el movimiento literario a la sazón. Nada mas natural por otra parte, que después de un invierno con frios de esageraciones y meses de decadencia esta-

(1) P. Blanco y García. La literatura española en el siglo XIX.

siaron a las almas los perfumes y los cielos risueños y el polícromado manto de la Primavera.

La lira de Selgas aun vibrando al unísono de la misma cuerda no fué vencida por ninguna otra en ternura y delicadeza. Medina, al cantar nuestra vega poética al huertano sentado cabe su arcáica barraca contemplando con ojos en lágrimas arrasados, *la sentía por donde se fueron tantas cosas buenas* (1) Selgas, al cantar la vega, canta a las flores, no como plantas de los jardines. sino como emblemas poéticos de las virtudes humanas (2) *Religiositas custodiet et justificabit cor.*

¡Fué el cantor de las flores! Los poetas que antes de él vinieron y aun los que con él llenaron su siglo. pasaron indiferentes junto a las flores, sin parar mientes en que las flores hablan; por eso las miraron y las olieron, pero no las cantaron *directamente*. La inspiración singular de nuestro bardo, siguiendo el vuelo corto de las mariposas sorprende en ellas que son:

«Almas, hija, do las flores muertas».

En posesión del secreto, como talisman prodigioso, recoge en sus poéticas estancias, simbólicas locuciones educadoras de vidas místicas: la pureza de la azucena; la tortura de la pasionaria; la modestia de las violetas. la sencillez de la rosa: el pudor de la camelia; el candor de la dalia, la paz de los pensamientos. y los celestes deseos del galán de noche.

Tal vigor de significar tienen las flores. El sentido hermenéutico, acomodaticio, compara la Virgen— a quien tanto amó nuestro poeta a la flor de los campos y al lirio de los valles y a la planta de rosa. *Ros agri lilia consallium. Quasi plantatio rosae.* (3) Y por la raíz de Jesse va nuestro espíritu a la flor que

(1) Vicente Medina. Aires Murcianos.

(2) Salcedo y Ruiz. La literatura Española. Tomo IV. pág. 601.

(3) D. José Selgas. Poesías. Lo que son las mariposas.—Madrid.

Imprenta de A Pérez. 1882.

(4) Eclesiastes XXIV-18,

(1) Sai XI-I.
(2) Dani III-17.
(3) Florillas de San Francisco.

sube de la misma raíz. *Egredictur radice Jesse et flor de radice ejcis*, (1)

Del mismo modo el trovador romántico, por sus rimadas estrofas, capullos impregnados de perfumes y de néctares conduce a los alcázares supremos de la belleza purísima; y así como el profeta Daniel levanta con su arpa de oro, a las obras del señor para que alaben al Señor: *Benedicite asuria opera Domeni Domeño* (2) también nuestro poeta levanta los cálices de las flores con miradas al cielo para que como ellos amemos nosotros. Como aquella campanilla silvestre que Francisco de Asís tocaba con el regaton de hierro de su cayado rústico y le decía: «Ya sé lo que me dices: ya sé lo que me dices» (6) *Religiositas cnstodiet et justificabit cor*.

Del primero de sus poemas, decía un orador privilegiado. «*La Primavera* era símbolo de su florida juventud, representada por el claro cielo de su patria y la hermosura de su suelo natal, en que su alma se despierta a la luz de la Religión en los altares y se desarrolla al calor de las virtudes en el hogar. (3)

A la *Primavera* sigue El *Estío*; Selgas suspende de vez en vez el canto de su lira, como los pájaros que seorean. Y no se diga, como se ha dicho, que agotado su numen decaía. No, fué lozano siempre. Es que los genios tienen una mirada y un descanso. Fray Luis de León mira y descansa en el huerto *laderano de bella flor cubierto*; Gabriel y Galán, que mucho a Selgas debe, mira y contempla, que es descanso del alma, su ubérrima *sementera*. Hay con toda una diferencia: para Selgas, *el huerto del inmenso religioso*, es la vega murciana; la *sementera* del poeta extremeño, es el cosmos de sus libros en prosa y verso. ¡Esta es la mirada del poeta! Su descanso contemplativo, lo encuentra en el ambiente de halago y de misterio, que las almas hidrópicas de embelesamientos saludables, hallan la *sombra bienhechora de las hojas sueltas*. Aialaya desde donde mira y mide

(1) Sai. XI-I.

(2) Dani III-17.

(3) Florecillas de San Francisco.

las cosas y los hombres de su siglo: con mirada llena de candor; por eso, las gotas de sangre que su ironía arranca, luego encuentran los labios de cristiano amor encendidos que restañara la abierta herida. Esta es la peculiar psicología de sus versos, la delicadeza sin aliños y hasta con pobreza de ropaje métrico; pero así y todo es poeta original, aunque su hermosa originalidad a algunos no convence desdoblado sus sentimientos íntimos, llega certeramente a la mente filosófica, como el alma popular. Selgas era romántico, soñador; humilde, sencillo, candoroso, tierno... ¡Qué compañía para él más estimable que las flores! Selgas, amando mucho a su patria no la hubiera podido cantar como Quintana: pero Quintana, amando mucho a las flores, no las hubiera podido cantar como Selgas. *Religiositas custodiet justificabit cor.* Todos los autores que de Selgas se ocupan, y los que aún viven que lo trataron contienen sin discrepancias en afirmar *que era un niño*. pero niño, con esa niñez de que jamás debiera desmentirse el hombre. ¡Ay! del que escandalice a uno de estos niños; de estos últimos interpreta San Agustín; *el que como ellos se humillase, será grande en el reino de los Cielos*: decía Jesucristo nuestro Señor abrazando a un grupo destellante de rubios parvulillos. No golpeen los disidentes el pedestal de mármol juzgando a la humildad como enemiga del valor varonil; quien prodiga sonrisas y enguanta su mano para mojar su pluma con amarga ironía, sabe conquistar la laureada de San Fernando como soldado, y retrasar nueve años su ingreso en la Real Academia Española por no rectificar su discurso de recipiendario, sobre las *fuentes de corrupción de la lengua castellana*. Y este proceder idiosincrásico, no es encasquetamiento de tiesura pedantesca, ni encastillamiento de inflexibilidad despótica; sino atravesamiento del camino espeditivo, que llama Sanfo Tomás de Aquino, en otros términos, de los fértiles senderos de la prudencia. Senda *por donde han ido, los pocos sabios que en el mundo han sido*, como escribía Fray Luis.

Niño fué el poeta, en su hogar, en sus amistades, en el desempeño de altos cargos; niño, prolongando la niñez, que plas-

maron en su alma sabios mentores del famoso Seminario Conciliar de San Fulgencio de Murcia, donde como es sabido estudió Latín. Humanidades y Filosofía.

Siempre fué niño, porque niña es la conciencia sin mancha; por eso, como aquel otro poeta de su tiempo: *no vendió nunca su pluma ni su fé* (1) Y los que así obran, son el varon bienaventurado que ni formó parte del consejo de los impíos, ni se sentó en las cátedras de la iniquidad, *Beatus Viz.* (2)

Por eso cantó a las flores; porque las flores y los niños se parecen mucho. El niño que ve nuestro poeta dormido en la cama... es como el botón de una rosa,

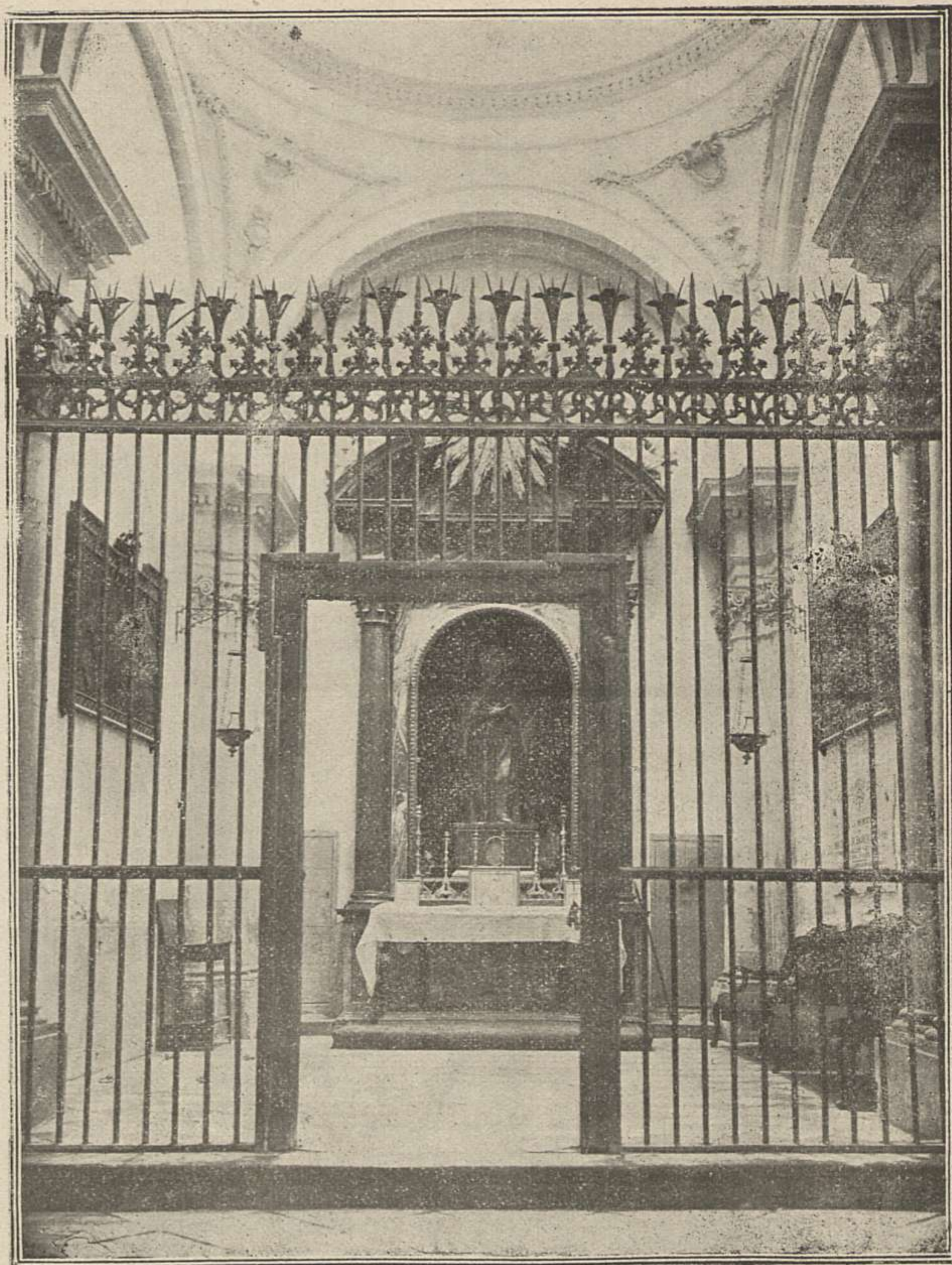
En *Hojas sueltas* escribía: «Los niños son el lazo que existe entre el cielo y la tierra; solo el egoismo humano se atreve a llorarlos cuando se mueren. La única pena que produce en el alma la presencia de un niño, es el sentimiento de que dejará de serlo.»

Los niños, repetimos, son como las flores, sus labios y los ojos pueriles son pétalos de nardo. Algunas veces, al besar a un niño nos apartamos de él como si fuéramos a mancharlos, otros al cojer una flor, retiramos la mano prontamente... ¡Qué pena deshojarla!... *Religiositas custodiet et justificabit cor.*

A la reacción literaria que hemos visto casi a los fulgores de un relámpago. le dieron ideología los libros filosóficos de Balmes. los modelos oratorios de Donoso Cortés y Aparisi y Guijarro, y el tono lirico de Selgas, Trueba, Fernan Caballero, Tamayo y poco después Becquer. La pluma de Selgas, gubia mágica. que penetrando en las entrañas del leño en él graba la filigrana de sus fallados; cincel ungido, que ahondando en el metal o en la piedra en ella estampa la galanura de sus estilos pasa triunfadora por todes los géneros literarios. Sus páginas en prosa nos lo revelan como pensador sano, filósofo profundo,

(1) José Zorrilla. - Album de su coronación en Granada.

(2) Psalm - I-1.



Capilla del Beato Imbernón, en la Catedral, donde han sido enterrados los restos de Selgas

apologista de la moral cristiana. No escribió libros de filosofía didáctica, ni creó escuelas filosóficas, pero lleva las almas a la verdad, al bien con más certero practicismo que el filósofo de Vich.

Hojas sueltas.—Más hojas sueltas.—Nuevas hojas sueltas. Delicias del nuevo paraíso.—Lu sombras y otros son como el Kempis para el hombre mundano; porque así como la célebre *imitación de Cristo* del santo religioso prusiano sostiene a las almas buenas para que no sean malas, y a las malas para que sean buenas; pero hay hombres, tal vez por miedo, que no abren un libro de piedad; los de Selgas tienen la virtud de penetrar insensiblemente en las conciencias reacias y frías, siendo el salvavidas de sus pensamientos breves y de sus apólogos encendidos, que sacan al naufrago del mar a la costa. Los escritos de Selgas son glosarios de las virtudes fundamentales de la Religión y del sentido común. De sus *Hojas sueltas* puede decirse, lo que el *gran crítico* decía de las novelas de Pereda. Son hojas que no han de morir. Donde se aprende a vivir bien y a morir mejor. Los escritos de Selgas son: ramas verdes y jubilosas de undosa vid, que tapan cuidadosas las desmoronadas dunas, de sus agrietados surcos, y ofrecen los racimos ubérrimos de sus apiñadas esmeraldas. Los escritos de Selgas, son: enjundiosas espigas bañadas de oro. que trituradas por la meditación reflexiva, se transforman en nutritiva hogaza. para yantar los hombres suspirantes por otros tiempos. otras gentes, otras costumbres, otras artes y otra moralidad. Los escritos de Selgas, son: árboles seculares y copudos, sobre retorcidos brazos, montañas de hojas frescas descansando, estuches abiertos de frutos sazonados; y cuanto más asfixiante la siesta. más refrigerante es la sombra. Los escritos de Selgas, son: sierras encumbradas cuya cima es mirador apoyado en los gigantes balaustres de los pinares, desde donde se atalaya el mar y el cielo, los hondos rebosantes de espigas, y las llanuras de flores; donde se respira el aire oxigenado y puro. Los escritos de Selgas son: concatenaciones filosóficamente trabadas, principios y consecuencias íntimamente subordinadas, profundamente lógicas y moralizado-

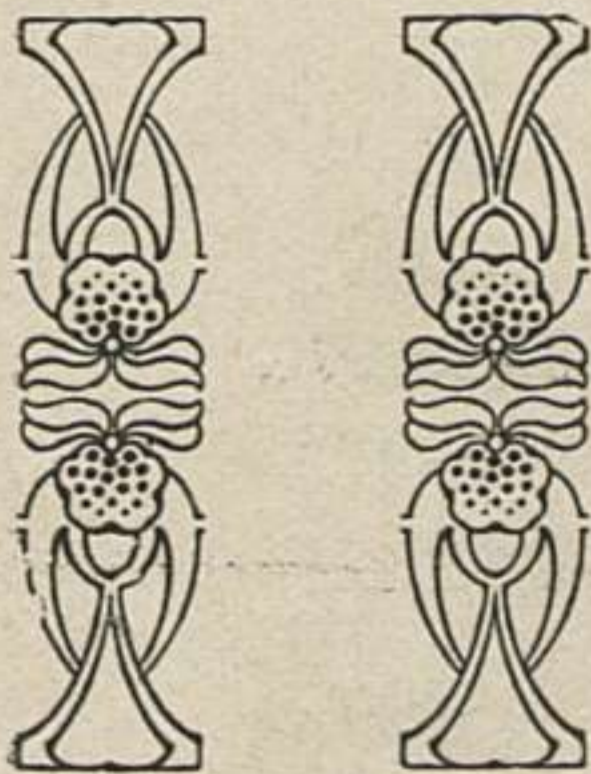
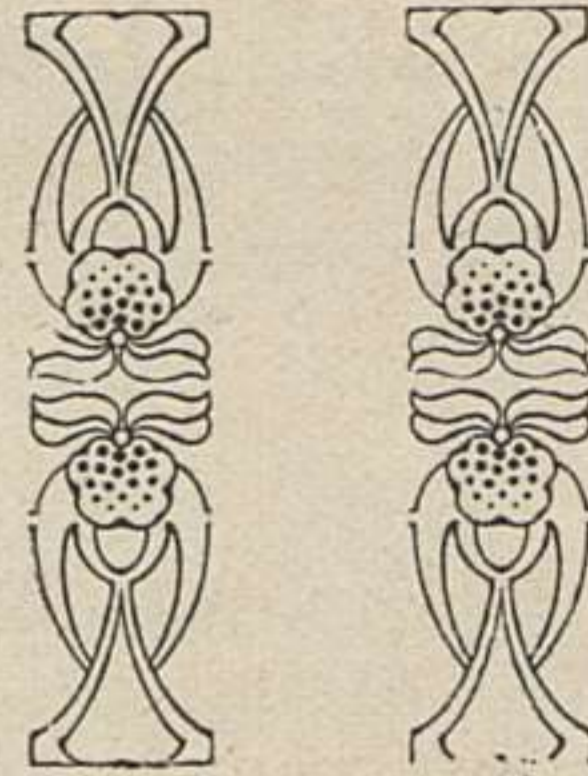
ras. De ellos, y bajo el aspecto filosófico dijo un maestro consumado en el difícil arte de bien decir: En pleno siglo XIII hubiera dejado atrás al mismo Escoto, aventajándole con la sutileza de su ingenio; si por desgracia Selgas, no hubiera sido católico, permitid que os lo diga con convicción, mal año para Hegel y para Krausse. (1) *Relgiositas cusiodiet et justificabit cor* Los escritos de Selgas, tienen raudal de perlas de las que engarzó en sartales Aparisi, pero con oro de mayor ley castellano; y envuelve pensamientos abismosos. con los que brotan de la abrasadora mente de Donoso, sin el torrente irresistible y portentosamente elocuentísimo de Valdegamas. sino hilo cristalino de arroyuelo manso dormido en el regato y perdido después en los recovecos de la Fronda. De Pereda dijo el polígrafo inmortal: Son sus libros tan españoles como lo más español que se haya escrito después de Cervantes y Quevedo. Todo lo encontró en su propio fondo hasta con procedimientos de lengua y de estilo; del genio tuvo muchos atractivos, la vocación nática e irresistible, una mezcla de candidez y de adivinación pasmosa. (2) ¿No es verdad que quitando a a estas líneas lo que pertenecía a la idiosincrasia del novelista montañés, todo lo demás se pudiera afirmar en honor de Selgas? *Viajes literarios al ededor de varios asuntos*, dice el autor de sus libros. Mas no; fueron tratados completos de crítica social y política; panorama de la vida moderna. Ejecutado todo esto con las armas tanto más terribles cuanto más suaves: la ironía cristiana y benévola por tanto, y el humorismo regocijante, Ve en las cosas del mundo un reflejo del divino creador; por eso las ama y procura que los demás hombres participen de este amor. Su alma tiene la albura del lirio blanco... Él mismo lo escribía: «Yo no conozco más civilización verdadera que la del Evangelio, ni más derecho de conquista que el de la Cruz, ni más conquistador legítimo que el sacerdote. Calculen si yo había de negar mis débiles fuerzas a

1 Alejandro Didal y Mon-Ibidem.

2 Marcelino Menéndez y Pelayo.—Discurso leído por su autor, Delegado regio en el acto de la inauguración del monumento a don José María de Pereda. En Santander, 23 Enero 1911.



La calle de Selgas



Iglesia Parroquial del Carmen, donde fueron depositados los restos de Selgas

la heroica empresa de enriquecer el mundo con los tesoros de la fé, única fuente de perfección moral del hombre». (1).

Esta fué el alma de Selgas, y de este aroma están impregnados sus escritos. *Religiositas custodiet et justificabit cor.*

Selgas cultivó la novela. Los críticos *valientes y varoniles* de hoy, dicen, que las novelas de nuestro escritor son inocentes y ñoñas. No lo sahemos; lo único que podemos decir es. que uno de los capítulos de Nona, es un lienzo pintado por Velazquez.

«Rayo de Sol», «Mariposas blancas» y otras, son novelas mas cerca de Pereda que de Alarcon. Hizo bien Selgas en escribir sus novelas, endebles y todo. Lamentamos mas la endebles de fondo que la de procedimiento. En sus novelas, Selgas, es un moralista que enseña desde un libro, en vez de adoctrinar desde un púlpito o desde una cátedra: Sus capítulos, descripciones, diálogos, correctos animados, fáciles, amenos, pueden caer sin peligro en manos *púberes* sin que emanaciones de charca, formen nubes que empañen el cielo y tapen el sol. No son, no, novelas de clave.

Que clasifique la crítica moderna como quiera a estas novelas; no se olvide que su autor es hombre providencial, y su literatura es: *el reconstituyente mas enérgico que puede aplicarse a la generación que hoy crece marchita de voluntad antes de haber vivido y enferma de escepticismo antes de haber pensado* (2) ¡Qué contraste entre la solicitud y el desvivimiento moralizadores de Selgas en su tiempo y la posibilidad de las autoridades, hoy, en no atajar esa corriente deletérea de novelas inmorales y pornográficas que atestan las librerías públicas de venta y los kioscos de las Estaciones férreas! Que si de contrario modo se procediera, se levantaría la literatura española de este género caído en rebajamientos de mal gusto y corrompiendo

1 José Selgas.—Nuevas hojas sueltas.—Respuesta a Eusebio.

2 Menéndez y Pelayo.—Ibidem.

te. Muchas almas se salvarían del contagio, si los escritores españoles contemporáneos miraran por los fueros literarios de su patria, y fuesen serviles imitadores de lo peor de la extranjera. Y no es que nos declaremos enemigos de la cultura y de la erudición. Lo que queremos decir, es: que un alma francesa italiana, alemana, rusa... no podrá nunca informar un s>r español, a lo Teresa de Jesús, y Fray Luis de Granada, y Quevedo y Gervantes. De aquí la solicitud de la Iglesia Católica con su *censura* en pró de la cultura y de la moralidad patria. *Religiositas custodiet et justificabit cor.*

Ensayos hizo, coronados de éxito, en la escena teatral; ejecutados por los mejores artistas y aplaudidos por públicos cultos. No llegó con ellos a las alturas del modelo, pero con el flagelo de la ironía, azotó las espaldas de los degenerados y de los prostituídos, tendiendo a la corrección de costumbres. El teatro, salido de la Iglesia levantó a las almas a las alturas de educar sus sentimientos, hoy ha borrado su geneología y bastardeado su augusta y redentora finalidad, prostituyendo al arte y las gentes. Medid si podéis la inmensa responsabilidad de los que pudiendo y debiendo impedir este mal no lo hacen; y de los que contribuyen al mantenimiento del mismo; y de las mujeres españolas que asisten y sancionan, por tanto, con su presencia, esos inmundos espectáculos. Así se escarnece a la *única España que el mundo conoce; a la única cuyo recuerdo tiene poder bastante para retardar nuestra agonía, Religiositas, custodiet et justificabit cor.*

Junto a la reacción literaria de que hemos hablado, surge la política, comenzada por Narvaez, y continuado en el Ministerio Bravo Murillo, autor del vigente Concordato con la Santa Sede. No fué Selgas ajeno a dicho movimiento, militando siempre muy a la cabeza de las derechas; representan en Cortes una legislatura: y Subsecretario de la Presidencia del Consejo



Casa de la calle de Alfaro donde nació el poeta

de Ministros. Esto le presta circunstancias para descargar latigazos de punzador cilicio, desde el «Padre Cobos» y en «La Gorda»: Modelos de periódicos satíricos e irónicos son estas publicaciones, las que Selgas informa con su humorismo de Buena Ley; sosteniendo en estas luchas un equilibrio de moralidad y tenido a raya las pasiones, hasta conseguir el atacar las opiniones y las tendencias, revestir de invulnerable corazón a la dignidad pública y privada de los hombres. En esta escuela de ejecutoriado periodismo, tal vez debieran adiestrarse los periodistas de actualidad elevando a la prensa periódica a oxigenadas alturas, desde donde, con elevadas miras se trataran las ideas, se respetasen los sentimientos religiosos, se rindiera culto a la moralidad y se ilustrase con ilustración verdadera y sana. No convirtiendo la pluma en balanza, ni en palanca para levantar a falsas y mentidas reputaciones. En esta escuela, abierta a las enseñanzas y a las normas de Pontífices y Prelados de la Iglesia Católica, descolló Selgas como discípulo de aventajamiento. *Religiositas custodiet et justificabit cor.*

Selgas buscó la verdadera gloria y la encontró. Porque — «La verdadera gloria consiste en la Religión, en la piedad y fidelidad a todas las obligaciones que Dios nos impone respecto de nuestros prójimos y de nosotros mismos; una ciencia pura y tranquila; con corazón que camina por las sendas de la justicia y de la verdad, superior a todos los atractivos que se juntan alrededor de él para engañarle; mayor que todas las cosas perecederas y sujeto solo a Dios. Esto es todo lo que hace grande al hombre. Si deseomponéis este fundamento, el edificio se desploma y nada quedará sino lo que somos nosotros mismos» (1) Estas palabras, pronunciadas por Marsillon ante Luis XV y su Corte, tienen la virtud de desdoblar la psicología de don José Selgas y Carrasco. El temor de Dios formó su corazón; por eso fué poeta y escritor cristiano y en algunas ocasiones

(1) Marsillon. Sermón sobre la falsedad de la gloria humana.

fervorosamente místico; dígalo sino el soneto a la Eucaristía, que si no es tan luminoso, tan de panal de abejas como el de Lope de Vega, sin embargo, es una jόya.

¿Qué misterio de amor reside en tí,
que abandonado a tu divino afán,
del Cielo, en forma de sagrado pan,
bajas, Señor, hasta llegar a mí?

¿Cómo tan gran prodigio merecí?
¿dónde escritos los méritos están.
en esta prole misera de Adán,
para encontrarse sustentada así?

Como la madre presta su calor,
y alimenta con sangre de su ser
al fruto imagen de su casto amor,
de la misma manera tu poder
hace que pueda el hombre pecador
de su propia flaqueza renacer (1)

Religiositas custodiet et iustificabit cor.

Era una sensitiva... el céfiro suave hiere su tallo, el cierzo gélido hiela la sangre de los pulmones del poeta... lágrimas de penitencia, sacramentalmente vertidas... robustecida el alma creyente, por la fuerza cibativa del *pan de los fuertes* llegado a sus labios y a su alma, como santo Viático... Era una flor, y abre su corola por ser última en la tierra, para mirar a su santo esposo... a sus entrañables hijos Consuelo y Carlos... a sus fieles amigos... al Crucifijo santo... La flor dobla su tallo... la flor se deshoja... la flor muere... en una noche oscura a la hora en que las flores caen... una noche ciega de estrellas... con rumores de agonía... noche de luto... 5 de Febrero de 1882. Cayó su cuerpo... como caen las flores amarillas y flácidas es tarde marchita de noviembre... su alma voló, como emigrante golondrina, en busca de más aire, y de más luz, a otros climas.

(1) José Selgas, versos póstumos. (1)

Religiositas custodiet et justificabit cor. El aroma de esta flor como prensada entre hojas de amado libro, al abrirlo para leer y para rezar, su perfume llena los ámbitos de la patria chica; de la Real Academia de la lengua, que costea las exequias de su ilustre miembro, de los centros de cultura que honró con su presencia o con sus escritos; de Murcia, su cuna, que da su nombre a una calle y graba una lápida conmemorativa en la casa donde naciera; y que al trasladar los restos del hijo esclarecido desde el Cementerio de San José y San Lorenzo, patio de las ánimas de la Corte, a la fosa cavada en la Capilla del Beato Andrés Imbernón de la S. I. Catedral (1) cubre de flores el cielo de su triunfal cortejo, y en su nombre, el Círculo de Bellas Artes local, celebra este solemnísimos funeral en su honor y en su memoria. Digámoslo bien alto: este homenaje religioso tiene junto a su significación de piedad acrisolada, la de reparación justa; puesto que el poeta que convierte la meseta de la Fuensanta en pupitre de piedra para escribir libros y versos; el poeta que con donaire y cariño escribe en *inmortal obra sobre las mujeres españolas*, inspiradísimo canto a la murciana, vivió y murió con la espina punzadora metida en su alma. de que su Murcia no se acordaba de él. (2) Y Murcia hoy compensa ese desvío. si lo hubo voluntario, la celebración de las presentes e imperecederas solemnidades. ¡Quiera Dios que de esa arca fúnebre que guarda los restos del poeta y descansa sobre una pirámide de flores y de coronas, surjan pensamientos y palabras que muevan al corazón de nuestras doncellas y alumbren las mentes de nuestros mancebos, y de la ciudad ahuyenten todo mal. y hagan dignos a los murcianos de transmitir a sus hijos la immaculada. santa y honrosa herencia que les dejó Selgas.

¡¡¡Poeta de las flores, descansa en paz!!! Si como fué de meritoria y cristiana tu vida gozas de Dios, pídele por tu tierra,

(1) Véase al final la copia del acta levantada por el Ilmo. Cabildo Catedral, para perpetuar la memoria de este acto, de entrega y sepelio de los restos del poeta.

(2) Emilio Díez de Revenga.—Ibidem.

por sus autoridades en todos los órdenes; por el virtuoso Prelado enfermo e Ilmo. Cabildo Catedral que espléndida y resueltamente contribuye en *unimismación* de acción patriótica a homenajear tu gloria; por el Círculo de Bellas Artes, que sin preterir la cultura y progreso, apadrina y desarrolla con fervores patricios la iniciativa de honorable iniciador, que en muchas ocasiones, parece verse en sus escritos la pluma de Selgas y presenta la obtación de todos; por tus hermanos los poetas, por el brillante Seminario Fulgentino, donde comenzaste tu formación de corazón y de cabeza; por tu familia nobilísima, que si bien no le legaste riqueza, porque no las tenías, le legaste tu sangre para sus venas, tu fé para sus almas y para tus hijos, además de todo esto, un apellido con ejecutoria de honradez, la honradez del trabajo y de las buenas acciones; por mí, que aunque nacido en otra vega, en esta he recibido rocío del cielo y halagos de la tierra; y por Murcia entera aquí congregada.

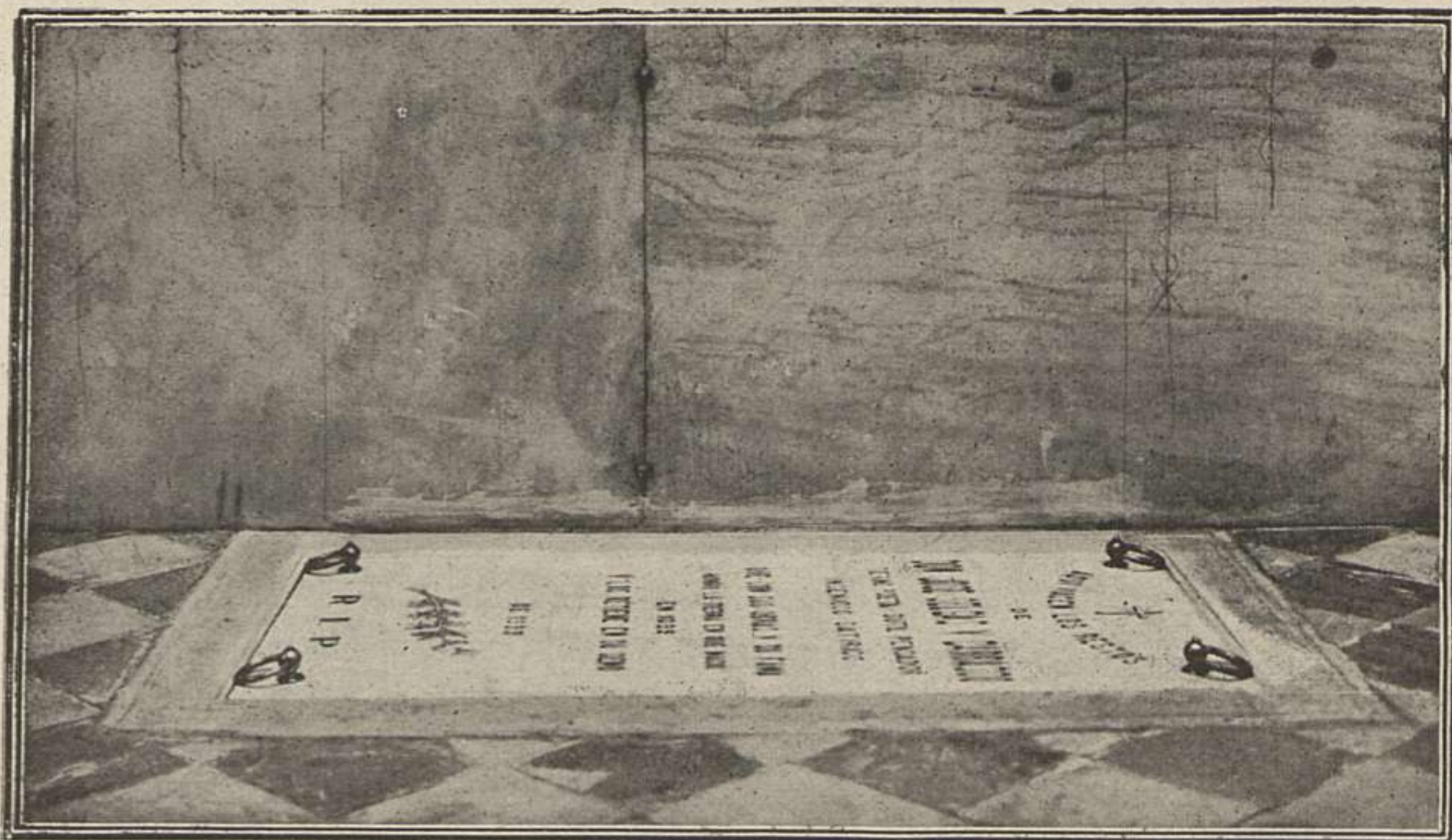
|||Poeta de las flores, descansa en paz!!! No te olvidará la ciudad donde naciste; y la mujer murciana, al caer de hinojos, y al apoyar su frente en los hierros de la verja que cierra la capilla del Beato, orará por tí, y estas oraciones serán flores que velarán tu sepulcro y elevarán al Señor sus perfumes.

|||Poeta de las flores, descansa en paz!!!

|||Señor, si el alma de tu poeta, de tu siervo, tuviese mancha de mortal escoria, purificada salga hoy al coro tuyo!!! te lo pedimos por la sangre que vertió tu hijo, y por las lágrimas que al pie de la cruz derramó la Virgen affligida. Oye nuestra oración, que ungida con los acentos del *Dies irae*, que embalsaman el ambiente de tu casa santa en estos momentos de soberano luto, sube a tu trono de misericordia, diciendo con tu Iglesia Santa:

El alma del poeta delicadísimo de las flores, del escritor sano, del corazón bueno, del espíritu cristiano, de don José Selgas y Carrasco. ||Descanse en paz!!

Requiescat in pace.



Lápida sepulcral que se vé a la izquierda de la Capilla

NOTA.—Texto de la lápida de mármol blanco grabado con letras violáceas, clavadas en la pared de la capilla del Beato Andrés Imbernón, según se entra a mano izquierda sobre el sepulcro abierta en el suelo de la misma. Inscripción debida al sutil ingenio del poeta Don Andrés Sobejano Alcayna.

«A la memoria del ilustre escritor Don José Selgas y Carrasco que en su fecundo siglo destacó en la nación su talento en sus rimas y apólogos, sus novelas y estudios morales y su noble crítica. Murcia, al honrar aquí las cenizas de su hijo, grabó este modesto trofeo de admiración en el primer Centenario de su nacimiento. Una plegaria por su alma.»

Terminadas las honras fúnebres, el lujoso féretro que guarda los preciados restos del poeta, fué bajado del catafalco y llevado procesionalmente a la Capilla del Beato Andrés Imbernón, en donde se ha labrado la sepultura definitiva.

A las tres de la tarde, una amplia blanca losa de mármol tapó para siempre las cenizas del inmortal y eximio escritor.

En la pared y frente al nicho en donde está enterrado otro paisano ilustre; el gran Saavedra Fajardo, se ha colocado una lápida con la siguiente inscripción,

«A la memoria del ilustre escritor don José Selgas, que en su fecundo siglo destacó en la nación su talento con sus rimas y apólogos, sus novelas y estudios morales y su noble crítica, cerebro sano, corazón bueno, espíritu cristiano

Murcia al traer aquí las cenizas de su hijo, graba este modesto trofeo de admiración en el primer centenario de su nacimiento, rogando una plegaria por su alma.»





BRILLANTE FIESTA LITERARIA Y MUSICAL EN EL TEATRO ROMEA

DIA 9 DE JUNIO



L^o aspecto del Teatro Romez en la noche del 9 de Junio era sencillamente deslumbrador; no se concibe un esplendor semejante; la riqueza de luz en el patio y en la embocadura del escenario, y todos los antepechos orlados de guirnaldas de flor natural, ofrecían un aspecto sorprendente. vario y rico en luces y colores, en flores y en tapices.

A la izquierda del espectador y en primer término de la escena, sobre artístico pedestal lleno de flores y envuelto con la bandera del Casino de Murcia, estaba el busto en bronce del poeta, modelado por el eximio escultor murciano José Planes, para coronar el monumento a Selgas erigido en el Parque de Ruiz Hidalgo.

A derecha e izquierda, en segundo término, se situaron seis artísticas tribunas de flor para las seis regiones que habían de ofrendar su homenaje, y en el fondo, a todo foro, tras un am-

plio estrado donde había de colocarse después la Región Murciana, se veía un magnífico tapiz de flores en donde se leía:

«Murcia a Selgas en el Centenario de su nacimiento». 1922

Y en su centro, un grandioso escudo de Murcia.

Todas las localidades y todas las dependencias estaban ocupadas, destacándose como nota preeminente la sublime belleza de las mujeres murcianas.

A las diez en punto de la noche, dió comienzo la

PRIMERA PARTE

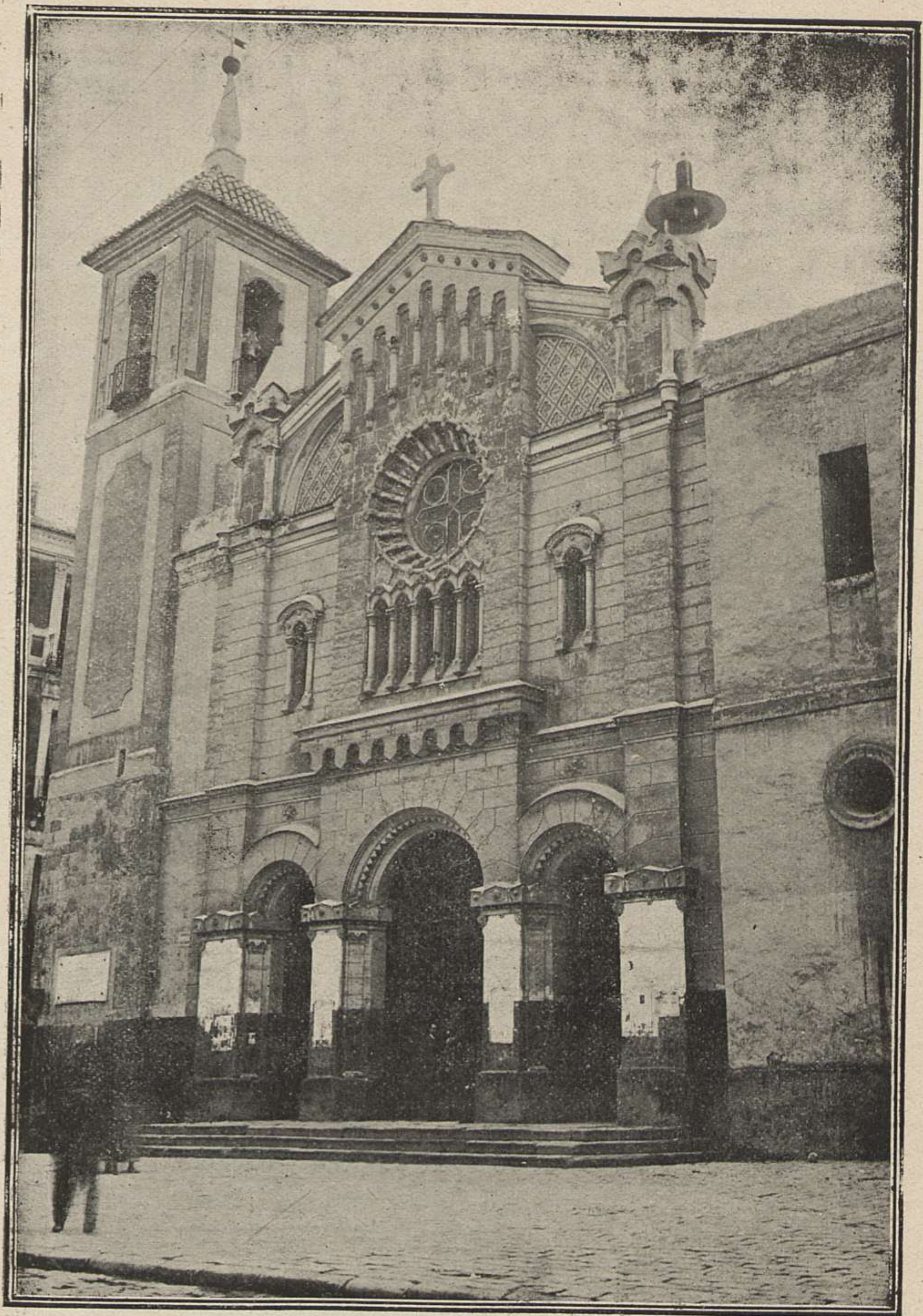
Abierto el acto por el Diputado a Cortes por Murcia el eucelentísimo señor don Emilio Diez de Revenga, fervoroso admirador de Selgas, alma de este centenario y elemento primordial de su organización, ocupó la mesa presidencial y pronunció el siguiente discurso, bello, patriótico, poético, de una exaltación lírica digna de nuestros más brillantes poetas.

Su elocuente oratoria, su clara dicción; la fuerza emotiva de sus conceptos, llevaron al ánimo del auditorio una explosión ardiente de murcianismo que hizo que interrumpieran al orador multitud de veces durante su discurso.

He aquí lo que pudimos tomar de aquellas hermosas palabras preliminares.

«Seáis bien venidos, señoras y señores. Seáis bien venidas representaciones dignísimas de la autoridad, de la ciencia, del arte, de la literatura, de la política, de la Prensa, del noble pueblo de Murcia, ¡de cuanto vive y alienta en esta ciudad, Seáis todos bien venidos a esta Fiesta del piadoso recuerdo, del amor a nuestras glorias patrias, al Arte y a la Poesía.

El hombre insigne cuya memoria queremos exaltar, gloriosamente, en el Centenario de su nacimiento, no fué un político, no fué un guerrero: fué nada más y *nada menos* que un literato, un poeta, que si desenvolvió fuera de aquí su personalidad literaria, aquí vino a la vida, aquí se meció su cuna: bajo el cielo azul de nuestra tierra querida recibió las primeras inspiraciones del arte y del amor.



Parroquia de San Bartolomé en donde fué bautizado Selgas

Las hojas de su primer libro de estudio, fueron, sin duda, esas mañanas tibias y perfumadas en que alborea la hermosa Primavera de nuestro país. Aquí vivió y escribió Selgas la primavera de su vida. Aquí aprendió que las flores tienen un alma: que las mariposas son el espíritu de las flores muertas que viene a hablar a sus hermanas de una vida mejor. Fué aquí donde una mañana a luz indecisa del amanecer, vió cruzar el valle, la figura inmortal de Laura, la mujer ideal del poeta: y la vió

«Con la risa de sus lábios rojos
Y la tierna inquietud con que dilata
La luz fecunda de sus negros ojos.
Su semblante es de amor: en él retrata
La fé de su ternura:
Tiene de paz y bien el alma llena:
Pálida es su hermosura,
Pero es la palidez de la azucena».

Fué aquí donde una tarde espléndida para la historia de la poesía, presenció aquellos sublimes desposorios entre el Monarca clavel

«Por las flores proclamado
Rey de la hermosa pradera»

y la humilde y medrosa violeta escogida entre todas las flores para ser elevada a la más noble expresión de la majestad y la realeza: la majestad y la realeza de la modestia y de la virtud.

Fué aquí donde su oído percibió el sublime diálogo entre el Sáuce y el Ciprés, digno de la pluma de Santa Teresa o de los arrobamientos místicos de San Juan de la Cruz.

«Cuando a las puertas de la noche umbría
Dejando el prado y la floresta amena
La tarde melancólica y serena
Su misterioso manto recogía».

Otro murciano ilustre, don Antonio Arnao, dió a conocer en las reuniones literarias de Madrid los versos de nuestro poeta, Un prócer cuyo nombre no se puede pronunciar aquí sin

acompañarle de un homenaje de gratitud, el conde de San Luis, llamó a Selgas a la Corte abriéndole el camino de la celebridad: y poco después, el crítico D. Manuel Cañete anunciaba al mundo literario que en el cielo de la poesía española había aparecido una estrella de clarísimo esplendor.

Se publicó la colección de versos titulada «La Primavera» y cuenta el insigne novelista don Pedro A. de Alarcón que la nación entera se aprendió aquellos versos de memoria.

Tras el poeta se dibujó el prosista, el novelista, el escritor satírico. El novelista creó la figura inmortal de «Nona». El escritor satírico esparció en «Hojas sueltas» la labor inmensa de sus *Estudios sociales*.

Un día el mundo político de aquel entonces, se conmueve con la aparición de un personaje célebre. que no ostentaba el *chascas* del miliciano, ni la tranca del reaccionario; era un fraile ladino y socarrón que guiñaba el ojo derecho y tomaba rapé asomado en la viñeta de un periódico: ese personaje era el «Padre Cobos»: y el «Padre Cobos» era Selgas, que inauguró en España ese género de sátira periodística, ingeniosa y mordaz, certera en los epítetos, sagaz en descubrir el punto flaco del gobernante, escrita más que con tinta, con hiel mezclada de sales y donaires.

Al doblar la cumbre de la vida, el autor de la Primavera empezó a escribir El Otoño. En cuanto al Invierno... la vida de Selgas no podía tener invierno. Murió santamente: murieron como mueren las flores cuando doblan su tallo al frío contacto del cierzo sutil. La muerte de aquel pobre escritor que vivió siempre olvidado de sí mismo: que hablaba con la misma agudeza epigramática que escribía: que fustigó a los de arriba y a los de abajo, que no aduló a nadie, produjo una explosión de duelo y de pesar. España entera con amor maternal y soberana generosidad respondió al llamamiento que iniciaron la Real Familia, Prelados y próceres, estadistas y académicos, militares y literatos, desde el Cardenal Primado hasta Pí y Margall, desde Pidal hasta Castelar, desde el Duque de la Torre hasta Cánovas del Castillo, desde Nuñez de Arce hasta Sagasta, para hacer

una edición de las obras de Selgas que difundida por España y América ha sido la corona que el voto nacional colocara sobre la frente de nuestro egregio poeta.

Para conmemorar su nacimiento, para exaltar su memoria gloriosa, nos reunimos aquí después de haber restituido sus restos sagrados a nuestra Madre tierra. Preside este acto, además de la representación dignísima de la Autoridad, el representante de la Real Academia Española de la Lengua, uno de cuyos sillones Selgas ocupó: el representante de ese Centro benemérito donde se conserva el tesoro del idioma patrio que como dice Ricardo León, está brochado y recamado por santos poetas y místicos artifices, es vestidura honestísima de pensamientos y limpios y veraces: airosa capa de corte castellano, rica en hombros de hidalgos caballeros, garbosa cuando se ciñe al talle del pueblo en todas las regiones de la Península: manto imperial ceñido en España y en América al vigoroso cuerpo de nuestra raza insigne.

Y la representación de la Academia encarna en la persona del Académico de número don Manuel de Sandoval, el eminente poeta que ocupa por juro de heredad el sillón que dejara vacante aquel coloso de la lírica española que se llamó Nuñez de Arce: el mantenedor por tanto de una poesía que no envejecerá jamás, que no desaparecerá nunca, cualesquiera que sean las mudanzas y las novedades de la moda literaria, mientras a la Musa española le sea dado revelar en purísimas estrofas, las mociones del alma interior y las mas inefables y puras nostalgias del espíritu.

Contribuyen a este acto nuestros músicos y poetas: dos ilustres actores, para nuestro honor hijos de Murcia, representarán una obra teatral de Selgas: dá soberano relieve a esta solemnidad la cooperación de la insigne, de la genial, de la estupenda actriz María Guerrero; la que sembró la escena patria de inmarcesible laurel, la que vé dibujarse ya sobre su frente la aureola de la inmortalidad, la que pasea esplendidamente por España y por América y por el mundo entero una diadema artística de alcurnia espiritual que vale más que todas las coronas de la

tierra: y si no la acompaña, por lamentable causa de enfermedad, nuestro amigo, nuestro hermano, nuestro *murcianico* ilustre don Fernando Díaz de Mendoza, que supo, elevándose en las regiones del Arte, ser un gran comediante sin dejar de ser por un instante un gran señor, en prenda de sus amores nos envía al hijo de este matrimonio insigne en cuya frente brilla la llama de su predestinación artística.

Pero todo lo que nosotros hemos podido preparar en honor del poeta, aparte de tales eminentes cooperaciones, sería pobre, sería escaso, sería mezquino, carecería de vida y de expresión, si no lo encarnárais y lo alentárais vosotras, mujeres de Murcia, flores humanas como os llamó el Maestro Baquero en otra solemnidad memorable. Vosotras, que quebrais sobre vuestra pura frente los rayos de nuestro sol: vosotras, que lleváis en vuestro rostro todos los matices de las flores de la Vega y en vuestro corazón todas las virtudes que Selgas en las flores simbolizó: vosotras sois el alma de este homenaje: porque si nuestros artistas, poetas y músicos, son la inteligencia que creo, con ser esto tan alto, vosotras sois más que esto; porque vosotras sois el corazón de nuestro pueblo.

Fundid vuestros sentimientos al recuerdo del poeta: y en su memoria latán apresuradamente vuestros corazones femeninos: y si sois felices, recitad sus versos de Primavera: y si os adoloran las penas y los pesares de la vida, id al poeta y seguid el consejo que sus versos inmortales os ofrecen, cuando os decía:

«Las del tirano amor desengañadas,
Pálidas y dulcísimas doncellas,
Vosotras que llorais desconsoladas
Solo el delito de nacer tan bellas,
Mirad entre las nubes sosegadas
Como cruzan el cielo las estrellas:
Que no hay duda, ni afán, ni desconsuelo
Que no se calmen contemplando el cielo».

Dentro de un instante la mujer murciana, encarnando la representación de las regiones de España, a los sonos alegres o

tristes, dulces y cadenciosos de la música popular en que palpitan los sentimientos nobles y las pasiones bravas del alma nacional, desfilarán ante nuestro poeta. Traen en sus manos flores: traen en sus labios versos que contienen egregios pensamientos de los poetas representativos. Envolvedlas no solo en vuestro aplauso, sino en vuestra honda emoción: por que ellas representarán a España: por que ellas, no menos candorosas que la jóven Mirello en las fiestas del Ródano y la Camarga, pueden decir aquí ante la imágen de Selgas: Somos el alma del país y en el día de tu glorificación venimos a ofrecerte la guirnalda florida; nosotras, que somos la eternidad siempre joven del amor, a tí que representas eternidad imperecedera de las glorias de Murcia.

Perdonad, señoras y señores, mi intervención. El homenaje a Selgas extiéndase en nuestra memoria y en nuestro corazón, a todos los murcianos, beneméritos de las letras regionales, que tengan por nuestro abandono fríos y olvidados sus sepulcros.

Y ahora, por la gloria del Poeta, por el honor de Murcia. con vuestra licencia, señoras y señores. el acto vá a comenzar.

Una ovación que duró largo rato acogió el elocuentísimo discurso de nuestro cultísimo representante en Cortes, a cuya alteza de miras se debe este honor que orgullosa puede ostentar Murcia: el de saber honrar la memoria de sus hijos.

Y dá comienzo el festival artístico con este dignísimo prólogo, en donde palpita una elocuente esfervecencia de murcianismo.

Seguidamente, la bellísima señorita Lolita Díez Cruz, sale a escena vistiendo un lindísimo y rico traje de Heraldo, bordado de oro, y con melíflua voz recita los versos de Jara Carrillo, nuestro insigne poeta, que anuncian la

OFRENDA DE LAS REGIONES

En la fiesta del cantor
de tus flores, Murcia bella,
España ocude en tu honor;
y alegres vienen a ella
las regiones españolas
a ser hoy en tu palota
pétalos de las corolas.
de las flores del poeta.

El público premió con una formidable ovación la dulce dicción y la suprema belleza de la gentil prologuista de las Regiones españolas.

Tras una pausa, se adelantó el Heraldo nuevamente y anunció a la Primera Región.

CASTILLA

Con toda su gentileza
Castilla llega al loor;
trae de sus nobles, nobleza;
de sus llanuras, llaneza;
de su Castellana, amor
y de sus Reyes, realeza
v de sus héroes, honor.

Y aparece Castilla, representada por las señoritas Amparo Castillo, Carmina Castillo. Carmen Rodriguez, Conchita Vidal y Albina Fayrén, que cantaron: «Alborada de Vendimiadores» (Burgos), «Canto de los pastores» (Sierra de Cameros), «Canciones Montañesas» (Santander), encargándose de los solos la señorita Carmina Castillo y la señorita Carmen Rodriguez.

Si ha de ser fiel esta reseña, debemos consignar que el público, entusiasmado con la lujosa y típica presentación de este grupo regional, con la belleza de las castellanas y con el acierto de Emilio Ramirez al instrumentar estos motivos populares, aplaudió espléndidamente, obligando a repetir el número.

Terminado el canto, la señorita Amparo Castillo declamó la poesía de Marciano Zurita titulada:

CANTO DE CASTILLA

Vengo de la tierra de los campos de oro,
cimbra que sostiene los arcos triunfales
por donde pasaron en tropel sonoro
los predestinados y los inmortales.

Herencia sagrada de los estatuarios
atletas que fueron nuestros genitores;
códice de aquellos días legendarios
tan esplendorosos y consoladores.

Materna custodia del honor ibero
yugo de la raza de España, semilla
de fértiles mundos, copioso venero
de cálida sangre que corre a torrentes
por las rojas venas de la hispana artilla.

Páramo claustero
donde, reverentes,
doblan su rodilla
los anacoretas y los penitentes,..
¡Solar de las gestas y del romancero!
¡La madre Castilla!....

Tienen sus arrugas los pliegues sinuosos
de las barbecheras y las paramías;
surcos que en sus frentes se abrieron gloriosos
bajo el sol que tuesta sus carnes baldías;
profundas estrías
que van horadando la recia pilastra
en que fué tallado su cuerpo bendito;
girones de vida que el dolor arrastra
por su humilde huerto pelado y marchito;
venerandas plicas de un noble legajo
donde sus poemas de luz han escrito
la Ciencia y el Arte, la Fe y el Trabajo...

Déjame el reposo de sus flores bellas,



Murcia, y que las bese con amante anhelo,
porque mis arrugas son como las huellas
conque se desangran mis piés en el suelo.

Insignes arrugas de mi campesino
rostro calcinado por los resplandores
del sol de la estepa—tu sol es divino—
rúbricas gloriosas que en días mejores,
hubieran trazado sobre un perg. mino
los santos, los reyes y los trovadores...

Mírame a tus plantas postrado de hinojos
con las violetas de mi pobre canto:
deja Murcia bella que mire tus ojos
y beba el amargo raudal de tu llanto.

Dejamé que bese tus negras pupilas
misericordiosas y aterciopeladas,
hasta que se tornen firmes y tranquilas
tan bellas, tus suaves, tus dulces miradas;
miradas de madre cerca de sus hijos
que se trasparenta cuando se deslían,
como las miradas de esos crucifijos
que nos estremecen porque nos sonrien.

Guardan tus cabellos los áureos ropajes
de los encerados campos trigaleros,
como el de las reinas, como el de sus pajes,
como el de sus damas y el de sus troveros;
cabellos del Tibar que el sol envidiara,

sinó fuera ciego por su propio brillo;;
cabellos de hoguera que arde en los rastrojos,
de brasa que incendia la trébede pobre,
de doblón antiguo de matices rojos,
de céntimo nuevo de fulgente cobre...

Cabellos augustos, divina melena
que sobre tu vida se ha desmelenado
como los mechones de la Magdalena
sobre las rodillas del Crucificado.,.

Mi madre es Castilla, la de los fecundos
senos genitivos y las alumbrantes

entrañas ubérrimas; la que en los profundos
vasos de su vientre concibió dos mundos
diáfanos y duros como los diamantes...

Madre de los recios y los valerosos,
de los visionarios y los soñadores,
de los caballeros más temibles que osos,
más fuertes que tigres, más bravos que azores...

Y a tus piés hincando la noble rodilla
y ardiendo en mi pecho filial llamarada
te ofrezco mi mano, seca y amarilla
y diré cantando sobre la llanada
que es tu hogar mi trono, mi lecho y mi silla;
¡Salve, Mureia bella! y ¡Salve, Castilla!

Y entre los aplausos prolongados del público se dirigieron
a la tribuna destinada a Castilla.

El Heraldo anunció una nueva Región:

CATALUÑA

Escucha a Cataluña
Poeta de las flores;
a éste solar de amores
tu resplandor la trajo.
Quiso también cantarte
su indolente Sardana
en la voz castellana
del trajín del trabajo.

Enlazadas de las manos como si acabaran de bailar la Sar-
dana y a los acordes de éste motivo musical, aparecen las seño-
ritas Teresa García Villalba, Lola Esteve, Lola Rodríguez, Car-
lota Arnáez y Piluca Ribadulla, vistiendo maravillosamente los
trajes típicos.

Cesa un poco la orquesta y la señorita Lola Rodríguez se
adelanta y declama:

A la plassa hi han balladas
¡Ay mare! deixem hi aná
com que so tan boniqueta
balladó no'm faltarà.

Componían los cantos de esta Región, Indicación de Sardana (Barcelona), Cansó d'amor (Ampurdá) Montañes Regalades (Canigó), La filadora (Manresa).

Entre la ovación con que el público premió la labor de los que tan bellamente representaron la Región catalana, se adelantó la señorita Teresa García Villalba y leyó la poesía de Eduardo Marquina titulada:

IN MEMORIAM

Dios bendiga esa mano. Murcia hhermana,
que, cuidadosa del pasado. inquieta,
fué a recoger, en tierra castellana,
las dispersas cenizas del poeta.

Mano de espigadora fué esa mano
que, alzadas ya del campo las gavillas,
para el futuro pan espigó el llano
y juntó en un puñado unas semillas.

Luego volvió a hogar; extendió el brazo
y, la pupila, en lágrimas amargas,
depositó al llegar, en tu regazo,
piadosamente la devota carga.

Ya, en tierra, estaba abierta
materna herida, la caliente fosa;
volvió a su origen la ceniza muerta;
dijo una cruz la eternidad gloriosa.

Dios bendiga esa mano, Murcia hermana,
que tierra tuya en el fosar aprieta,
y la hace más hermana y más murciana
juntándola a los restos del poeta.

Mano de sembradora es esa mano
porque ha sabido, hincadas las rodillas,
para bien del espíritu murciano,
sembrar cenizas que serán semillas.

Ahora prosigue, Murcia, el rito agosto,
y el festival que se inició completa
ya, en ti descansa el corazón del justo,
¡suba a tu labio el verso del poeta!

Renueva sus palabras; no dormite,
estérilmente, en tus entrañas, mudo;
levanta el arpa en que cantó; repite
su clara estrofa y ¡grábala en tu escudo!

Bate en la piedra de su sepultura
hasta que, hendida, por la abierta grieta,
brote de nuevo, cristalina y pura
fuente inmortal, la vena del poeta

Este que vuelve a Murcia y ha sabido
haer oír su voz en el desierto,
que pasó por encima del olvido,
que siguió hablando cuando había muerto,

este, por quien saliste a eorrer mundo
Murcia huertana, y que de ti tenía
fino el acento, el discurrir profundo
y blanca de azahar la poesía,

este llevó en sus manos,
quemándose la espalda en sus centellas,
la antorcha que nos muestra a los hermanos
el camino que lleva a las estrellas.

Poetas de hoy; ya dísteis sepultura
al cantor muerto, en su solar murciano;
quedó su antorcha huérfana de mano;
¡levantadla!, ¡por él!... ¡su llama aún dura!

Y para dar paso a otra Región, se dirigieron a la tribuna
de Cataluña.

Presentación del Heraldo de la Región Valenciana.

De la tierra valenciana
vienen las fragantes flores,
brisas de la vega hermana
llenas de besos y olores
para esta fiesta murciana.

Y formando parejas, vestidas con el bellissimo traje de valencianas, con guirnaldas y cestillos con flores entraron en escena las señoritas Elisa Albaladejo, Angeles Unánua, Clotilde Más, Anita Hernández, Angeles García Izquierdo y Mercedes Payá.

Fueron los cantos: La chaquera vella (Valencia), Cansó de fadrins (Castellón de la Plana), Jota del Carrer (Alicante) y Albaes (Valencia).

Al terminar el baile fué repetido todo el número.

La señorita Elisa Albaladejo se separó del grupo y leyó la poesía de Maximiliano Thours titulada:

CANTO DE VALENCIA

¡Salud y paz, murcianos trovadores!
Cuando la rica vega valenciana,
bajo el alegre sol de la mañana,
se desborda en aromas y colores,
llega el mensaje de la vega hermana
que el gran Selgas «poeta de las flores»
se dispone a rendir pleito homenaje.

¡Salud y paz, a quien dictó el mensaje!
Nunca en tiempo mejor lo recibiera;
el tapiz que en la vega levantina
ha bordado la gaya Primavera
rízase con la brisa matutina;
y el terso espejo de la mar latina
la luz del sol naciente reverbera.

Todo, aquí, es paz: más en la opuesta playa,
donde se alza la gloria genovesa,
el Rencor ha fijado su atalaya.

Juntó a los hombres amorosa empresa
pero el ansia de paz cede y desmaya;
cada pueblo pretende su victoria
y al egoísmo nacional se aferra ...
¡Nadie quiere apartar de su memoria
los sangrientos despojos de la guerra!

De aquel airado son, que el mar acalla,
el eco no resuena en esta orilla;
sino, acordada, popular rondalla
que poética, ingénua y muy sencilla,
hoy, que es Mayo florido,
lanza al viento, de aroma saturado
la canción con que el pueblo agradecido
rememora al poeta bien amado.

¡Ni el tiempo ni el ovido
su lírico vergel han agostado.

El suspirar de la mureiana vega
a los jardines valeneianos llega
y halla en mi pobre voz, la voz hermana
que, para unirse al armonioso coro,
vibrar quisiera como lira de oro
y adornarse galana
con el rico políeromo tesoro
de la ubérrima huerta valenciana.

¡Salud y paz, murcianos «trovadores»!
—dice mi humilde son— «Bendito sea
quien inspirara a la elevada idea
de que todos rindiéramos honores
al dulce vate que cantó a las flores.
que se alejó de lides rencorosas.
que desdeñó los épicos laureles
y que tejió sus rimas primorosas
con violetas, y rosas,
y nardos, y jazmines, y claveles...

Mientras, allende el mar Mercurio arguye,
y aún Marte afila la mellada lanza,
de vuestros pechos fluye
canto de paz, de amor y de esperanza.

Lo dedicáis al generoso vate.
que tan solo en la paz halló poesía;
hacía esa gloria que jamás se abate
de Murcia hermana, el corazón nos guía
y el ritmo suyo el de Valencia late.

En su adorado nombre os saludamos
y nuestro canto a Selgas ofrezcemos.
Somos palmeras que en Levante estamos,
por encima de todo nos alzamos,
a través del espacio nos queremos
y jamás olvidamos
que a un mismo rey la libertad debemos
y a un mismo son la libertad cantamos.

De Selgas al poético homenaje
no han de faltar las valencianas flores.

¡Salud y paz, a quien dictó el mensaje!
¡Salud y paz, murcianos trovadores!

Y entre palmas, triunfalmente, se aposetaron en la tribuna
de Valencia para dar paso a
¡Galicia! anunció el Heraldó

Galicia llega a nuestros lares
con el dulzor de sus morriñas;
también envían sus cantres
de los atlánticos altares
con el verdor de sus campiñas
y las cadencias de sus mares.

De entre bastidores surge la melancolía de la «Remem-
branza de una gaita» (Pontevedra) cantada por la señorita Fernan-
da Calderón, vestida de gallega con asombrosa propiedad. Cesa
el canto y sale acompañada de las señoritas Magdalena Selgas,
Mary Martínez de Campos, Rosario Hernández Ros y Mercedes
Bravo Villasante, vestidas igualmente de gallegas, que cantaron
«El canto del labrador (Lugo) «Alalá» (Orense) y «Canto del
Vierzo (Frontera de Galicia).

Despuée de repetir el número, la señorita Magdalena Selgas declamó de memoria la poesía de Frudencio Rovira titulada:

CANTO DE GALICIA A SELGAS

(no primeiro centenario de sua morte)

Sou a Poesía da terra galega
a das Alboradas, a dos ¡ALALÁS!
Coitas y alegrías de xente labrega
henchen meus suspiros e trayo nas as.

Reises e senhores gabáronse antano
de trovar falando meu doce falar:
eiquí, u'ista terra, en bon galizano
a Nosa Senhora onviuse louvar!

Veño de Galiza, a terra lexana
ond'ó sol se deita mainiño no mar:
eu falo unha língoa qu'e língoa aldeana:
Veño de Galiza.—¿pódese pasar?

Meu pelerinaxe do Miño o Segura
e pelerinaxe qu'inspirou e amor,
Vos trayo nos beizos cantar de tenrura
nas mans eu vos trayo tan soilo unha fror.

Pro tenro poeta qu'hoxe memorades
e miña cantiga, e tamen ña fror:
pro tenro poeta das tenras saudades,
do CIPRÉS do SAUCE o do REISEÑOR.

Pro Selgas o vate que eantou as frores
que puso nas follas dos libriños seus:
eheirumes murmurios, douzuras e cores
encantos da terra e lume dos ceus.

Pasaron os tempos e feu esquecido,
seus hosos ficaram muy lonxe d'eiquí,
n'unha sepoltura cuberta de olvido,
a'un siminteiro de vello Madri.

Seus hirmáns piadosos eiquí os trouxeron,
un leito de frores tendrá n'iste chan
onde viven xentes que non a'esqueceron
do nobre poeta que foi seu hirmán.

¡Qué sono o seu sono n'iste feiticeiros
campiños cubertos de «eéspede meí»!
no seo da terra ond'os laranxeiros
somellan froridos con áscuas do sol!

¡Canta lus nos ceos canta fror na hortas
cantos froitos doces o alcanse da man;
Cantas barraquiñas con parras n'as portas.
o cantos regatos bulindo no chan!

Entr'os figuerailles cantos paxariños
e cantas palmeiras qu'espallan no ar
suas ponlas abertas com'as d'anxeliños
qu'alcontran o acougo sagrado do altar!

Descansa poeta, o da — y alma — pura,
alma henchida toda de gracia e de lus:
vou axinollarme n'ista sepoltura
¡e deixarte un bico nos brazos da crús!

Sou a Poesía da terra galega.
Volvo pros meus eidos, volvo pro meu lar,
Volvo namorada de Murcia e da vega:
bendito o poeta qu'as soupo cantar!

Se hizo un silencio. Una banda de tambores y cornetas comenzó a sonar anunciando la procesión; el ritmo monótono de los tambores, los toques de corneta, alejándose daban la sensación del paso de una procesión por las calles de Sevilla.

Entre el eco de esa dulce evocación de las fiestas de Semana Santa, el Heraldo anunció:

ANDALUCIA

Oid los rumores...
Es Andalucía;
también nos envía

la tierra del sol
trémulos sonidos
de sus panderetas,
voz de sus poetas,
el gozo español.
El piropo en flores
viene a nuestros lares
con luz y cantares,
amor y alegría...
Vibra su guitarra
que ríe y que llora
con el alma mora...
¡Es Andalucía!..

Y la señorita Luisa Pérez Xambó, ataviada de mantilla y con el traje típico de la mujer andaluza, cantó una «saeta» (Sevilla) y con una iniciación de seguidilla, salieron también graciosamente vestidas de mantilla, las señoritas Rita Pérez Xambó, Angelina Villasante, Conchita Díez, María Samaniego Luisa Pérez Xambó, que cantaron: «Canción popular andaluza». «Fines del siglo XVIII» y «Seguidillas Sevillanas». (Barrio de Triana).

Al terminar nuevamente el número, la señorita Luisa Pérez Xambó leyó la poesía de Narciso Díaz de Escobar titulada:

CANTO DE ANDALUCIA

Saludo a Murcia

Soy la mujer andaluza
nacídita en esa tierra,
donde el sol tuvo su cuna
según los papeles cuentan
y donde flota en los ojos
de sus mujeres flamencas.
Al rinconcito de rosas
de mi Málaga la bella,
ha llegado la noticia,

que de júbilo me llena,
de que en la tierra murciana
se disponen unas fiestas
como recuerdo y tributo
a aquel inmortal poeta,
que fué el cantor de las flores.
de las flores de esta tierra.
Y al decírmelo, me dije;
—Olé por la gente buena
que sabe ser oportuna
y hacer justicia completa.
Y pensé que Andalucía
al no escusar su presencia,
debe mandar mensajero,
mejor dicho mensajera,
que represente a sus rosas
y claveles y azucenas,
y margaritas y nardos,
que alfombran montes y vegas,
bajo el azul de aquel cielo
que no tiene competencia
y a las que arrullan las olas
que sus playas festonean.
Esto pensé y aquí vengo
a tomar parte en la fiesta,
en nombre de aquellas flores
que aman a sus compañeras
y de aquellas andaluzas,
del Perehel, o Macarena,
que al juntarse con las flores
forman divinas parejas,
tejiendo hermosa corona
digna de Murcia y de Selgas.
¡Bendito vergel murciano,
de incomparable grandeza,
que fama y blasones gozas
por tus jardines y huertas,
el de campos de esmeraldas
que están bordados de perlas,

el de envidiados perfumes
que a los mismos cielos llegan,
en nombre de Andalucía
mi voz temblando se eleva,
mis ojos en tí se fijan
con admiración suprema
y el corazón se entusiasma
y se enternece y se alegra!
¡Viva la tierra murciana!
¡Gloria a tu ilustre poeta,
el que cantando a las flores
fué cantor de tu belleza!

¡Aragón! Anunció el Herald.

El noble y bravo Aragón
a su Pilarica deja
y quiere en esta función
cantar su coplica vieja

Esta es la recia región
cuya franqueza no engaña,
por que donde está Aragón
está el corazón de España.

Y vestidas de aragonesas, bellas y elegantes, salieron las señoritas Lola Pérez Ayuso, Matilde Ayuso, Carmen Fayrén, Concha Manresa y Ana Luisa Martínez de Campos.

La señorita Carmen Fayrén, se adelantó al público y dijo:

Si en el Reino de Aragón,
no se cantara la Jota,
morirían de ictericia
casadas viudas y mozas

Y con la Jota popular (Zaragoza) y «El Estribillo de los Quintos» (Calanda), se dió por terminado el desfile de las Regiones.

Para mayor exactitud de esta reseña, y gustosos de rendir

un aplauso sincero y justo, hemos de hacer constar que todo el trabajo de organización de la parte musical, la selección de los cantos populares, la instrumentación de éstos y la dirección de coros y orquesta en la noche de la función, se debe exclusivamente a don Emilio Ramirez, infatigable artista que prestó a esta fiesta, uno de los más amenos números que la integraban; los Cuadros Murcianos: obra definitiva de un valor absoluto que ha corrido ya por toda España cosechando aplausos y honores merecidísimos.

Don Emilio Ramirez, el autor de los «Cuadros Murcianos», el autor de «El Himno a Murcia» y el autor de la instrumentación de los «Aires Regionales, bien merece este aplauso por separado de la Comisión del Centenario de Selgas para que él los una a los innumerables que cosechó la noche del 9 de Junio de 1922.

La señorita Lola Pérez Ayuso, recitó la poesía de Arturo Romani titulada:

CANTO DE ARAGÓN

A Murcia y su poeta Selgas

(Unos compases de Jota Aragonesa por la orquesta; pianísimo, como un eco),

¿Oís el rumor lejano
con que la Jota suspira?
Es que Aragón, con su lira,
saluda al pueblo murciano;
es que el ritmo soberano
del ubérrimo cantar
repercuta ante el altar
de gloria, que aquí divisa,
y os ofrenda una sonrisa
de la Virgen del Pilar.
Hoy vibra Aragón aquí:
su pecho rudo y sincero
—que no se rinde al acero—



El inspirado maestro Emilio Ramirez; autor de la música del
Himno a Murcia y de la letra y música de los
«Cuadros Murcianos»

se rinde a Murcia, la Huri;
hoy es ella el Sináí
que dicta la santa Ley
de amor a la hispana grey.
y su abolengo destaca
en la Cruz de Caravaca
y en las entrañas de un Rey.
España entera pregona
tus timbres de paz o guerra;
tu hierro, que nunca yerrai
es arado o es tizona;
el nímbo de tu corona,
por ser tuyo, nuestro es;
¡Murcia! Aragón a tus pies
te da su beso de hermano
y se siente, por murciano,
dos veces aragonés.
Radiante el Ebro festeja
tu rumbosa fantasía,
y la corriente bravía
canta así cuando se aleja:
«Selgas, diligente abeja,
libó la dorada miel
de insuperable vergel
y en su labor inmortal,
de cada rico panal
surge un brote de laurel».
El mar latino te adora
y desde lejos te aclama,
por alcanzarte se inflama
y copos de espuma llora;
y en la noche, cuando añora
la magia de tu ternura,
airado ruge o murmura
viendo en sus senos avaros
que el cielo enciende sus faros
para alumbrar tu hermosura.
Cada naranjo en tus huertos
de Selgas loa la pluma

cuando el azahar perfuma
las cenizas de tus muertos;
y tus granados, cubiertos
de sanguíneos surtidores,
aureolan sus loores
rimando en dulces cadenas
con la savia de sus venas
todo el rojo de sus flores.
Higueras y limoneros
de Afrodita son cautivos,
la esencia de tus olivos,
unge del Amor los fueros;
los ruseñores parleros
—de tus frondas al calor—
remedan, bajo el fulgor
que la luna les envía,
aquella «Cuna vacía»
de su maestro cantor.
Fulgió en sus trovas el brío
de tu febril Primavera;
le dió su sombra ligera
de pámpanos el Estío,
bordó el otoño sombrío
con brumas su pardo acento,
y el invierno turbulento
vertió en los magnos cantares
el vaho de los pinares
y la armonía del viento.
¡Murcianos! Dios ha querido
daros, para dicha vuestra,
del Edén patente muestra
en vuestro campo florido;
y por ver enaltecido
el milagro del abril,
Erates, Musa gentil,
guió de Selgas el paso
y en la cumbre del Parnaso
florece vuestro pensil.
¡Murcianos! Fuera imposible

al mismo sol que os alumbra
dejar en sombra o penumbra
vuestro hechizo irresistible;
por la gracia indefinible
que en vuestro seno palpita
os diré la amante cuita
que a la cautiva gitana
dijo en la vega murciana
un soñador nazarita.

«No entoldes tus ojos gayos,
señora de mis sosiegos,
que con la luz de tus fuegos
todos los meses son mayos;
si eres ángel, que con rayos
esclaviza y embelesa,
sabe que el alma está presa
en el confin de tus galas
y alzarte pueden tus alas
desde gitana a princesa.»

Así las murcianas son:
gitanas, en lo mortal.
y artistas de corazón
vestales en la pasión
y reinas en el decir,
señoras en el vivir,
esclavas en el deber,
capullos en el nacer
y ángeles en el morir.

(Compases de Jota Aragonesa por la
orquesta durante toda la estrofa final, con
el mismo pianísimo que al comienzo se
indicó)

¿Oís? Suena de la Jota
la melodía lejana;
en ella la raza hispana
culmina tras cada nota;
hoy su cadencia denota
de que Aragón el juglar

se extasía al contemplar
 en el sol que a Murcia irisa:
 ¡la gloria de una sonrisa
 de la Virgen del Pilar!

Al terminar el último verso, el Heraldo dijo solamente:

¡¡MURCIA!!

Y entre los aplausos calurosos del público, apareció la señorita Anita Casalíns — que murió en plena juventud y en pleno dominio de su belleza sin par a los pocos meses de celebrarse esta fiesta — y recitó admirablemente la poesía de nuestro excelso poeta Pedro Jara Carrillo, titulada:

CANTO DE MURCIA

(En el homenaje a Selgas)

Escuché a los trovadores
 que cantaban sus loores
 en una música extraña,
 y abrí mi reja florida
 llena de luz y de vida
 y ví que cantaba España.

Su acero limpio y templado,
 en mi albo escudo ha colgado;
 dobló su rodilla fuerte;
 besó galante en mi fiesta
 en las fimbrias de mi vesta,
 y le dió vida a la muerte.

Abrale mi hogar la puerta
 y las bardas de mi huerta
 al recio cantar sonoro,
 y alumbren mi serenata
 mi luna de faz de plata
 y mi sol de bucles de oro.

Para tan nobles cruzados,

entre mis rojos granados
pongo mi dalia amarilla.
y así completará el rito
de este homenaje bendito
la bandera de Castilla.

La tumba ya es un altar:
ya es sudario el azahar
y las pasionarias, cruz;
se hizo corona el laurel
cáliz sagrado el clavel
y las azucenas, luz.

Llora su violeta amada
con lágrima perfumada
viéndola en su tierra al fin,
y sobre el tallo gallardo,
inclina su frente el nardo
mientras suspira el jazmin.

Como encendidos faroles,
abrieron los ababoles
sus cálices; y en el huerto,
las flores de más realeza,
asomaron la cabeza
por ver pasar a su muerto.

Para el cantor de las flores,
poeta de mis amores
que ya en mi templo sosiega
y con reverencia evoco,
¡un panteón era poco,
necesitaba una vega!...

Y en esta gesta florida,
Murcia se ve convertida
en un inmenso rosal
y ofrece en su floración
la rosa del corazón
que parece el Santo Grial.

.
.

Regiones del recio suelo
de España bajo este cielo
de diafanidades bellas,
donde echan flor los dolores
y las estrellas son flores
y las flores son estrellas;

donde, como mariposas,
en las hojas de las rosas
nuestros poetas palpitan
y en sus espinas se hieren
y entre las rosas se mueren
y entre rosas resucitan,

sabed, sí, nobles regiones,
que teneis vuestras canciones
en este solar sencillo,
divinamente cubiertas
bajo las alas abiertas
de nuestro angel de Salzillo

E igual que aquellas banderas
triunfadoras y altaneras
de la patriótica lid,
a las almenas subieron
y lucharon y vencieron
junto al cadáver del Cid,

jurad, poetas hermanos,
sobre los restos murcianos
del poeta caballero,
renovar aquella hazaña
remontando a nuestra España
en vuestras alas de acero.

Y hoy que sobre la ceniza
de nuestro poeta riza
sus pliegues nuestra bandera,
elevemos nuestros brazos
dejando un beso en sus lazos
que se oiga en España entera.

Y que Selgas, como el Cid,

sea en su tumba adalid
que alcance nueva victoria,
siendo en tan noble campaña
todas las flores de España
incensarios de su gloria.

Yo cogeré de mi vega,
de flores que el sol despliega,
las más rojas y amarillas
y las pondré de esperanzas
en las puntas de las lanzas
y en el arzón de las sillas.

Perfumaré emocionada
el pomo de vuestra espada
vencedora de otras guerras,
y besaré vuestras manos
que son las de los hermanos
pueblos de lejanas tierras.

Y decid a las galantes
regiones, en los instantes
de rendirles mi saludo,
que la patria que es mi cuna,
tiene para cada una
una corona en su escudo,...

El público ovacionó largo rato al poeta y a la intérprete de tan maravillosos versos.

Seguidamente la señorita Anita Casalins ocupó el Trono destinado a Murcia.

Y llegó el momento ansiado, el que todo el mundo esperaba con verdadera expectación: el de la ejecución del «Himno a Murcia», música de Emilio Ramirez y letra de Jara Carrillo.

En el escenario, en forma de semicírculo, se colocó el coro que había de cantarlo, compuesto de las señoritas Concepción Arroniz, Teresa Cerezo, Concepción Gallar, Ascensión García-Trinidad López, Francisca Benavente, Anita Puig, Elvira Trigueros, Maria Molla, Joaquina, Piedad y Concha Sánchez Laencina, Purita Albuquerque, Concepción Serrano, Teresa Alar-

cón, María Alburquerque, Teresa Medina, Beatriz Jiménez Rosario Rodríguez, Encarnación Aparicio, Rosario Mateo, Sabina Mateo, Anita Calvo, Margarita y Rosario Arnácz, Felisa Panés, Carmen Miñano, Fuensanta Ruiz-Funes, Eloira Pnig, María Arévalo, Juanita Martínez, Antonia Díez, Belén López, Amparo Tebar; Elvira Orts, Alicia Vivero, Teresa Blanco, Carmen Alarcón, María Durante, Carmen García Alcaraz, María Arroniz, Mercedes Izquierdo, Teresa Herrera e Inocencia Navarro, *solista*.

El escenario presentaba en este momento un aspecto deslumbrador.

Emilio Ramirez empuñó la batuta y entre un silencio religioso y una expectación enorme, comenzó la ejecución del grandioso «Himno».

HIMNO A MURCIA

Murcia, la patria bella.

de la huerta sultana,

novia rica y lozana

siempre llena de azahar;

de tu cielo esplendente

el doseí se despliega

desde el mar a la vega,

desde la vega al mar.

Reina de las matronas,

demuestras la hidalguía

de tu blason

pues llevas en tu escudo

entre siete coronas

un corazón.

Desde la torre cristiana

que baña su cruz de oro

en la luz de la mañana,

parece el Sol un rey moro

que requiebra a su sultano,

Y entre un senda de flores

que va tegiendo el estío
murmurando sus amores.
perozoso cruza el río.

—
Cuna florida del Sol
joya del suelo español.

—
Vega, divino tesoro,
entre tus verdes maizales
vibra como arpa de oro
el manto de tus trigales.
En tus naranjos se llena
un incensario de azahar,
para la Virgen morena
que hizo en la sierra su altar.

—
Parranda soñadora,
siempre henchida de gozo;
copla madrugadora
que suena retadora
en los celos del mozo.
Oyendo la armonía
que tu guitarra guarda,
toda la vida mía
a la sombra estaría
de tu torre gallarda;
de tu torre gigante
que a los cielos se asoma
y en uu tapiz fragante
duerme como paloma...

—
Murcia, joya del rico suelo español,
soñado paraiso, cuna del sol...

—
Murcia la patria bella,
de la huerta sultana:
novia rica y lozana,
siempre llena de azahar...
¡Rico tesoro, bella ciudad
sagrario de la santa fecundidad..!

No es posible detenerse a describir en una reseña como esta la impresión que la hermosa concepción de Jara y Ramirez, produjo.

Baste decir que al finalizar la ejecución de esa brillante página, el público, puesto en pié, prorrumpió en una delirante ovación que producía en el espectador el escalofrío de lo sublime.

El «Himno a Murcia» es una de las concepciones de mayor acierto de los dos maestros citados que lo han compuesto.

Rebosante de inspiración en la letra y en la música, puramente murciano en ambas, sabiamente instrumentado por la técnica maestra del eminente Ramirez y difuminados de modo magistral los motivos populares de nuestra región amada, constituye un motivo de legítimo orgullo para Murcia, que, a semejanza de otras regiones españolas, tiene ya su himno y pronto se hará popular en España entera.

Las entusiastas aclamaciones del público obligaron a repetirlo y Ramirez y Jara Carrillo escucharon en el palco escénico una de las manifestaciones más expresivas de cariño y admiración que han presenciado en su triunfal carrera.

Es de justicia tributar un aplauso al coro del Conservatorio por la justeza y aunamiento irreprochables con que cantó el «Himno» y a Inocencia Navarro, que cantó el «solo» con el gusto que sabe poner su alma de artista en todas las partituras que interpreta.

Al terminar la ejecución del «Himno», del ciclo del escenario cayó una copiosa lluvia de pétalos de rosas que vino a completar el indescriptible cuadro de policromía que ofrecía el palco escénico.

De este salieron volando hacia la sala del teatro numerosas palomas blancas adornadas con cintas de los colores nacionales que llevaban inscripciones alusivas a la fiesta que se celebraba.

El público acogió con grandes aplausos esta agradabilísima sorpresa.

DISCURSO DEL MANTENEDOR

Seguidamente se levantó el Mantenedor de la fiesta, el altísimo poeta don Manuel de Sandoval para pronunciar su discurso.

Fué acogido con una estruendosa ovación. Restablecido el silencio, el ilustre académico comenzó su maraviloso discurso:

Aunque para ocupar el puesto de honor, que generosamente me habéis señalado, me faltan autoridad y condiciones, no me he decidido a rehusarle por no cometer un grave pecado de ingratitud, hacia esta noble ciudad, cuyo dignísimo representante en Cortes, don Emilio Diez de Revenga, antiguo y fraternal amigo mío, hizo la invitación en forma tan cariñosa y apremiante, que no me dejó término medio entre la aceptación y la descortesía.

Vengo, pues, honrado y agradecido, no a dejar sobre la sepultura del Cantor de las flores, una flor más, mustia y descolorida entre las muchas, lozanas y fragantes que la ciudad que le vió nacer ha derramado pródigamente sobre ella, sino a ofrecer sincera y fervorosamente a su memoria una plegaria en que se junten y se confundan mi caridad de cristiano y mi admiración de poeta; plegaria que yo he de elevar hincando la rodilla sobre esta tierra que fué madre suya y que hoy, después de haber recibido amorosamente sus despojos. sabe mostrar a la vez su maternal orgullo y su ternura materna, recabando para sí la gloria que su hijo conquistara y arrullando su eterno sueño con sus propias e inspiradísimas canciones.

Siempre que asisto a un acto semejante a este que estamos celebrando, se renueva en mi mente el recuerdo de una imponente función religiosa presenciada por mí hace años en nuestra Catedral Primada. que al cumplirse el IV Centenario de la muerte del gran Cisneros, dedicó a su memoria solemnes exequias. Las cinco naves del magnífico templo toledano, estaban henchidas de entusiasta y fervorosa muchedumbre a la que imponían veneración y respeto las mitras y los báculos del Cardenal Arzobispo y los seis Prelados de las Diócesis su-

fragáneas; la palabra ardorosa y elocuentísima de un murciano insigne, el actual Obispo de Jaca, ensalzó dignamente desde el púlpito el génio y las virtudes del más grande de los políticos españoles, cuyo escudo agedrezado al campear en el centro del estandarte que ondeó orgulloso en los muros de Orán y que pendía sobre el túmulo levantado en el crucero nos hablaba elocuentemente también de una época en que nuestra patria era grande por sus héroes y por sus santos... pero lo que me impresionó más hondamente, lo que no he olvidado ni olvidaré jamás, lo que conviene a mis propósitos en estos momentos fué que el Cardenal Guisasola, Primado de España a la sazón, tuvo el genial acierto de disponer que las honras se celebrasen no con los ornamentos negros que son de ritual, sino con el magnífico terno blanco que el mismo Cisneros regaló a aquella Catedral en que él prodigó el oro derrochándolo con la esplendidez de un Augusto y aplicándolo con el refinamiento de un Mecenas. La extraña y consoladora impresión que producía la blancura de los ornamentos sacerdotales, alejaba de la mente toda idea de luto, de tristeza y de duelo y prestaba un carácter triunfal a la fúnebre ceremonia. La muerte no aparecía ante nuestros ojos cruel, descarnada e implacable porque el encadenamiento y sucesión de las existencias caducas nos hablaba de la persistencia de la fama y de la continuidad de la historia y porque nuestras propias vidas aunque pobres, efímeras, pereceras y fugaces, eran como las hondas de un río de un caudal inagotable y perenne, que reflejaban la luz del sol y la claridad de los cielos, en un curso incesante y fugitivo, pero encerrado en el alveo secular y permanente de la patria española, que entonces, más que nunca, nos parecía merecer el sagrado nombre de madre, con que le designa nuestro pueblo.

Honras fúnebres con ornamentos blancos, son también estos solemnes actos que aquí se han celebrado y se celebran para evocar y enaltecer la memoria de uno de los más ilustres escritores del siglo XIX, cuya fama que se dilató triunfalmente por todos los países, donde se habla nuestra lengua, cobra hoy



Itmo. Sr. D. Manuel de Sandoval, de la Real Academia Española, que mantuvo brillantemente la fiesta literaria celebrada en el Teatro Romea en honor de Selgas

nuevo esplendor y nuevo brillo, merced a la noble iniciativa, al generoso esfuerzo y a la incansable perseverancia de la ciudad en que nació, y se acrisola y se depura, convirtiéndose en gloria para incorporarse definitivamente al rico acervo espiritual de nuestra patria.

Murcia ha tenido el indudable acierto de elegir el instante oportuno para rendirle este homenaje, anticipándose en su cariñosa impaciencia y fijando la fecha para celebrar este Centenario, no el triste y desapacible mes de los muertos, en que Selgas nació, sino en el hermoso y triunfal mes de Junio, cuyos días se reparten entre la primavera y el estío; las dos estaciones que inspiraron los mejores y más delicados versos del poeta; mes de ardiente plenitud y de avasalladora alegría, en el que no hay capullo que no esté convertido en rosa ni azucena que no suelle sus hojas de nieve para recoger el rocío y no las aguce y las separe para dibujar una estrella.

No he de intentar siquiera hacer aquí la crítica razonada y completa de las obras que han inmortalizado al autor cuyo Centenario celebramos. La solemnidad del momento presente parece que exige y aun impone más la rápida síntesis que el análisis minucioso, y más la reverente evocación que el prolijo estudio. Solo diré que la celebración de un Centenario, aunque sea como éste, el primero y aunque en él no se conmemora la muerte sino el nacimiento de un escritor, debe significar, según mi opinión, un cambio radical y absoluto en el modo de juzgar sus obras, que ya no han de ser consideradas como contemporáneas sino como históricas. porque precisamente al hacerlo así, es cuando se comprende lo que hay en ellas de circunstancial, de perecedero y de deleznable, y lo que en ellas existe de permanente, de invariable y de definitivo. Los que conviven con el escritor y participan de sus pasiones y comparten sus temores y sus esperanzas, no pueden olvidar jamás, que al juzgarle se juzgan también en cierto modo, mientras que la posteridad al pronunciar solemne y definitivamente lo que Manzoni llamó la *árdua sentencia* la funda en resultandos más verdaderos y la razona con más imparciales considerandos. Entonces, a la vez

que los rasgos de la fisonomía del escritor se desvanecen y se borran en lo que tuvieron de vulgar, de pasajero o de transitorio, se afirman y se acentúan en lo que tienen de personal, de característico y aun de simbólico, adquiriendo al ser reproducidos en el mármol o en el bronce que los transfigura y ennoblece, su serena inmortalidad o su definitiva permanencia. Entonces empieza a distinguirse la fugaz llamarada de la notoriedad, del fulgor cambiante de la fama y éste de la luz inalterable de la gloria, y entonces, finalmente; los árboles de hojas caedizas se van despojando de su hermosura y acaban por recortar siniestramente en el rojizo cielo de otoño el triste esqueleto de sus ramas desnudas, mientras, sin temor al invierno que se avecina, la palma y el laurel conservan su perenne verdor y su arrogante lozanía, y el mismo viento que barre en el suelo la hoja inútil, reseca y crujiente, sigue entonando, entre las guirnaldas de sus frondas nunca marchitas, el himno eterno de la inmortalidad y de la gloria.

Para sintetizar lo que Selgas fué como poeta, yo escribiría únicamente estas tres palabras: sinceridad, sencillez y delicadeza.

El peculiar y sugestivo encanto de sus versos consiste precisamente en la total ausencia de artificio con que están compuestos. Nada hay en ellos que atraiga nuestra atención por su pompa, por su estruendo, por su arrebató; pero se apoderan irresistiblemente del lector a cuya alma no parecen llegar como una revelación solemne, sino como una íntima confidencia. La forma es tan ténue, tan ligera, tan trasparente, que podríamos decir de ella lo que Victor Hugo dijo del cuerpo casi inmaterial de la hermana de Monseñor Bienvenido: «Era el pretesto para que su alma pudiera permanecer en la tierra».

Se le llama y con sobrada razón el cantor de las flores; pero no se deleitó en pintar sus pompas, su esplendor y sus matices, que trataron de reproducir o mejor de ponderar en sus versos los poetas, como Calderón o Góngora, que hablaron de ellas incidentalmente, o como Rioja que les dedicó las mejores de sus canciones,

Comprendió mejor que nadie que a las flores, como a las mujeres, les basta para despertar nuestra admiración con su propia hermosura, y no olvidó jamás que el lirio de los valles, en su humildad viste una túnica con la cual no puede competir la que ostentó Salomón en su gloria. En su poesía, digámoslo con una frase suya: «Fueron todas las flores modestas»; y si comparamos sus versos con los de los clásicos que acabo de citar, no encontraremos ninguno que nos recuerde los del inmortal dramaturgo madrileño:

«Este matiz que al cielo desafia
iris listado de oro, nieve y grana».

ni los del gran colorista cordobés:

«No os engañen las rosas que a la aurora
direis que aljofaradas y olorosas
se le cayeron del purpúreo seno»

ni los del correcto y atildado lírico sevillano, gran colorista también a su manera, sin dejar de ser excelente dibujante:

«Para las hojas de tu crespo seno
te dió Amor de sus alas blancas plumas
y oro de sus cabellos dió a tu frente».

Selgas, más que cantar describió la hermosura material de las flores, procuró empleando un singularísimo procedimiento técnico, que yo me atrevería a llamar de estilización poética, si me permitieseis lo extraño de la expresión, apoderarse del alma de las flores, que es su aroma, y convertirlas en imágenes o símbolos de los sentimientos y de las aspiraciones más inefables y más sutiles que pueden conmover nuestro espíritu. Por eso, únicamente por contraste, han acudido a mi memoria los versos clásicos que acabo de citar y otros muchos que siguiendo su misma dirección se han compuesto; porque para dar idea, valiéndome de otros versos de la inmaterialidad que los de Selgas nos producen, solo me ocurriría repetir aquí aquellos que el insigne Benavente puso al final del segundo cuadro de los «Intereses Creados», y que todos como, yo podríais recitar de memoria:

«El jardín en sombra no tiene colores;
y es en el misterio de la obscuridad,
susurro el follaje, aroma las flores
y amor un deseo dulce de llorar».

Y si quisiera que las mismas flores que él cantó os ofreciesen el trasunto fiel y la exacta imagen de su poesía, sencilla, sincera y delicada, yo os la presentaría formando un ramo, en el cual para unir las, agrupar las y sostener las, me valdría como vuestras huertanas, no de un cordón ni de una cinta, sino de la juncia olorosa y flexible que entre ella se cría.

Además hay en sus poesías otra nota característica, más fácil de percibir que de explicar, pero que he de probar a hacer patente valiéndome también de comparaciones y ejemplos. La singularísima conformación de su retina, permitió a algunos pintores Goya es el más notable ejemplo de lo que digo reproducir actitudes y movimientos, que la generalidad de los hombres no apreciamos ni percibimos, porque la persistencia de las imágenes, nos impide, que los aislemos, por decirle así y podamos darnos de ellos exacta cuenta.

Algunos cuadros del gran pintor aragonés tienen, pues, el valor de una fotografía, no de las de exposición, más o menos prolongada, sino de las instantáneas que al pasar ante nuestros ojos producen en el cinematógrafo la impresión de la realidad.

Algunos poetas han conseguido ver la naturaleza de un modo análogo a como Goya la vió, y han descrito un movimiento dividiendo lo que para todos parece indivisible, así Zorrilla en tres admirables estrofas aceptó a presentar en tres tiempos distintos lo que en la realidad aparece como continuo. Ved la prueba:

«Dió un paso en la pradera,
y alzando repentina
la brisa matutina
su vuelo en el vergel»;

como una miés ligera
dobló el ramaje umbrío
y sacudió el rocío
depositado en él.
Surcaron desprendidas
sus gotas el ambiente,
cual lluvia transparente
espesa y torrencial;
el aire a deshacerlas
no pudo y esparcidas
quedaron como perlas
sobre la yerba igual.
Ráfaga empero errante,
la brisa fué, su impulso
duró solo un instante,
sin fuerzas expiró.
Irguióse la arboleda
con rápido repulso
y todo al punto a leda
tranquilidad volvió.

Ca la una de estas octavillas responde a cada uno de los tiempos a que antes me refería, a saber:

- 1.º El viento mueve las copas de los árboles.
- 2.º El rocío se desprende.
- 3.º El ramaje se yergue de nuevo.

Pues bien, Selgas que no fué poeta descriptivo, al modo de Zorrilla, que no adoró la luz por la luz ni el color por el color, ni la forma por la forma, lo que gustó de expresar principalmente fueron los estados del alma, aciertos y delicadezas semejantes, en el terreno que le era propio, que era el de la espiritualidad y el sentimiento. Así por medio de distinción que ne pueden llevar a cabo los sentidos, pero sí la imaginación, encontró una diferencia profunda que no existe en la realidad material, pero sí en la realidad poética desde que él la descubrió y acertó a expresarla en estos versos admirables:

Hasta las ténues gotas
conque el rocío baña
de las sencillas flores,
las hojas perfumadas,
son para ejemplo triste
de la soberbia humana,
por la mañana perlas
y por la tarde lágrimas.

Sorprende y desconcierta a primera vista, que el escritor que adquirió fama y renombre con la publicación de esas tiernas y delicadísimas poesías que se llaman «El Sauce y el Ciprés», «La Cuna vacía» y tantas otras, que el novelista autor de «Nona», «La Mariposa blanca», «Una madre», «El Angel de la Guarda», llegase a ser el más grande, el más grande el más profundo, el más intencionado de los satíricos de su tiempo.

Pero sí con atención se consideran los varios aspectos de la personalidad de Selgas, se ve claramente que aquella sutil y refinada delicadeza, que inspiró sus versos y que resplandece en algunas de las páginas de sus novelas, por ejemplo, aquella de «Nona» verdaderamente incomparable por la cual el inmortal autor de «Un drama nuevo» hubiera querido cambiar la mejor de las que escribiera, es la misma que avalora los innumerables artículos satíricos y morales que bajo los nombres de «Hojas sueltas», «Libro de memorias», «Luces y sombras», y «Cosas del día», forman la mayor y la mejor parte de sus obras.

Estamos tan acostumbrados a considerar la palabra sátira como sinónima de burla sangrienta, de ataque despiadado, o de agresión alevosa, que fácilmente nos olvidamos del elevado fin moral que debe perseguir, y del beneficioso resultado que muchas veces ha producido. Selgas, cuya bondad que no era candidez, comprendió que lo que se dice siendo puede ser más eficaz que lo que lamenta llorando, y que el chiste tiene más fuerza que el trueno y la burla más alcance que el gemido.

«Selgas — dijo en ocasión solemne, don Alejandro Pidal, — suspende de cuando en cuando su lira como los pájaros que

sestean; pero bajo la forma ligera de Hojas sueltas que se desprenden del árbol de su ingenio y que trae y lleva la brisa, escribe graves pensamientos y sentencias profundas. Cuando los miasmas nacidos en el cieno de los pantanos insalubres se condensan en opacas y húmedas nieblas, que velan el esplendor de los cielos, Selgas, como nube de verano que simula la tempestad, truena, y el rayo de sol incisivo de su ingenio hiere y penetra los vapores, y al soplo de su risa se desvanecen los miasmas, dejando exhausto el charco que lo exhaló. No de otro modo, ante el estrépito de las carcajadas, el brillo de los chispeantes ojuelos y el soplo de las indirectas del «Padre Cobos», se disiparon las nieblas que amontonó sobre la patria la Revolución del 54.

Por eso, sus sátiras podrán tener la amargura de la medicina — que sana — y que solo el paladar percibe, pero no tiene la amargura de la hiel que envenena y que por todo el organismo se derrama. Además no trató en ellas de vengar las injurias pasadas sino de evitar los males futuros.

No se complació en poner de relieve los pecados y los vicios que nacen de la misma naturaleza, sino en tratar de corregir los que surgen de las pequeñeces, las preocupaciones y los defectos que todos podríamos enmendar con poco esfuerzo. Por eso su sátira no tuvo la crueldad de Fulvia que al hundir una y cien veces, como en un acerico su alfiler de oro en la lengua ya para siempre muda del más grande de los oradores latinos, no pudo borrar las Filípicas que éste había pronunciado contra su esposo, tuvo por el contrario el generoso impulso de Casandra, cuando anunció a los Troyanos que el Paladión que acogían gozosos en sus muros como prenda de paz había de ser causa de la destrucción de la ciudad que resistió el embate de las armas y que no supo resistir la astucia.

Desgraciadamente, no solo en anunciar desdichas se parecía la noble sátira de Selgas a la hija de Priamo, los hombres en su incorregible incredulidad renovaron una vez más el eterno mito, y rieron de buena gana con el fácil e inagotable ingenio del gran escritor, sin dar crédito a sus profecías y sin aprov -

chase de sus advertencias y consejos. Cuando hoy leemos atentamente, como yo acabo de hacerlo, la larga y brillantísima serie de los artículos de Selgas, podemos seguir sobre el mapa moral y político de nuestra patria el itinerario que han recorrido los males que él trató de atajar y de combatir en su origen.

Allí vemos como la filantropía había de dar muerte a la caridad y la superstición a la fe y el charlatanismo a la elocuencia y la patriotería el patriotismo y el progresismo al progreso, y el libertinaje a la libertad, y la falsa democracia consignada en nuestras leyes a la verdadera democracia practicada en nuestras costumbres.

Leyendo y admirando los ingeniosísimos artículos de Selgas he recordado mas de una vez aquellos hermosos versos de una comedia de Alarcón.

Y sed como el experto cirujano
en quien, para remedio del doliente
tiene el pecho peidad, crueldad la mano,

porque siempre el alto fin que persiguió en sus sátiras ennoblecía la ironía, que nunca se convirtió en sarcasmo, y que más de una vez fué celebrada por aquellos a quienes se dirigía, cuyo ceño se convirtió en sonrisa al ver que Selgas había hecho de ellos más la caricatura que populariza que el falso retrato que envilece.

Su ingenio es tan brillante que nos deslumra y la honradez de su intención es tan clara y tan patente que la franca y jovial carcajada que sus chistes provocan resuena más como aplauso al autor que como castigo a la víctima. Por eso siempre alada y siempre ligera, pero nunca envenenada y nunca alevosa, su sátira se parece a flecha más por la certera rapidez, con que corta el aire que por la encarnizada crueldad con que penetra en las entrañas.

El insigne maestro de periodistas don José Ortega Munilla recordaba no hace mucho un consejo de Selgas en que se sintetiza toda su técnica, y que nos da la clave para descubrir el secretode su estilo: «Hay que pensar largo y escribir corto» De-

cía el inmortal autor de las «Hojas Sueltas», que empleaba para corregir sus escritos, no la lima que desgasta, sino el hacha que poda. Después de redactar un trabajo cualquiera, Selgas iba cercenando las palabras inútiles las frases redundantes, los epítetos vagos, las amplificaciones ociosas, y este trabajo de concentración daba por resultado aquel estilo lacónico, sentencioso, nutrido, en que el pensamiento parece resquebrajar la forma que le contiene, como el grano que al germinar resquebraja la dura costra del surco que le encierra; lejos de deleitarse en el período amplio, sonoro, de lento andar y de severo empaque, como embargado por la rozagante vestidura que al mismo tiempo lo adorna y lo cohibe, gusta de la frase cortada, de las terminaciones violentas, de algo que remotamente puede recordar el palarismo hebreo y que tiene su origen inmediato en el enérgico giro y la lapidaria de los refranes y proverbios del pueblo, en los cuales a la vez que una reminiscencia del mencionado paradesismo se advierte como el incompleto balanceo de la rima que enlaza y une las dos mitades que integran el pensamiento.

En los escritos de Selgas, este engarce se consigue de otro modo mas espiritual, mas interno, y por lo tanto más difícil; se logra por el vigor, por la fuerza, con la unidad del pensamiento de modo tal que aquellas frases cortadas, aquellas cláusulas concisas aquellas enérgicas sentencias muy semejantes a las piezas de una armadura que nos parecen rígidas y flexibles. y muertas cuando las contemplamos en las vitrinas de un Museo, pero que cuando la ciñó el guerrero para quien fueron cortadas no solo se adaptaron a su cuerpo, cubriéndole sin aprisionarle, sino que dóciles y articuladas le permitieron ejecutar los rápidos y variados movimientos de la defensa y del ataque.

No es frecuente en escritores españoles esta enérgica y lapidaria concisión que avalora las obras de Selgas, porque el genio de nuestra lengua propende, más que a la brevedad sentenciosa a la brillante amplificación. Por eso las obras de Selgas que supo cambiar la plata en oro y el oro en brillantes, tienen

el mérito inapreciable de poder ser leídas íntegramente, porque su autor supo cercenar de ellas lo supérfluo e inútil, haciendo con el mismo la escrupulosa depuración que el tiempo se encargó de hacer en las obras de otros autores.

Si con ocasión de este solemne centenario se reprodujera en la fecha actual, la mayoría de sus artículos parecerían escritos hoy, y producirían el mismo efecto y el mismo entusiasmo que produjeron hace medio siglo.

Y es, porque Selgas que aceptó a darle forma tan ligera, tan ténue y tan alada, fué hombre de arraigadísimas condiciones de profunda fé y de seguro juicio. y supo construir sobre la roca viva de la tradición española con la deleznable apariencia de un castillo de naipes, un edificio de indestructible fortaleza. Si recorreis mentalmente la historia de nuestra literatura, observareis que son muchas las obras al parecer frívolas y ligeras que sobreviven a las obras altisonantes y aparatosas, porque la verdad que no cambia, ni se altera, ni muere, gusta más de refugiarse en lo satírico y en lo cómico que en lo serio y en lo trágico, y solo por la verdad que encierra es por lo que las obras del hombre viven y perduran.

Hay en cada escritor una cualidad o una excelencia, que sobre todas las suyas predominan, que imprime el sello de su personalidad en sus obras por varios que sean y que es como el rasgo peculiar y característico de su fisonomía literaria. En Selgas esta cualidad fué el ingenio. Tanto apreciaron esta excelencia nuestros antepasados. que con el nombre de ingenio designaron a los escritores, y tanto significa y vale que el que carece de ella podrá tal vez ser estimado pero nunca será popular. Dulce y amarga a la vez es sal que sazona los manjares y hiel que sazona los frutos, gracia que hace ostensible la hermosura de la mujer y aroma que hace atractiva la belleza de la flor; don que no puede imitarse ni contrahacerse y que cuando se posee, todo lo avalora, lo enriquece y lo abrillanta. A lo largo de sus obras extensas, corre y se desliza como el agua que parece reir entre las piedras de sus cauces; en sus breves artículos bulle,

salta, relampaguea, y su conversación chispeante y amena, se une al testimonio de los que trataron, tuvo tan variados matices y tan soberanas vislumbres que sus frases gráficas y sus réplicas contundentes eran repetidas de boca en boca no solo en Madrid. sino en España entera, porque el rico, inagotable, y vivísimo ingenio de Selgas fué de tan buena ley como el oro, que, ductil y maleable al adelgazarse en finísimos hilos o al estenderse en láminas sutilísimas, que parecen realizar las imposibles abstracciones geométricas de la línea y del plano conservan todas sus características cualidades, y no pierde su hermosura, ni su pureza.

La Real Academia Española, a la que Selgas perteneció y en la cual hicieron cumplidamente su entusiasta y justo elogio don Cándido Nocedal, al contestarle en el solemne acto de su recepción don Victor Balaguer al tomar posesión de la silla que dejó vacante a su muerte, ha querido asociarse a éste homenaje, y se ha dignado confiarme su representación que ostento orgulloso y complacido en unión de don Pedro Lemus y Rubio, de quien me honro en ser dos veces compañero. En nombre de la Real Corporación y en el mío propio saludo a esta muy Leal y muy Noble Ciudad, digna de tener como tiene hijos ilustres por lo bien que sabe enaltecer su memoria; y saludo a los que llevan el noble apellido de Selgas que hizo inmortal el escritor cuyo centenario celebramos; a la vez que haciéndome intérprete del sentimiento de todos los que escuchais, como admirador del poeta y como amante de las glorias de Murcia, cuando son tan legítimas como las que alcanzó Selgas, son a la vez glorias de España de regocijo al ver convertido en realidad el sueño que Emilio Díez de Revenga formuló hace siete años al final de su hermoso libro acerca del Cantor de las Flores, cuyo íntimo deseo me atrevo a decir que habeis realizado también, porque estoy seguro de que alguna vez acarició la doble esperanza y sintió el doble anhelo, de que sus restos descansaran bajo la tierra que le vió nacer y de que Murcia fuese la que consagrarse su gloria; doble y legítima aspiración que por todos los poetas y artistas en ella nacidos acer-

tó a expresar en forma vibrante y rotunda el venerable patriarca de los escritores murcianos don Ricardo Sánchez Madrigal, al decir en la estrofa con que concluye su magnífico canto a «La Palmera».

Solo allí, fatigado, cobro la calma
de tu suelo bendito sobre la alfombra
solo allí satisfago la sed del alma;
para mi sepultura quiero tu sombra,
y, si alcanzo la gloria, quiero tu palma.

El señor Sandoval fué muy aplaudido en el curso de su peroración y escuchó al final una calurosa ovación.

SEGUNDA PARTE

Como anunciaba el programa, se representó el proverbio en verso, ariginal de don José Selgas Carrasco titulado:

LA BARBA DEL VECINO

desempeñado por la señora Peñaranda de Grau y don Mariano Díaz de Mendoza, de la Compañía Guerrero-Mendoza.

El público aplaudió a los intérpretes y a la lujosa presentación de la escena, en donde colocaron, en lugar preferente, el pedestal con el busto de Selgas.

TERCERA PARTE

Preparado el escenario para representar el primer número de los «Cuadros Murcianos», con las alumnas del Conservatorio sentadas en el suelo formando graciosos grupos con sus trajes vistosos de huertanas, se dió comienzo a la lectura de poesías.

El coronel de Caballería y aplaudido autor dramático don José Selgas Ruiz, sobrino del poeta de las flores, recitó de memoria «La Modestia», sentidísima poesía de Selgas. El poeta don Dionisio Sierra declamó «La Caridad y la gratitud», el jóven y ya ilustre actor Fernandito Díaz de Mendoza,

UNA GLORIA MURCIANA



La genial actriz Herminia Peñaranda, de la compañía Guerrero-Mendoza, que colaboró en la fiesta del Centenario, representando con Mariano Díaz de Mendoza, - otro insigne artista, hijo de Murcia, — el diálogo de Selgas, «La barba del vecino»

hijo de nuestro ilustre paisano, gloria de la escena española, dió lectura a las composiciones «El sueño de las flores» y «El laurel». El Senador vitalicio don Angel Guirao leyó la siguiente composición del poeta murciano don Ricardo Sánchez Madrigal:

:: A LA GRATA MEMORIA ::

DEL INSIGNE POETA SELGAS

AYER ⁽¹⁾

(*Marzo de 1882*)

Sitiéndose poeta, pero ignorado;
infeliz, sin apoyo, mas no abatido,
esperó, como el genio siempre ha esperado,
esa aurora de gloria que ha iluminado,
las tenebrosas noches en que ha gemido.

Y entreviendo en sus sueños la ansiosa palma,
cantor fácil, sencillo, tierno o profundo:
cantó a solas consigo, y en dulee calma,
las flores, lo más bello que hay en el mundo;
la virtud, lo más noble que hay en el alma.

Esa, del vate ilustre, canción primera,
es su patria, este suelo quien se la inspira:
¿quién no ve en nuestros prados, do Flora impera
las páginas sublimes que el mundo admira
de ese libro que nombran *La Primavera*?

Aquí aspiró la esencia, y oyó el secreto
lenguaje de las flores, que de él supimos;
aquí, por su modestia turbado y quieto;
contempló con humilde, santo respeto,
el laurel de la gloria, que hoy le ceñimos.

Mas llegó para el triste, por fin, el día
de escuchar de su fama gratos rumores,

(1) Esta composición fué leída por su autor, háce 40 años en la velada necrológica dedicada a Selgas, en el Teatro Romea.

y partió de aquí lejos. ¡Ah! no sabía
que mayor amargura sufrir debía
en un mundo distinto del de sus flores.

Ya no miró rendidos a los *Galanes*
al halago amoroso de brisa inquieta,
ni a *Laura* despertando nobles afanes,
ni, trocando en modestos soberbios planes,
al *Clavel* desposarse con la *Violeta*.

Vió, en cambio al más osado ganar la palma,
fingióse el bien estéril, el mal fecundo,
y perdió de otros tiempos la dulce calma,
al hallar sin sus flores desierto el mundo;
y al hombre sin virtudes, flores del alma

Entonces, indignado, su canto brota,
en que de fé cristiana tanto alardea;
hace de ella acerada, brillante cota;
y al trabar con el siglo ruda pelea,
con su sátira acerba la faz le azota.

Y es que el poeta en el mundo cual nadie siente;
sueña un bien para el hombre que nunca existe;
y renegando siempre de lo presente,
al ruinoso pasado se acoge triste,
o en porvenir de rosas pone la mente.

La virtud lo alentaba, su hada divina;
su amante compañera desde la cuna;
la que en visión celeste su alma imagina
que morir lo contempla sin mancha alguna,
y sobre su sepulcro la sien reclina.

Ese mármol que guarda su cuerpo inerte,
algo tiene por ella de altar y templo.

Hoy que flores y llanto sobre él se vierte,
para norma de vida nos dá un ejemplo.
si conseguir queremos honrada muerte.

Hijo noble de un pueblo noble y glorioso,
le ha legado la gloria de sus canciones
le legó la nobleza de un nombre honroso.
¡Juventud! Esas sean las tradiciones
que conservar anhele tu pecho ansioso.

Y en honor de esta patria que al blando seno

a sus hijos con lazos de amor sujeta.
muéstrate de esperanzas el pecho lleno.
Quien se sienta con númen, luzca poeta;
quien tal dicha no logre, brille por bueno.

HOY

(9 de Junio de 1922)

Así, en noche, como esta, ya tan lejana,
me uní a la dolorida musa murciana,
que a la muerte del poeta rindió tributo.
Fucra, para nosotros, siempre temprana.
y a las arpas ceñimos crespón de luto.

Muy justo nuestro duelo; cual si del ido
contemplar no bastase bien enterradas
las cenizas gloriosas, lento el olvido
sobre el nombre famoso y esclarecido
echó de espesas sombras sus paletadas.

Pero a bien que una madre jamás olvida,
y menos la de Selgas olvidar pudo;
porque, madre celosa, de su honor cuida,
y por divisa heráldica, bien merecida,
de *Muy Leal* el timbre luce en su escudo,

Al remover del hijo la fosa oscura,
porque tenga en su seno su sepultura,
ha exhumado los fueros de su memoria:
y al par que un bronce triste dobla en la altura,
nuestras lenguas repican tocando a gloria.

Para volcar un ídolo, quererlo basta;
pero a esos que en innoble, rudo trabajo,
y en su *delirium tremens* iconoclasta,
logran alguno a veces echar abajo,
tan sólido es alguno, que los aplasta,

¿Por qué sufrir injustas, pretericiones
el que por peregrino, dichoso caso,
por las huellas de nadie sentó su paso,
y sobre mil vulgares reputaciones
destacándose altivo, *bebió en su vaso?*

Si un día el mundo loco recobra el juicio,
bien que olvide la musa que con desnudo,
y cara al siglo haciendo fiscal oficio,
censuró las pasiones, fustigó el vicio
entre amargos donaires, nuevo Quevedo.

Pero en tanto que gire cual mariposa,
en torno al Sol, bebiéndole luz y colores,
y de su seno ubérrimo brote radiosa
la vivaz Primavera como una diosa,
para alfombra a su planta brotarán flores.

Y eterno como ellas, y renovado
como ellas, por interna virtud secreta,
renacerá ese libro, que es su traslado;
renacerá la fama de su poeta,
que cual nadie en el mundo las ha cantado.

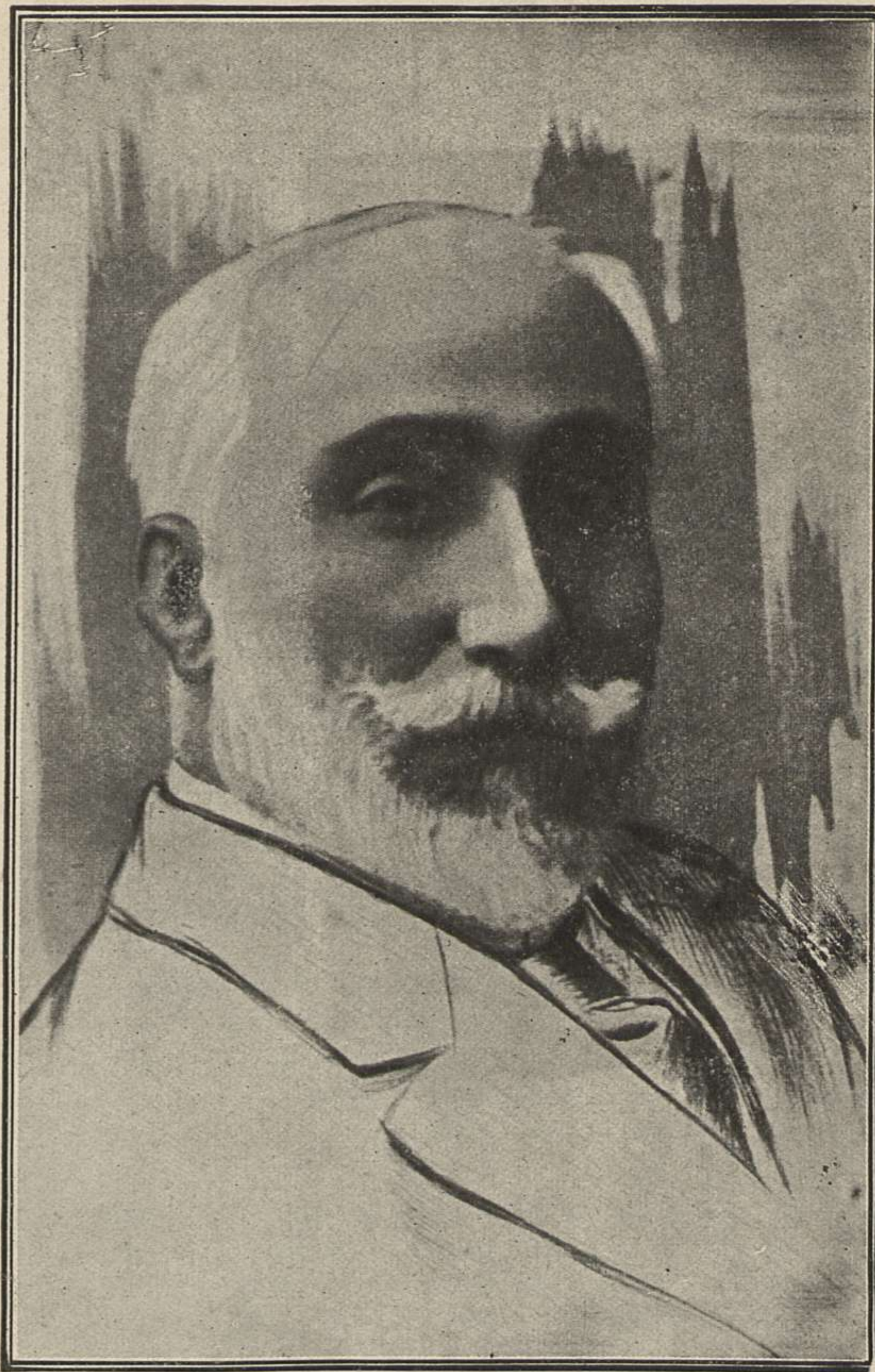
Cual nadie; proclamadlo: No nos engaña
el amor al terruño que nos lo inspira.
Sépalo, con la propia, la gente extraña:
¡El Cantor de las Flores en aurea lira,
es un vate murciano gloria es de España!

Y el que del entusiasmo con los fervores
quiera ornar de laureles su tumba fría,
vendrá a la patria chica de sus amores.
vendrá a nuestros vergeles del Mediodía,
donde yacen los restos de sus mayores;
donde están los modelos de su poesía;
dondo ya entre nosotros recibe honores,
y donde para honrarnos naciera un día,

Don Emilio Díez de Revenga, Diputado a Cortes por Murcia, iniciador de éste homenaje que había que señalar como una página brillante en la historia de Murcia, leyó las siguientes cuartilas de don Antonio Maura, escritas expresamente para este solemne acto.

EJEMPLARIDAD

La semblanza personal y la vida entera de Selgas, dan saludable ejemplo, que debemos ensalzar junto con sus mereci-



Excmo. Sr. D. Antonio Maura, Director de la Real Academia Española

mientos literarios, en la presente conmemoración. De otro modo faltaríamos a la justicia; porque todo ello se auna de modo inseparable, y atestigua la noble sinceridad de un alma selecta.

Selgas, poeta dulcísimo, hasta la ternura: Selgas, censor tan austero como benigno de las costumbres de sus contemporáneos; Selgas, combatiente en pugnas políticas, a la sazón misma en que hubo mas fragor y más acritud, mantuvo siempre una plácida serenidad, que tan solo puede alcanzar quien reposa en un asiento espiritual incommovible.

Su imaginación privilegiada, fulguró con vivos destellos; pero nunca le alborotó ni le sonsacó la voluntad; su ingenio agudo y fértil, comunicó a su pluma giros impensados, de extrema volubilidad; pero la fijeza de su criterio moral nunca flaqueó.

Todo lo penetraba el escritor con su sagacidad, todo lo juzgaba con bondadosa rectitud; pero siempre permanecía él como ausente, en plano distinto; con el ánimo aquietado por un elegante desinterés.

Así como el poeta contempló la *cuna vacía* y no se dolió del haz de lozanías tronchadas, ni reparó en el desconsuelo materno; tan sólo vió ángeles que se aproximaban y a quienes el niño dormido tendió los brazos para remontar juntos el vuelo.

Delante de la naturaleza, venero inhexausto de inspiración, no solía explayar sus propios sentimientos, sino dar a los seres inanimados, cierta personalidad poética y encomendarles la noción de los afectos. Llamáronle el «cantor de las flores» porque al calor, a la forma, al perfume de ellas: tal vez a la sola posición que tuvieran en el jardín o en el erial, supo atribuir, con originalidad felicísima, significados espirituales, símbolos, alegorías; todo un mundo alado con cuyos revoloteos se dispensaba, él de la comparecencia personal. Ante *El Sauce y el Ciprés*, las ramas caídas del uno valen por emblema de las tribulaciones y los abatimientos humanos, mien-

tras que la punta enhiesta del otro representa la firmeza; y el soneto termina así:

¡Dichosos ¡ay! los que en la tierra lloran!
le conlestó el ciprés, mirando al cielo.

La parte que parece principal y más característica de su producción literaria, fué dedicada a observar aspectos muy diversos, parciales y, a veces, insignificantes, de la sociedad y de la vida.

Vistos en conjunto los numerosísimos artículos breves de este género, forman un extenso e interesante panorama, y la escasa entidad intrínseca de algunas de las partes, se halla suplida y colmada por la agudeza y el ingenio.

Si fué en esto imitador de «Las Crónicas» ligeras francesas. Selgas supo aclimatarlas en España y con acendrado buen gusto les dió mucha novedad; la pincelada suelta y fresca, en sus cortos párrafos de traza axiomática y sentenciosa, en sofisma candoroso que sugiere al lector la enmienda y le asocia al escritor la paradoja que es sucedánea del énfasis, y la ironía templada y blanda que evita el sascarmo.

Este tono jocosero, además de ser la característica culminante de las «Hojas sueltas y cosas del día» prodigadas por Selgas, atestigua su noble condición personal.

Nacido en cuna humilde; habiendo necesitado esfuerzo titánico para iniciarse en la cultura, que tantos otros rehusan o malbaratan cuando llanamente se les depara; resultando intermitentes y fugaces los auxilios que obtuvo, comenzando por el Conde de San Luis, que le trajo a Madrid, y permaneciendo él en la obscuridad casi siempre aun después de la Restauración conservó, sin embargo, toda la vida el alma tranquila, benévola, limpia de acritudes, aun en el pleno ejercicio de la sátira, aun profesando la censura de aquel mundo que le escatimaba una justa estimación. La afabilidad sonriente que en todo tiempo estuvo encargado de cortarle la pluma, pronto había sido constituída por acerbos, corrosivos, implacables amarguras, si dentro del alma noble del crítico, no reinase segura en su trono, la paz inefable de quien cree y vive según su fé.

Porque fué hijo de sus obras, porque logró merecer la admiración en ellas. y porque acreditó siempre un exquisito temple espiritual, hemos de admirar en Selgas, a un tiempo mismo, al literato esclarecido y al hombre ejemplar».

Para todos hubo aplausos pues fué un verdadero acierto en la elección de lectores.

Y por último, la insigne actriz española doña María Guerrero, orgullo del arte patrio, leyó,

LA CUNA VACÍA

Bajaron los ángeles,
Besaron su rostro,
Y cantando a su oído, dijeron:
«Vente con nosotros».

Vió el niño a los ángeles,
De su cuna en torno,
Y agitando los brazos, les dijo:
«Me voy con vosotros»

Batieron los ángeles
Sus alas de oro;
Suspendieron al niño en sus brazos
Y se fueron todos

De la aurora pálida
La luz fugitiva,
Alumbró a la mañana siguiente
La cuna vacía.

No es posible mayor perfección en el recitado; las palabras fluían de sus labios como notas musicales de un celeste salterío: su voz era la dulce voz acariciadora del hada de los sueños infantiles. El público, con los ojos llenos de lágrima por la emoción intensa de la poesía cantada por tan insigne actriz, aplaudió de pié entusiasmado.

Después leyó

LA FELICIDAD

Sueño que al alma fatiga,
Luz que ante mí se derrama,
Voz que impaciente me llama,
Ansia que a vivir me obliga;
Felicidad que me hostiga
Que en pos de mí siempre vá,
Que a un mismo tiempo le dá
Luz y sombra a mi deseo...
Yo en todas partes la veo
Y en ninguna parte está.

Vagamente dibujada
La encuentra el alma indecisa
En el bien de una mirada,
En toda dicha esperada,
En la que pasó importuna,
En la gloria, en la fortuna,
En lo cierto, en lo imposible...
En todas partes visible,
Y no se alcanza en ninguna
Nube azul, blanca y ligera
Que los sentidos engaña,
Y tras de cada montaña
Parece que nos espera;
En impetuosa carrera
El hombre a cogerla vá;
Llega... se fué... síguela....
Piensa sairla a cada instante...
La nube siempre delante,
Pero siempre más allá.

Tras de la sombra mentida
Que finge tu afán profundo,
Buscándola por el mundo
Vas consumiendo la vida;
Sombra alcanzada o perdida,
En donde quiera que estés,
Por todas partes la vés...,

Mas, ¡ay infeliz de tí!
Si llegas ya no está allí;
Si la alcanzas, ya no es.

¡Felicidad; Sueño vano
De un bien que no está en la tierra,
Ansia que impaciente encierra
Triste el corazón humano;
Luz de misterioso arcano,
Vaga sombra celestial,
Mezcla de bien y de mal,
Tu eres en mi corazón
La eterna revelación
De mi espíritu inmortal.

El segundo número de ésta tercera y última parte de tan selecto programa fué la representación de

CUARDROS MURCIANOS

sobre cantos populares para coros y orquesta, letra y música de don Emilio Ramirez, dirigidos por su autor.

a) «La Romería de la Fuensanta».

Prólogo del autor, que en la edición de esta obra, hecha posteriormente, figura al frente del primer cuadro.

«Es un risueño amanecer de otoño, las campanas repican sin cesar y la gente va gozosa a la romería

Cuando la Virgen sube por la cuesta, la animación es extraordinaria, el aire lleva aromas de tomillo y de incienso y la montaña parece un gran altar.

Al entrar en la ermita, la música, las campanas, los cohetes y los vivas atruenan el aire. Los romeros buscan sitio para almorzar.

Cuando la tarde declina, se inicia el regreso por grupos que van entonando el canto de la romería:

«Como vienes del monte,
vienes airosa...

También se escucha la canción de los «borrachos» y mientras dura el retorno, los dos motivos saltan caprichosamente de un grupo a otro.

El sol se oculta, y el cuerpo fatigado busca con ánsia la senda del hogar, sin que dejen de escucharse las canciones.

Ya van muy lejos. Piensan que volverán otro año; cuando en otro amanecer anuncien las campanas la romería, y se escuchen los vivas, y llegue la Virgen hasta su altar.

Avanza la noche. El monte está ya solitario y en el aire apenas queda un eco lejano que aun repite el cantor hasta perderse.

«Vienes airosa,
vienes coloradita...»

b) «Nocturno huertano».

«Una noche de Abril en la huerta. Las áuras difunden aromas de azahar, la luna ilumina la vega y la huerta duerme en dulce reposo.

Se escucha de improviso el rasgueo de unas guitarras; son los mozos que van de ronda y se disponen a cartar. Un coro sostiene insistentemente el ritmo de «el paño» mientras el otro desenvuelve la melodía de la canción de «el besito» cuando se alejan, dentro de la barraca, se oye una voz de mujer: una huertana duerme a su hijo con aquella cantinela árabe con que tantas generaciones de madres huertanas arrullaron el sueño de sus zagales.

Un labrador espera la tanda del riego y piensa en la cosecha, en los amores que guarda su barraca, en el próximo estío en la parva... Recuerda la canción de trilla.

Empieza a amanecer. Los auroros se han reunido y entonan la Salve; después marchan a misa de alba. Las guitarras lejanas de los mozos que rondan aún se confunden con los ecos de la Salve.

La luz rosada de la aurora inunda el espacio; los primeros madrugadores van a sus faenas».

Comienza el nuevo día.

c) «La Parranda».

«Al comenzar el cuadro se oye la iniciación del tema de las seguidillas del «jo y ja», bruscamente interrumpido para hacer un elogio de la parranda, el baile cadencioso de la huerta de Murcia.

Es día de gran fiesta en la huerta. Ha terminado la boda de Fulgencio y Fuensanta, y la gente moza forma un pintoresco cuadro bailando bajo el emparrado de la barraca.

Se oye una copla de las parrandas «pesás».

Los esposos marchan hácia su nido entre los sollozos de la madre de Fuensanta.

Pero los mozos quieren que siga el baile y la fiesta mientras el sol alumbra.

Unos compases de la parranda de «el medio», un coro que canta el «jó y já» mientras el otro contrapunta con la copla «del uno», una indicación del estribillo, un recuerdo del tema de las seguidillas y un tiempo *vivo* en el que se mezclan los ritmos de «el retal», el repiqueteo de las postizas y un *crescendo* de gran animación con que termina la obra».

Un éxito formidable fueron éstos «Cuadros Murcianos» del maestro Ramirez, estrenados el pasado año en el Teatro Romea y representados hace pocos meses en el Conservatorio de Madrid.

Esta vez tenían la novedad de haber sido instrumentados por su autor habiéndose ajustado fielmente a la armonía de los cantos populares murcianos y a la técnica instrumental moderna.

La hermosa «Romería a la Fuensanta», el sentimental «Nocturno huertano» y la alegre «Parranda» fueron magistralmente ejecutados por la orquesta y acompañados por el coro de voces del Conservatorio compuesto de las señoritas antes citadas.

Los tres preciosos trozos musicales fueron acogidos con

grandes ovaciones que obligaron al maestro Ramirez a saludar repetidas veces al auditorio.

Purita Alburquerque y Conchita Gallar fueron muy aplaudidas al cantar la malagueña del «Nocturno» y también lo fué Inocencia Navarro al cantar con su gracia peculiar la copla de «La Parranda».

Y con este atrayente número terminó la fiesta, de la que Murcia guardará para siempre gratísimo acuerdo.

Si el maestro Ramirez no tuviera ya de antemano cimentada su fama de compositor, la hubiera conquistado en una noche con esta maravillosa obra. La *verdad* de los motivos regionales, la *inspiración* al mezclarlos y al armonizarlos: la *sabiduría* al instrumentarlos y la sutil poesía al adaptar y crear la letra, todo obra suya, le hace entrar de lleno en los dominios del triunfo.

Así lo comprendió el público aquella noche tributándole una estruendosa ovación.

La fiesta de arte y de justicia, de homenaje y de amor celebrada en el Teatro Romea la noche del 9 de Junio será memorable; la estela que su recuerdo deja en Murcia no se borrará tan fácilmente.

Y ya que en este libro perpetuamos los acontecimientos justo es que también consignemos los nombres meritísimos de las personas que, *entre bastidores*, han laborado incansablemente por el mejor esplendor de esta fiesta.

Nos referimos, no solamente a D. Emilio Díez de Revenga, que puso todo su amor y toda su actividad en esta empresa, sino también a su esposa, la señora doña Josefa Rodríguez Pellicer y a su hija la señorita Emilia Díez de Revenga, quienes vencieron todas las dificultades que trae consigo la organización de esos encantadores grupos de señoritas que representaban a las Regiones; nos referimos también a don Pedro Jara Carrillo, encargado de la escena y a don Dionisio Sierra su in-

cansable colaborador, elementos necesarios en estas fiesta de poesía y de arte.

La comisión organizadora se siente orgullosa al consignar estos nombres, y al darle rendidamente las gracias, formula ésta a modo de acta para testimoniar cuan justos son los motivos que tiene de gratitud.





: DESCUBRIMIENTO DEL BUSTO :
: DEL POETA EN EL PARQUE DE :
: : : : : : RUIZ HIDALGO : : : : : :



El domingo a las seis de la tarde, en el Parque de Ruiz Hidalgo tuvo lugar el descubrimiento del busto del insigne poeta Selgas.

El monumento se ha erigido en un precioso sitio; cerca de donde está instalado el teatro de verano:

A la hora del acto, aquellos alrededores se hallaban invadidos de público escogido que acudió a presenciar tan simpática fiesta.

Frente al monumento erigido se situaron, presidiendo, las siguientes distinguidas personas: Diputado a Cortes por Murcia y presidente de la Junta del Centenario don Emilio Diez de Revenga, Presidente de la Audiencia don Daniel Chulvi, M. I. señor don Mariano Sanz Barrera, que llevaba la representación del señor Obispo, académico de la Real Española don Manuel de Sandoval, coronel de Artillería don Francisco Sel-

gas y médico don Juan Selgas, sobrinos del llorado poeta, Ingeniero Jefe de Obras Públicas don Ricardo Egea, Director de la Escuela Normal de Maestros don José María Arnáez, canónigo Penitenciario don José María Rego y Machinea. Coronel del Sexto Pesado señor Alonso. y otros valiosos elementos y gran número de literatos y artistas.

El Ayuntamiento asiste bajo mazas,

En lugar preferente ocupaban una tribuna la distinguida señora doña Josefa Pellicer de Diez de Revenga, con la familia del glorioso murciano.

También en una artística tribuna colocada a la izquierda del sitio donde se levantó el Monumento, tomaron asiento los señores alcalde de Murcia, Gobernadores Civil y Militar, Senador señor Cierva, Diputado señor Llovera, Catedrático señor Font, Senador por la provincia señor Rodríguez Valdés y el Presidente del Círculo de Bellas Artes señor Ruiz-Funes y los poetas señores Sánchez Madrigal, Sierra y Ayuso, elementos todos que habían de tomar parte en el acto.

Pocos momentos después de las seis de la tarde, dió comienzo el solemne acto, ejecutando la banda de la Misericordia escogidas obras.

Seguidamente se hizo el descubrimiento del hermoso busto en bronce del poeta de las flores, obra genial de nuestro laureado escultor don José Planes.

El busto, magníficamente hecho, figura sobre un artístico pedestal de mármol blanco, en el que se lee la siguiente sencilla inscripeión: «Selgas-1822-1922».

El público, al descubrirse el monumento manifiesta su entusiasmo en una estruendosa salva de aplausos.

El Alcalde de Murcia

En primer término usa de la palabra el Alcalde de Murcia don Antonio Clemares, que es acogido con una salva de aplausos calurosa.

Empieza, en sentidas frases enalteciendo el solemne acto



Busto de bronce de D. José Selgas, erigido en el Parque de Ruiz Hidalgo,
original del escultor murciano José Planes

que se celebra en honor de uno de los más preclaros hijos de Murcia.

En patrióticas y elocuentes palabras, en nombre del Ayuntamiento hace entrega del monumento a la cultura de la ciudad, esperando que todos los ciudadanos reciban la efigie del poeta con el cariño que el insigne Selgas merece.

Termina felicitando a la población por el nuevo paso dado en el camino de su cultura y engrandecimiento. (Grandes aplausos).

Don Isidro de la Cierva

Al levantarse a hablar el Senador vitalicio señor Cierva, recibe una ovación cariñosa.

Expone que solo vá a pronunciar cuatro palabras, para unirse al brillante homenaje que se le rinde a nuestro excelso poeta.

Felicita efusivamente a los ilustres murcianos organizadores de las fiestas del Centenario, porque han realizado una labor digna del mayor encomio.

Dice que el busto inaugurado ha de servir de ejemplo de cómo se llega, por propios méritos; a las cumbres del saber y de la gloria.

Pide al Alcalde que alrededor del monumento al poeta se planten flores, muchas flores, desechando todo temor de que las corten, pues los pueblos, para educarse necesitan contar con elementos.

También aboga porque junto a Selgas y Frutos Baeza ahora, y Ricardo Gil y Balart después, se coloquen bibliotecas públicas donde el pueblo pueda leer y admirar a nuestros poetas, al igual de como se hace en Madrid y otras capitales.

De esta manera añade se conseguirá que en todos los corazones perdure el recuerdo de nuestras grandes figuras literarias.

Termina dando vivas a a y Murcia Selgas.

El señor Cierva recibió una ovación muy cariñosa.

Don Pedro Font

En nombre de la Universidad de Murcia, se adhiere el ilustre Catedrático de dicho centro don Pedro Font y Puig,

Comienza diciendo que en estos momentos es cuando se vive más intensamente la poesía de Selgas. Las obras de los grandes hombres son más grandes cuando encuentran quienes los aman sinceramente. La excelsa poesía de Selgas la hemos sentido estos días en toda su grandeza verdadera, la poesía callada, suave, la que no se dice y se siente en el alma.

El espíritu del sublime cantor de las flores ha vivido en todos los corazones, haciéndonos gozar de inefable manera.

Recuerda la manifestación de cariño y admiración de Murcia cuando el traslado de los restos de Selgas a la Catedral y dice que el homenaje mejor fué la lluvia de flores que las manos delicadas de las mujeres murcianas arrojaron al paso del féretro, cayendo esas flores como una lluvia de ritmos del cielo en honor al poeta.

Expone el orador que Murcia necesita enriquecerse con las cenizas de sus hombres gloriosos para alcanzar el triunfo del ideal de ciudadanía.

Termina el señor Font, su bellísimo discurso diciendo: Benditos sean los sarcófagos porque ellos son la mejor cátedra de ciudadanía. Yo en nombre de los Catedráticos, les saludo.

Una estruendosa salva de aplausos suena al final del discurso del señor Font.

Don Vicente Llovera

Al aparecer en la tribuna el diputado a Cortes por Yecla señor Llovera es saludado con grandes aplausos.

Empieza diciendo que en el busto de Selgas, ve la solidaridad de dos artistas murcianos: Selgas y Planes. Este como el poeta coloca el nombre de nuestra tierra en alto lugar con su gran talento

Tributa un caluroso elogio al señor Planes, autor del busto

de Selgas, de quien dice que ni un instante se olvida de la Murcia que ama grandemente. Nosotros correspondemos como Planes merece, a su amor por Murcia y por su clara inteligencia.

Pasa el señor Llovera a ocuparse de Selgas, haciendo de sus obras un brillante elogio.

Manifiesta que Murcia, como dijo Font acertadamente, ha vivido estos días la poesía de Selgas, bañándose de su exquisitez y sentimentalismo. Nuestro vate ilustre tuvo que buscar la gloria fuera de Murcia y nosotros debemos procurar que esto no ocurra más, dando a la ciudad los necesarios atractivos para que en ella puedan vivir sus artistas.

Ahora vais a oír al mago de la elocuencia, al ilustre Rodríguez Valdés y él os dirá de Selgas muchas y bellas cosas que os encantarán (Grandes aplausos).

Rodríguez Valdés

Al levantarse a hablar el Senador por la provincia señor Rodríguez Valdés se le tributa una calurosa ovación.

Dice el orador que accedió a la invitación de su querido amigo señor Díez de Revenga, para venir a este acto, más que nada por traer la representación de Lorca, en cuya ciudad Selgas vivió largos años, escribiendo allí parte de sus obras admirables.

Ensalza en bellísimos párrafos la alta personalidad de Selgas como prosista, esperando que no se tarde mucho tiempo en que los grandes críticos, estudiando sus obras y haciendo justicia, le coloquen entre los primeros de España.

Trata a Selgas en sus distintos aspectos literarios y afirma que a pesar de sus variados matices, Selgas aparece en todas sus obras con su fondo de delicadeza y de cristiandad.

Si hería, era para curar y toda su labor la inspiraba un sano impulso de amor a la rectitud y a lo noble.

Selgas fué dos veces poeta, por serlo y porque eligió para sus cantos lo más bello, lo más delicado y exquisito de la vida;

las flores. En brillantísimo y muy elocuente párrafo arrebatador, el orador, entona un canto a las flores que el poeta cantaba maravillosamente, poniendo en sus palabras ricos y luminosos conceptos que hacen estallar al público en una ovación clamorosa.

Habla de la poesía, del arte y dice que el alma cuando vive es al elevarse a los mundos del Arte y de modo preferente al cielo de la Poesía, cuya grandeza pinta prodigiosamente, siendo nuevamente interrumpido por entusiasta ovación.

En los mundos de la Poesía, dice, está la Justicia, la Verdad, y la Belleza y por eso lo más puro de nosotros, el alma, se remonta a ella olvidando los grandes dolores de la vida real.

Hace brillantísima historia de las grandes figuras del idealismo y termina con maravilloso párrafo enaltecendo la grandeza de Don Quijote, el loco, el divino romántico que palpita en el alma de todos los españoles.

Termina el señor Rodríguez Valdés con unas elocuentísimas frases de elogio a Selgas que no podemos oír porque ahogan las palabras una clamorosa ovación.

El general Ortega

El ilustre general gobernador militar de Murcia señor Ortega, cuyo fallecimiento, ocurrido meses después de la celebración de ésta fiesta, dejó hondo pesar en el pueblo de Murcia, fué saludado con una cariñosa salva de aplausos.

Comienza diciendo que tiene la opinión de que los elementos militares que guarnece las plazas deben considerarse como hijos de la población en que habitan porque con ella comparten todas sus alegrías y todas sus penas. Fundado en esta opinión y porque ama a Murcia y a sus artistas, es por lo que viene a tomar parte en este acto de cultura murciana.

Voy a hablar de poesía porque el ambiente, el caso, la presencia de tanta hermosa mujer y las flores que nos rodean, invitan precisamente a hablar de ello.

Selgas, era un poeta digno del grandioso homenaje que Murcia le ha rendido. Sus versos, retratan la bondad de su

corazón y su obra en general es un tratado de filosofía cristiana.

El orador alude a varias bellísimas composiciones de nuestro genial poeta, haciendo un muy caluroso elogio de las tituladas «La Modestia», «Lo que son las mariposas» y «Las alondras».

Dice que así como las alondras, por mañana y tarde, van hacia el cielo, nosotros para caminar por la vida, si queremos obrar bien, tenemos el deber de elevarnos hasta Dios en plegarias fervorosas de gratitud.

Termina diciendo que ha venido a poner en el busto de Selgas las lágrimas que de sus ojos arrancaron la lectura de sus maravillosas poesías.

El general Ortega recibe una entusiasta salva de aplausos.

El Gobernador civil

Expone que solo va a decir breves palabras, para unirse con todo el corazón al homenaje que se le rinde a una gloria de Murcia como Selgas.

Hoy, dice, en Madrid se celebra un homenaje a mi ilustre paisana doña Emilia Pardo Bazán. Es un homenaje que le rinde la capital de España a quien dió a esta verdadero prestigio.

Ello manifiesta que las grandes figuras no pertenecen solamente a la región en que nacieran, sino a la madre España. Por eso se le rinde honor en Madrid a la condesa de Pardo Bazán y por eso yo que me honro en estar con vosotros, en nombre propio y del Gobierno ofrezco aquí homenaje de sincera admiración a vuestro glorioso poeta.

(Muchos aplausos).

Don Mariano Ruiz-Funes

El cultísimo presidente del Círculo de Bellas Artes señor Ruiz-Funes, dice que siente una honda satisfacción al ver la

grandiosidad de las Fiesta del Centenario, cuyo éxito cabe por completo al iniciador del homenaje señor Díez de Revenga.

Expone que con lo que se hace por Selgas se eleva y agranda el alma de nuestro regionalismo.

Habla del regionalismo que nosotros debemos de tener y que es solo aquel que nos traiga bienestar al espíritu y engrandecimiento y gloria a nuestra tierra.

Hace constar que este homenaje a nuestros grandes valores literarios, que empezó por Frutos Baeza, y ha seguido con Selgas, continuará con el honor que merece, Ricardo Gil y Federico Balart.

Termina solicitando de las mujeres murcianas que ellas sean la dulce fuente de inspiración para que todos sigamos la senda luminosa del ideal.

El señor Ruiz-Funes es cariñosamente aplaudido.

Lectura de Poesías

Don Ricardo Sánchez Madrigal leyó la inspirada poesía:

ANTE EL BUSTO DE SELGAS

EN EL

PARQUE DE RUIZ HIDALGO

Gala del Parque y honor
lo hemos en bronce fundido
contra el tiempo destructor,
y contra ese roedor
más implacable: ¡el olvido!

De temer es que aun así,
nuestra previsión no baste
para que perdure aquí;
pues nada sólido ví
que su obra ruin no desgaste.

¡A bien que no es transitoria
la efigie, ungida de gloria,

que, para honor perenal,
funde en más duro metal
En sus crisoles la Historia!

Nombre que su pluma escribe;
o con sus buriles graba,
por alta virtud recibe
fama que nunca prescribe,
memoria que nunca acaba.

Dosel del poeta sea,
(pues solo al genio sombrea),
aquel sagrado laurel
que juzgo rica presea,
imposible para él.

Y bien será que en primores
de recamadas labores
(parecerá que él las mira),
como un festin de colores.
como un chal de Cachemira,
broten a sus pies las flores.

En multitud bulliciosa
jueguen con el aura inquieta,
la Dalia, el Galán, la Rosa,
y la pareja dichosa
del Clavel y la Violeta,
con su prole numerosa,

y cuantas el fastuoso
vergel del Segura cría,
que nadie, en terca porfía,
como amante o envidioso
logró contar todavía.

Orne y salve el pedestal
simbólica pasionaria
del triste vate genial,
de su fortuna contraria,
de su cristiano ideal;

que fuera grata visión
que una rosa de pasión,
cual si, al trepar; lo buscara,
encima se le posara
del hermoso corazón.

Así, en silencio halagüeño,
y bajo el palio sombrío
del laurel, será beleño
para su glorioso sueño
la dulce lira del río.

Tal vez a la luz dudosa
de melancólico ocaso,
pintada una mariposa
lléguese a la flor, medrosa,
miel a libar en su vaso;

como la que él vió dejar
allí sus manchas, sus galas,
y—misterio singular—
purificada quedar,
limpias y blancas las alas.

Y si al remontar el vuelo
roza su frente serena.
creeremos ver en su anhelo,
del poeta el alma buena
dejar la gloria terrena,
tras de la Gloria del Cielo.

Don Dionisio Sierra leyó la poesía:

A SELGAS, EN EL CENTENARIO

DE SU NACIMIENTO

Te concibió mi musa,
poeta de las flores,
como un cantar ungido
de gracia peregrina,

que, como mariposa
de mil vivos colores,
de las flores libabas
tu poesía divina.

Tus alas, revestidas
de cenizas de rosas,
y tu frente, bañada
de rocío suave...
Cantabas la alegría
del vivir. como un ave:
por eso te envidiaban
todas las mariposas.

Te concibió mi musa
también, como si fueras
un arpa multícorde
de mágica armonía.
que en notas misteriosas
y encantadas, digeras
las más bellas canciones
de bellez y poesía.

Tus versos conquistaron
el divino laurel,
porque hablaron en limpio
idioma castellano:
al dulce musiquero
del ritmo soberano,
me parecen tus versos
aureas gotas de miel.

Tuvo tu arte el dulce,
el e cantado aroma
de todo lo que nace
sobre suelo español;
fué tu palabra un himno
cautado a nuestro idioma,
y tuvo la grandeza
de una puesta de sol,

Melancólico vate
de exaltado lirismo
cantor de los humildes,
atildado prosista;
rimador exquisito,
formidable ironista,
defensor elocuente
de ideal romanticismo;
a tí, cantor insigne;
ante tu excelsa frente,
hecha de luz, de jaspe,
de esencia milagrosa,
mi musa, más que humilde,
devota y reverente,
a quien vivió entre flores,
hoy le ofrece una rosa.

Esta rosa ha bebido
el aura mañanera
de tu Murcia, poeta;
de esta tierra bendita
que en tan solemne día
gozosa resucita
celebrando éste triunfo
que trajo Primavera.

• • • • •
Así te vió mi musu;
tu frente coronada
con perfumadas flores
de esta aromosa vega;
de ésta vega bendita
que viene engalanada,
y a ofrecerte sus flores
hasta tus plantas llega.

Así te vió mi musa,
cuando en las soledades
del vivir estudioso
tus estrofas leía...

Y por eso, mi alma,
al leerte, tenía
un consuelo que ahogaba
todas las tempestades.

Y soñaba, y reía,
y rezaba contigo;
tus versos ¡cuantas horas
amargas me han quitado!
Tu libro de poesías
ha sido un buen amigo
que en ningunos momentos
del vivir me ha engañado,

Yo te debo, poeta,
mil placeres diversos,
mil ideas sublimes
empapadas de alburas.
A rezar me enseñaron
tus palabras más puras,
y a vivir la poesía
me enseñaron tus versos.

Poeta que supiste
hablar al corazón
cantando a la modestia
como regia virtud;
el último romántico
besa con devoción,
tu libro, que es la eterna
voz de la Juventud.

Don Mariano Ruiz-Funes leyó el romance panocho de los poetas don Enrique Soriano y don Francisco Frutos:

ESPERFOLLAMIENTO

DE AMBUNAS ASNÁS Y TAMIÉN DE COSAS
FINAS, QUE EL PERRÁNEO DE COBATI-
LLAS, BLAS MOMPEÁN FERISNEAS, TIÉ
EL BUSTO DE ENJARETAR PA DEVERTI-
MIENTO DE LOS CHURUBITOS QUE AQUI
M'HAN TRAÍO.
ALICIONAO POR PACO FRUTOS Y ENRI-
QUE SORIANO

Yo soy un probe panocho
c'han pillao en un bancal
tres u cuatro churubitos
mu tiesos de la zudiá
iciéndole: abora mesmo
vente, porque tiés c'hablar
en el Parque, remaniente
a una fiesta c'allí dan
pa levantalle una estáuta
a un poeta mu barbián,
que jué por el hilo témpore
un presnaje hista allá.

Y yo c'aunque un tío panocho
soy leío y argo más,
voy sin echalla é centífico,
a icir aquí cuatro asnás.

Caballeros: Causa arbullo
e ver como esta zudiá,
que dende hace muchos años.
vivía como embelesá,
se levanta del letargio,
y encomienza a caminar
por la rauta der progreso
que es ande, escondió está
tó er busilís der negocio
que hay en la custiún social.

Claro c'a mí me bustaban
aquellos tiempos d'atrás
en que la concencia humana
no estaba soliviantá,
por er meneno que abora
engüelve a la sociedadá
pero no soy un zopenco
pa dejar de comparar
con la inorancia de enantes,
er centifismo artual.

Abora por tuiquias partes.
a to er que olles resollar.
te echa un descurso florío
sobre cosas ya orvidás,
que son como la simiente
der busano, y a su igual,
comienzan a revivirse
por el calor que le dan
angunas presonas gordas,
mu ese y esparpajás
como son los deputaos
y otra gente prencipal,
que en moviendo estos fregaos,
a naide dejan en pás.

Son gente de gran prosapia
y de mucho capital,
que en ves de ir en *motofletas*
sortando jumo po atrás,
y armando un tronio de tiros
a pique de reventar:
o jubar a los prohibios
en salas mu alumbrás:
o char un rato ar caliche
o ir ca er tio Paco a pipar,
levantan estos tinglaos,
de estáutas y de velás,
hacen música y descursos,
perolatas, funeral!...

Desentlerran a los muertos

pa gorvellos a enterrar,
y en fin; un galimatias
que a toa Murcia tié arterá.

Güeno; Sergas merecía
tuiuio esto y bastante más,
porque era un tío mas grande
que la mesma Catedral.

Platicaba muchas veces
con él siendo yo zagal,
y hay que ver la eseneia influsia
que tenía armacená.

Era un tío de muchas inronía
y más listo que Briján,
muncho más sabio que Lepe,
y en la custión de trovar,
Antón Borja me decía
que ni el Vrigilio jné igual.

Yo lo queriba muchísimo;
y hoy, al venir yo aquí a hablar
platica por mi la Güerta,
con tuica su arma postrá,
porque ella cría las flores
que él tanto supo ensalzar,
y e'han prefumao a España
en sus libros apegás.

Y son las mesmas tamién
que tirabon a parvás
encima de su ferretro,
mujeres emocionás,
cuando pasaba er cortegio
con presonas enlutás,
er día que lo trujeron
en una peana dorá
a hombros de los escribientes
del perodismo local.

Poco vargo, y poco soy:
me llamo Blas Mompeán.
soy peráneo e Cobatillas

ende el año e la riá,
y al venir a hablar de Sergas
en esta solemniá
estoy más lleno d'arbullo
que la cardera der gas,
Y aquí arremato er descurso.
y voy pa el Esparragal,
porqne me esperan las crillas,
que están a medio regar;
si he dicho alguna blasfemia,
no hay más que desimular.

Don Leopoldo Ayuso leyó el soneto

AL CANTOR DE LAS FLORES

Dulce y luminoso cantor de las flores
que el nombre de Murcia cubriste de honor
al, dar al Parnaso ritmos y colores
con tu soberano númen triunfador.

Poeta exquisito, de inmortal memoria,
tierno, suave, alado como tu bondad,
escucha un momento a un vate sin gloria
que bebe en las fuentes de la idealidad;

Mi Murcia, la tuya, nuestra hermosa tierra,
que, para su orgullo, tus restos encierra,
te ha rendido el alma — toda admiración —;

Y yo vengo a darte los sueños mejores,
lcs besos más puros de todas las flores,
en la flor sagrada de mi corazón.

Don Andrés Bolarín leyó el soneto titulado

::: S E L G A S :::

Vida como una flor en Primavera
que al aura brinda aromas y colores,
así fueron sus plácidos amores
como el encanto de su vida era.

Pidió al ensueño, musa compañera
con que fortalecerse en los dolores,
y a Laura dedicó versos y flores
para que ritmo y céfiro les diera.

Alma fragante, floración abierta
que en el alba murciana se despierta
ofreciendo corolas primorosas.

cual un rosal de dotes peregrinas;
el rosal dá primero las espinas;
él no fué así; primero dió las rosas,



Don Leopoldo Alas leyó el soneto
AL CANTOR DE LAS FLORES
Dulce y luminoso amor de las flores
que el nombre de María capite de honor
al dar al Páramo ramos y colores
con la sobria y pura estrofa
Poeta exquisito, en el momento
tierno, suave, y en la bendada
escucha un momento a un vaso sin gloria
que bebe en las fuentes de la idealidad;
Mi Murcia, la cuna, nuestra hermosa tierra
que para su orgullo las flores encierra,
te ha rendido el alma toda admiración;
Y yo vengo a darte los años mejores
los besos más puros de todas las flores
en la flor sagrada de mi corazón.
Don Andrés Balleín leyó el soneto titulado
...: SEFGAR :...
Vida como una flor en Primavera
que al dar la vida ramos y colores
así fueron sus primeros amores
como el ensaño de su vida era.

APÉNDICE



En la mañana del domingo, y según acuerdo adoptado por la Junta Directiva del Círculo Católico de obreros de esta ciudad, se celebraron sufragios por el alma del poeta don José Selgas Carrasco, en el oratorio de dicha sociedad, asistiendo la mayoría de sus socios con sus respectivas familias y también los hijos y sobrinos del vate inmortal.

Antes de la comunión general, pronunció una elocuente plática el presbítero don Abelardo López de Astiz.

Con motivo del Centenario, los periódicos de la localidad, «El Liberal», «La Verdad», «El Tiempo», «Alma joven» y otros, publicaron extraordinarios en honor del inmortal cantor de las flores.

Las columnas de esos periódicos se avaloraron con firmas de distinguidas personalidades de la política, la ciencia, la literatura y demás artes.

En el extraordinario publicado por «La Verdad»; además

de algunos trabajos literarios de la fiesta regional, se publicaron fotografías (algunas de ellas figuran en el presente libro) de cuantos festejos se organizaron y de las personalidades que intervinieron en su esplendor.

La sociedad Centro Ferroviario, celebró una velada literaria.

Velada conmemorativa

Con motivo del primer Centenario del nacimiento del insigne poeta don José Selgas y Carrasco, y en ocasión del traslado de sus restos, celebróse en el Centro Ferroviario, la noche del 8 de Junio de 1922, una velada conmemorativa en la que tomaron parte los notables poetas murcianos, don Enrique Soriano y don Andrés Bolarín, el exquisito literato don Enrique Martí, el Diputado a Cortes, don Emilio Díez de Revenga y el Alcalde de Murcia, don Antonio Clemares.

El acto comenzó a las nueve y media. El salón y la embocadura del lindo teatrillo de dicho Centro se hallaban artísticamente engalanados con guirnaldas de laurel y macetas con plantas. En el escenario, en primer término, en un caballete, se mostraba un retrato del «cantor de las flores», rodeado por negros crespones.

En la presidencia ocuparon los asientos los señores antes citados, el Coronel de Caballería don José Selgas Ruiz y el Presidente y Vocales de la Directiva.

Dió apertura al acto el Presidente del Centro Ferroviario y excelente escritor, don Francisco Motilla con la lectura del siguiente trabajo:

«Señoras y señores: Mi palabra escrita vendrá a ser esta noche, como siempre, algo que no tiene interés. ¿Qué podré decir yo entre tantos señores respetables y de tantos méritos? Osadía fuera en mí el hablar, al no ser el designado para hacer los honores de la casa.»

Y como al fin he de decir algo, pediré de antemano, como en las comedias antiguas. Perdón por las muchas faltas.

La velada de esta noche se celebra, como todos sabemos, en honor del insigne poeta don José Selgas y Carrasco.

Gracias a unos cuantos hombres que sienten cariño por su patria chica, y especialmente por don Emilio Diez de Revenga, puede guardar nuestra tierra, los restos de aquel sutil poeta, de aquel ingenioso autor de «Hojas sueltas».

Al honrar Murcia en estos días a uno de sus hijos ilustres, se honra ella también y demuestra con semejantes actos de simpatía y cariño, que no es ya la Murcia vieja, tristonera y aburrida de años ha.

Equivocadamente se dice siempre de las ciudades tristes, que en ellas se encuentra el solaz que necesita nuestro espíritu.

Habreis notado que cuando no hay juventud en los hombres ni alegría en sus corazones, sino amarguras y tristezas, se les llama juiciosos y formales. Lo mismo sucede con los pueblos.

De Murcia ya no se puede hablar así.

Su tristeza ha desaparecido y comienza a sonreír; no con sonrisa irónica y escéptica, sino llena de esperanza.

Si penas tuvo, fué porque recibió ingratitudes.

Hoy que sus hijos van comprendiendo que Dios no exceptuó a nadie cuando dijo: «Amados los unos a los otros», sonríe satisfecha.

Hace muy pocos días, cuando trasladaron los restos del insigne poeta a la Catedral, ¡cómo se unieron todos los murcianos y qué respetuosos marchaban todos!

Al paso del cortejo. ¡con qué cariño las manos femeninas arrojaban flores sobre el féretro!

¡Todos los murcianos juntos para honrar a un murciano!

¡Quiera Dios que esta unión sea eterna y que apartando miserias, laboremos para honrar a Murcia que será honrar-nos nosotros mismos!»

A continuación don Enrique Mratí hizo un bello panegí-

rico del noble esfuerzo llevado a cabo por don Emilio Díez de Revenga para que los restos del glorioso poeta murciano retornasen a su patria chica.

Refirióse a la época en que siendo el señor Díez de Revenga Alcalde de Murcia, — en el año 1909. — se recopilaron en un libro las poesías no coleccionadas e inéditas de otro gran poeta a quien debemos siempre recordar con orgullo; Ricardo Gil, y esta obra de cariñoso tributo, ese homenaje oficial fué movido por el mismo corazón generoso que ha dado aliento a este homenaje de hoy; a don Emilio Díez de Revenga hay que agradecer, — dijo, — que se restituyan las prestigiosas memorias de nuestros artistas en el acervo popular, y se les haga la justicia que merecieron por su genio y por su alta alcurnia en las ideas.

Hizo resaltar la vida laboriosa del señor Díez de Revenga, siempre dedicado al estudio, conocedor del verdadero carácter de la vida por lo que encuentran acogida en su espíritu y en su voluntad todos los que solicitaron de su favor y de su ayuda, jamás sintiendo las miserables exigencias políticas sino en otro grado de comprensión mayor que le guió hasta las empresas del arte y esencialmente por las que a Murcia afectan, para que siquiera podamos sentirnos confortados por el recuerdo de haber cumplido con los artistas que nos honraron, honrando también sus memorias.

Seguidamente el delicado poeta don Andrés Bolarín, evocando el aspecto del cementerio donde descansaron los restos de Selgas hasta su traslado a Murcia, leyó el bello trabajo que sigue:

UNA VISITA AL CEMENTERIO DE SAN JOSÉ Y SAN LORENZO

«Ha sido hace poco, en el mes de Abril. Queríamos, antes de que se verificase la exhumación de los restos de Selgas, visitar el patio de las Animas, del cual se ha dicho que es «el más triste de aquel cementerio», y buscar el nicho a donde fué llevado el cuerpo del poeta en una huracanada tarde del mes de Febrero del año 1882.

La tarde de nuestro recuerdo era serena y tibia. Cuando llegamos a la plazoleta en cuyo fondo se alza la puerta grande y herrumbrosa del Cementerio de San José y San Lorenzo, el sol casi perdido, dejaba estelas de encendidos celajes en los límites del horizonte. Cruzamos apresurados la primera calle de sáuces, cipreses y tumbas, deseosos de llegar al fin de nuestra piadosa visita antes que la luz de la tarde se extinguiese.

Ya en el patio del Santo-Cristo, al que se llega por medio de unos cuantos escalones bajo un arco abierto en el muro, buscamos a la derecha la entrada al patio de las Animas y penetramos en el recinto donde los restos mortales del poeta han descansado durante cuarenta años.

Cerca de la puerta, dos cipreses de poca elevación, raquíuticos, entrelazan los verdores desfallecientes de sus ramas. Las tapias son de mediana altura, suficiente para cinco galerías de nichos. El patio es amplio, en forma de cuadrilátero, y la luz entra profusamente por el espacio descubierto: hasta en las galerías, cuyas techumbres sostienen en sus costados y centros finas columnas de piedra, hay claridad y habrá sol a horas propicias del día.

El patio de las Animas no es triste; visto al atardecer, en la estación primaveral, a la luz perlada de una hora amable que pone valoraciones suaves en los mármoles y en los verdores de que están adornados, ese patio donde ha reposado el cadáver de Selgas es apacible y melancólico: no tiene la tristeza de otras Sacramentales. bajo bóvedas umbrías y empolvadas techumbres.

Nos dimos a buscar el número 307, y recorrimos, inquirendo la numeración de los nichos, parte de la tapia del fondo, hasta llegar a la mitad de la del costado derecho. Allí, ante nuestros ojos, estaba la lápida negra donde se leía en letras doradas, desvaidas por el tiempo: «Aquí yace don José Selgas y Carrasco. Nació en Murcia el 27 de Noviembre de 1822, Falleció en Madrid el 5 de Febrero de 1882. R. I. P.» Delante del mármol, ante el cristal que lo resguardaba, unos tallos y

hojas secas acusaban que una mano puso allí flores en ofrenda de cariño o recuerdo.

El nicho 307 se abre entre dos tumbas que ocupan los restos de dos mujeres. Las leyendas de las lápidas acusan sus nombres. Una fué doña Flora, la otra doña María. Entre ellas ha reposado el cuerpo del poeta. Más abajo, hay un lastimoso desorden: unos cristales aparecen desprendidos de sus marcos de madera, otros, destrozados y sucios: y en algunos nichos, dentro de la hornacina, ante la lápida se ven figuritas de barro y pasta representando imágenes de Santos y del Redentor. Todo acusa la devastación del tiempo y del olvido. No llegan allí las manos que cuiden tales recuerdos, ni aparecen rastros de flores. Los muertos de aquellas viejas galerías no tienen familiares que cuiden de sus lápidas. Ya pertenecen a la muerte definitiva.

El luminoso esplendor de la tarde, derramaba sobre los mármoles del patio una luz pálida y prestaba al conjunto la tonalidad suave de un ensueño. El cielo, azul profundo, sin un girón de nubes, completaba el aspecto dulce y asonantado de todos los colores y cosas. Sobre las tumbas, el verdor de plantas robustas y cuajadas de hojas, acogía bajo sus sombras las inscripciones que dictó el amor y el desconsuelo. Frente al nicho donde reposaban los restos de Selgas, un rosal gigantesco, sobre armazones de hierro, ornamenta la blancura de un mármol. Los botones de sus rosas anunciaban una próxima floración.

Ante el nicho, al amparo de la galería, el amigo que nos acompañaba, Jacobo M. Marín-Baldo, prestigioso poeta, recordó a media voz los versos de «Ultra», muy apropiados en tal lugar y en tal hora: con nosotros iba también una señorita murciana, futura gloria del arte escénico, que derramó silenciosas lágrimas por el poeta muerto...

Y abandonamos el fúnebre recinto, esperando que pronto los restos del cantor murciano saldrían de allí para ser honrados en su tierra.

Hace unos días, la exhumación de los restos ha tenido lugar y han sido restituidos a Murcia.

En el patio de las Animas ha quedado vacío el nicho que guardó durante tanto tiempo el cuerpo del ilustre poeta muerto. Mediante esa pérdida, el lugar a donde nos llevó una piadosa visita de admiración y cariño, se ha unido a la vulgaridad anónima de los demás patios. Bajo el cobertizo de las galerías al resonar las herramientas que buscaron el féretro, un adiós lastimoso, como una despedida espiritual de aquellos muertos olvidados hacia el compañero que aún tiene afectos y recuerdos que vuelvan por él, habrá flotado escalofriante, sin que nadie le escuche.»

Después, continuó el poeta señor Bolarín, relatando algunas anécdotas de la vida del insigne escritor, principalmente las relacionadas con su primer viaje a la Corte, dando lectura a las poesías de Selgas que más unánimes elogios han merecido,

El inspirado poeta don Enrique Soriano leyó magistralmente la composición que a continuación se reproduce:

SELGAS

Selgas era propenso a la ironía.

Sus líricas canciones

que con un fino aroma de poesía

bañan los corazones,

con un signo evidente

del espíritu prócer del poeta;

pero la fina sátira valiente

con que a los necios reta,

manifiesta, de modo más seguro,

de manera mejor,

que tras la frase y el concepto duro,

hay la gracia de un alma superior.

La pluma que idealiza

la realidad con vividos colores

como una espada luego se desliza;

y su prosa castiza
es como un haz de aëros punzadores.

¡Oh de Selgas la nítida poesía,
clara fuente de cándida emoción!
¡Oh, también la sarcástica ironía
que hiere rectamente el corazón!...
¡Oh, poeta, unas veces exquisito,
y otras veces audaz, bizarro y fuerte:
que ora elevas el alma a lo infinito
ora, lanzando un indignado grito,
desafías la muerte!...

Vuelve a nosotros, alma generosa;
torna, espíritu inquieto...
Suene tu estrofa que dulzor rebosa;
suene también el reto
contra el poder de la injusticia odiosa.

Tu alma era rosa fina y olorosa...
En su corola, mieles del Himeto...
Las espinas en torno de la rosa...
el soneto, un rosal.

La flor reposa
en las catorce espinas del soneto.

Don Emilio Díez de Revenga en breves frases dió las gracias por los elogios que se le hacían y muy especialmente por los que le había dedicado ese virtuoso de la música y de las letras que se llama Enrique Martí.

Con gran modestia trató de quitar importancia a sus gestiones, considerándolas obligadas por ser murciano, y por entender que nada digno de mérito se hace restituyendo a la patria chica lo que por derecho le pertenece, y exaltando a los demás para que prestasen la colaboración necesaria a una obra que era de todos, por ser obra de amor y de justicia.

Voy a dar lectura, dijo,—a unas cuartillas que fueron escritas y publicadas mucho antes de que por nuestras calles pasaran los restos del poeta, pensando en la realidad de ese acto

simpático que acaba de verse en Murcia y con el entusiasmo puesto en este día venturoso y feliz.

Y dió lectura al artículo que sigue, epílogo de su libro «Selgas poeta, novelista, satírico», editado en el año 1915:

UN SUEÑO

«¡Oh Murcia, madre nuestra! Si quieres manifestarte ante todos tan noble y hermosa como eres; si quieres resurgir poderosa a la vida regional que integra la historia del glorioso solar español, has de empezar por amasar tu bendita tierra con el recuerdo y las cenizas de tus grandes hombres y construir sobre su indestructible cimiento de roca el soberbio monumento de tu engrandecimiento futuro. Has de sentir en tu alma los sagrados exclusivismos del cariño materno; has de acoger a los extraños bajo el manto de tu justicia, pero has de guardar para tus hijos la riquísima sangre de tus pechos.

Una de las restituciones de nuestros afectos la debemos a Selgas que duerme el sueño eterno en un Cementerio de la Corte donde las ortigas del olvido suplantán quizá la guardia que nuestras flores rindieron a su incomparable cantor.

Y yo he soñado que nosotros los murcianos, realizábamos generosa y patrióticamente la restitución.

Ved mi sueño.

* * *

Era una tarde de Primavera.

Los restos de Selgas encerrados en una sencilla caja de oloroso ciprés de nuestros huertos, habían llegado a Murcia y recibían los homenajes de la piedad y de la veneración de nuestro pueblo.

Al atardecer la comitiva se puso en marcha.

El país de las flores estaba triste.

En su cielo, casi siempre sereno, formaban las aplomadas^s nubes fúnebre doseí. Sobre la verde grama tejían los pensa-

mientos una alfombra de terciopelo; las acacias deshojaban sobre la caja sus blancas flores; la pasionaria doblaba su tallo y el girasol miraba con fijeza queriendo avivar y recoger en las cenizas del poeta, los rayos de su inspiración; las rosas, inclinando sus hojas pálidas y estrechando con sus tallos a los tiernos capullos les hacían balbucir las oraciones del amor; las cañas y los juncos se inclinaban, y los azahares y los alelies, los jazmines y las hortensias, las dalias y las magnolias, todo el pueblo de las flores, formaban en el cortejo, místias de dolor.

La tierra se abrió amorosa para recibir el sagrado depósito; una legión de siemprevivas se precipitó en la tumba y el mirto y el arrayán el ciprés y el sauce, se constituyeron en guardia. Los truenos hicieron una salva de honor en el espacio y las nubes se alejaron llorando...

Avanzó la noche, callaron los pájaros, gimieron las fuentes y las aves nocturnas velaron el sepulcro envueltas en sus alas enlutadas.

El galán de noche, que cantó el poeta, exhaló entonces sus aromas y a la luz melancólica de la luna, que iluminó su frente, vió

A una flor hermosa
No tanto como Circe,
Casta como las flores
Y como casta, humilde,

que con la punta de su tallo, con sangre de de sus hojas, estaba escribiendo sobre el sepulcro del poeta, su tierna poesía «No me olvides».

.....
Pero llegó el momento de despertar la aurora del nuevo día.

El país de las flores estaba ya alegre.

Al impulso de la brisa precursora del alba, los naranjos ofrecían a las palmeras sus estrellas blancas; trepaban los jazmines y las enredaderas para mirar desde lo alto; los tulipanes

chocaban sus copas llenas de rocío; las rosas se mecían en sus tallos como doncellas que se columpián en un jardín; las mariposas se revestían con sus más preciadas gasas multicolores; las campesinas amapolas sacudían sus faldas rojas y las margaritas retocaban sus blancos y planchados cuellos de batista.

En el momento de dibujarse en el horizonte el disco soberano del sol, un clamoreo universal de voces sin palabras atronó el espacio, acompañado del áureo repiqueteo de los maripillos de las azucenas sobre sus cálices de nacar; la tumba del poeta era un vergel donde las flores, los pájaros, las mariposas y los céfiros, se entretejían y se besaban; las alondras y los gilgueros lanzaban los versos de Selgas como himnos de esta región y los geniecillos campestres los esculpían, para memoria perpétua, en los árboles y en las rocas. Y alzándose pomposo

«Blandió el laurel sus tallos con arrogante brío»

y dejando caer sus hojas, marcó sobre el sepulcro del poeta la magnífica corona de la inmortalidad.»

Cerró el acto el Alcalde señor Clemares, con frases de aliento para los obreros que demostraban, como los que asistían aquella noche, no descuidar las funciones espirituales son necesarias para la vida como las corporales.

Hablando de los poetas y de sus influencias en el adelanto de los pueblos, evidenció lo necesario que son estos obreros intelectuales porque dirigen y encauzan con fáciles medios las energías y los entusiasmos colectivos.

Hizo un brillante elogio de Murcia, abierta a los aires del progreso y de la cultura, renovando las memorias de sus hijos ilustres y depositando flores sobre sus restos, emocionante nota de belleza que descubre el generoso arrebató de las almas.

Dió las gracias a todos por el desinteresado concurso que prestaban en aquel acto, sumándose a los homenajes que se llevaban a efecto para enaltecer el recuerdo de un glorioso

poeta que amó a Murcia como a la musa de sus ensueños y una vez lejos de ella, no la olvidó jamás.

La concurrencia que llenaba la sala tributó sus aplausos a todos los que tomaron parte en tan simpática velada, siendo ésta una delicadísima ofrenda que se unió a las que entonces tuvieron lugar, distinguiéndose por el sincero impulso de sus organizadores que aunque la hiciera presumir de modesta no por eso fué menos valiosa.



ENVIO

A las Excmas. Corporaciones Municipal y Provincial de Murcia: a los pueblos hermanos de Cartagena y Lorca; a los Círculos y Entidades oficiales y privadas: al Muy Ilustre Cabildo Catedral, que dió sagrado acogimiento a las cenizas del escritor y moralista ilustre: a la Universidad literaria regional representante de los centros docentes y pedagógicos: al Seminario fulgentino, de tradición preclara: a los Poetas, Escritores y artistas todos que condujeron amorosamente sobre sus hombros, en nobilísima porfía, los restos del cantor de las flores, hasta la madre tierra: a los Parlamentarios de Murcia y su provincia: A las mujeres murcianas que enaltecieron con los dones soberanos de su inteligencia y su belleza los actos del Centenario: a la Prensa, siempre fomentadora del engrandecimiento de la Patria chica: A los Poetas de otras tierras que honraron el homenaje con el rico presente de sus maravillosas poesías. Al Reverendísimo Prelado Diocesano, al Muy Ilustre Dean que magistralmente, con acentos elocuentísimos de piedad y de poesía, pronunciara la Oración fúnebre: A la Real Academia Española de la Lengua, y a su representante en el Centenario don Manuel de Sandoval, altísimo poeta, literato insigne: Al Círculo de Bellas Artes, al Centro Ferroviario: al Círculo Católico de Obreros, al Conservatorio, al Casino... A las bellísimas señoritas que representaron a las Regiones, incomparables intérpretes, llenas de gracia, de los versos y canciones. A las beneméritas y lindísimas alumnas del Conservatorio que cantaron el Himno a Murcia y los Cuadros murcianos. A la insigne actriz María Guerrero, gloria de la escena española y a su hijo Fernando, continuador de la excelsa escuela de Arte del matrimonio Mendoza-Guerrero. A los excelentes declamadores

don José Selgas Ruiz y don Angel Guirao Girada: A don Dionisio Sierra, defecundísima labor organizadora: A don Ricardo Sánchez Madrigal, el venerable y glorioso vate. A don Pedro Jara Carrillo, eminente poeta que trazó el plan de la Fiesta literaria. A don Mariano Ruiz Funcs, ilustre, inteligente y elocuentísimo propulsor. A don Emilio Ramirez. de inimitable acierto al componer la parte musical del homenaje de las Regiones y que con su inspiración y su talento ha hecho revivir el ideario de nuestra Música murciana. A los nombrados y a los omitidos por no hacer interminable la alusión.

Al nobilísimo pueblo de Murcia que, con roverencia ejemplar, asistió a los actos de glorificación de su Poeta. A todos los que los honraron con su entusiasmo y su cooperación, la Comisión ejecutiva envía desde las páginas de El Libro del Centenario la expresión de cordial y efusiva GRATITUD.



El Centenario a Selgas

A don Emilio Díez de Revenga, por quien
ha de realizarse el homenaje al insigne poeta.

I.-La realidad de un sueño

Hace siete años que el ilustre publicista don Emilio Díez de Revenga dió a la estampa un estudio sobre Selgas, considerándolo en sus diversos aspectos: poeta, satírico, novelista y escritor de comedias. Ese libro contribuyó a enriquecer las noticias que de la vida del gran poeta han llegado a nosotros, iniciadas por el deseo de Pedro Antonio de Alarcón, el cual, al aportar los datos biográficos del llorado compañero y amigo se proponía «que el día de mañana llenen aquel vacío que, por lo tocante a la vida de los autores, suele quedar en la historia de Literatura».

Este deseo, en cuestión anecdótica, parece reflejar en las páginas del mencionado estudio, aparte su encantadora sencillez y el primoroso tino de sus apreciaciones; y además, en tal obra, llena de respeto y veneración hacia la figura del ilustre poeta, hay un nobilísimo afecto comunicado por la más preciosa de las satisfacciones, por los orgullos más legítimos; los que inspira el abolengo familiar. Acerca de un estado semejante, el mismo Selgas enjuicia de la siguiente manera: «Donde quiera que se rinda el debido homenaje a la virtud, al valor y al talento, habrá familias ilustres. Siempre que el hombre cuenta en el catálogo de sus antecesores la gloria de un santo, de un héroe o de un genio reclamará el honor de la descendencia y

quedará establecida en el sentimiento público la jerarquía de su sangre.

Más aquel libro no acababa en el elogio hacia el cantor murciano que con las galas de su ingenio hizo hablar a las flores y personificó en ellas las virtudes más excelentes. Había algo más, que al cabo del tiempo transcurrido va a realizarse al fin. Aquello que el autor llamaba un sueño, no siendo más que un vehemente deseo de rehabilitar, con el traslado de los restos del poeta, su olvidada memoria ha de simplificarse ahora, en un día todavía primaveral, sin el romántico teatralismo de lo soñado, pero en cambio con la efusión y el cariño de la más bella realidad.

Por eso, el libro de Díez de Revenga merece hoy el comentario de la actualidad, estando cercana la fecha en que ese sueño noble y venturoso se ha de corroborar con la elocuencia de los hechos, como si en vez de un sueño tuviera carácter de profecía.

La comisión a cuyo cuidado fué encomendada la árdua empresa de tramitar y preparar cuantos requisitos y detalles se necesitasen para el fin expresado, y manifestar con tal motivo un homenaje de amor y recuerdo al que ha de unirse la opinión pública, (sin cuyo concurso no sería digno ni grandioso), está a punto de dar cima a su cometido y es muy posible que por la excepción de un murciano tan preclaro o por la comunicación constante de algún espíritu de voluntad, carácter y tesón no haya seguido la trayectoria común en semejantes casos y de cuya generalidad hizo Selgas un comentario lleno de gracejo y desenfado, descontando por muerta toda empresa que a comisiones gestoras se encomendase.

Ya ha pasado el peligro de que tan buena causa formara parte de otras que empezaron con no poco entusiasmo y todavía duermen en ese paréntesis de la negligencia que, sin abandonar definitivamente un proyecto, se madura y estudia para una época que suele no llegar jamás. Es el temido glosario de la frase característica. «Ya me ocuparé de eso». Y en esta transición de muerte permanecen el monumento al Cardenal

Belluga, la estatua a Ricardo Gil, el museo de Salzillo y tantos otros.

Mas la hora parece inminente. Ya está emplazado en el Parque de Ruiz-Hidalgo el pedestal que ha de sostener el busto de Selgas, y no hace mucho el busto de otro poeta regional; también notabilísimo, hallaba grato refugio en dicho pintoresco retiro, aunque de una manera provisional y modesta. Murcia comienza a reparar sus faltas.

En el libro de que hemos hablado, hay una dedicatoria muy expresiva. Al frente de sus páginas, Díez de Revenga, teniendo en cuenta las ingratitudes de todos, dedica su obra «A la memoria de los murcianos ilustres beneméritos de las letras regionales...» es decir, de aquellos que más se debieron distinguir en nuestros entusiasmos, de los que ocuparon su vida en resaltar con su ingenio el carácter de nuestra región y dieron a conocer sus costumbres formando la personalidad literaria del pueblo, aquellos que nacieron bajo este cielo y se consagraron espiritualmente a la tierra amada o la llevaron en el alma como el más sagrado y deleitable recuerdo, «que tienen, por nuestro abandono...» por esta ambigua dejadez y esa indiferencia glacial nacida del ambiente, «fríos y olvidados sus sepulcros».

¡ Sí: fríos y olvidados. Unos murieron aquí, otros lejos y todos, igualmente, sufrieron el abandono y el olvido que entibió sus nombres y esfumó sus recuerdos. Borrosamente han pasado los días sin estremecerse el alma colectiva ante sus recuerdos gloriosos, sin ambición de promulgar en actos ostensibles el orgullo del solar, fecundo en ingenio como fértil en flores, y esculpir en el mármol como un camino de inmortalidad, el magnífico símbolo de sus hombres ilustres, y en letras de oro, como fulgentes nimbos, la leyenda de sus nombres y el prestigio de sus talentos y sus virtudes.

Fríos y olvidados están sus sepulcros. Uno de ellos, el de Selgas, aguarda por espacio de cuarenta años la mano hospitalaria que restituya los restos del poeta murciano al vergel de su suelo nativo. Esa hora se acerca. El alto espíritu de un hombre de letras acogió ese motivo de hondo sentimiento re-

memorador y hará que la mano materna vaya en busca de esos restos queridos. Y en ese momento solemne en que el amor de Murcia, su seno acogedor, su leyenda fragante, lleguese al nicho que guarda los despojos terrenos de uno de sus hombres preciados, la ventura de una misión cumplida hará latir, presurosos y contentos, los corazones.

II.-«Bellos los años son, bella es la vida...»

Así comienza el poeta, con optimismo y confianza, la serie primera de sus composiciones. No menos esperanzado podía ser el principio de un libro en donde se establece la comunicación constante del alma con toda la flora primaveral unida al símbolo de los más depurados amores.

La vida es bella; los sueños, escalas prodigiosas; la naturaleza, color, armonía y fecundidad; las flores; amantes que se mustian de melancolía; las estrofas, imperceptible vuelo espiritual, como el de la plegaria. De aquí el compendio del alma del que todo lo ha visto sublimizado por el contento de su juventud. Quien observa de tan sutil manera el misterio de los huertos, los gorgoteos de las fuentes y el espectáculo del amanecer, es un poeta, naturalmente poeta y poeta de naturalidad no aprendida que extasia sus recreos en el minúsculo detalle del mundo sensitivo, lejos de la monotonía ciudadana, rodeado el corazón con la paz de la vega en la saturación de los perfumes del mes de Abril y las flores de Mayo.

Así habría de tener preparación y ambiente, antes de trazar las páginas de «La Primavera», hermanando con las flores las fábulas más peregrinas. Leyendo los versos de suave dulzor y ameno relato en que se describen las bodas de un clavel, los desmayos enamorados de la hortensia, el romanticismo del galán de noche que se parece por la luna, tales motivos, al parecer sin trascendencia, pasan con fugitivo aleteo sobre las penas de cada día y las incertidumbres que esclavizan la atención y la voluntad. En su calidad de sucesos objetivos no llegan a

ganarse la inmediata atención superficial, porque la poesía de Selgas, cuando traduce el lenguaje de las flores y la voz de los misteriosos coloquios de la brisa, ha de buscar elegidos contactos para que se comprenda: que, como la felicidad, más placentera se muestra cuando ha pasado y su recuerdo flota en los despiertos ensueños, que cuando se desliza entre «las cosas de todos los días» contagiándose de tristeza y vulgaridad.

En la contemplación de la naturaleza engalanada con los atavíos primaverales el recuerdo de ese breviario sentimental llega tenuemente, comunicando a las flores, a las fuentes y al céfiro las prestigiosas leyendas que inventó una fantasía desbordante. ¡Amables leyendas infantiles en donde todo se hace ingenuo, bello y sensible!

Esta es la manera original de Selgas que más se destaca su personalidad como poeta y que no recuerda ni escuela ni precedentes; más cuando el cantor de Laura confidencia sus amores, penas y desengaños, el caudal amoroso que repartió en las diversas historias se unifica humanamente, hablando al sentimiento general. De esto son una prueba las últimas páginas de «La Primavera» («Serenata» y los versos «A Laura»), como la mayoría de las composiciones de «El Estío» que después han de sucederse en «Flores y espinas».

Y es de notar que el corazón nostálgico, hasta entonces solo perceptible a los rumores del aura y a los giros volubles de las mariposas, llénase de amargura; comienza a vivir y a enterarse de los desvíos que tiene el mundo, tardando poco en comprender que una primavera sucede a otra emultándola con verdores nuevos, alegría y fragancia,

«pero del alma la ilusión perdida,
germen oculto de la dicha humana,
ni vuelve nunca, ni jamás se olvida».

Entonces, cuando la pasión se hermana con las aspiraciones y sentimientos genéricos, sus versos llegan hasta el público y adquieren algunas estrofas ese valor estereotipado que poseen las obras llevadas y traídas anónimamente por el elemento

mas popular. Así lo justifica la siguiente seguidilla que ha corrido en la fama como cosa de propio sentimiento:

«Balcones y ventanas
mi madre eierra,
que mi madre no quiere
que yo te vea;
y es que no sabe
que en el fondo del alma
llevo tu imagen».

Se ha dicho de Selgas que era un escogido, un reconcentrado, y de tal selección jamás gusto el gran público. Amor fué el suyo sin fuegos apasionados, que abría el arco iris de su esperanza sobre tempestades de llanto: y bajo el nombre prestigioso de Laura fué esculpiendo, como un pedestal de triunfo verso tras verso, impregnados del aroma simbólico de las flores, definiendo de esta manera el hechizo de la mujer, así como antes, para personificar el estado de cada flor, les había atribuido sensibilidades femeninas.

La vida, que calificó de bella cuando en las alboradas prodigiosas consumió horas ideales ensimismado ante los misterios de ese vasto pentágono de la naturaleza donde cada acorde no se repite y escritas aparecen sus notas a ras de tierra, para que al verlas se alce al infinito el espíritu si acaso no lo hiciese la mirada; la vida misma en la cual son bellos los años porque el sentimiento permanece inalterable. en paz de égloga, comprendiendo el amor en las puras manifestaciones de las rosas y las madreselvas, se ha de tornar después en desengaños, cuando sepa el que embelleció hasta la fábula de la adelfa, que en los tallos nacen espinas punzadoras, que bajo las claras linfas del agua de las fuentes, hay légamos verdosos y fétidos, que el rocío demasiado abundante suele llevar la muerte de las plantas en sus diamantes multicolores. que las flores se visten terciopelos, rasos y sedas maravillosas y alimentan sus pétalos, tersos y coloreados, merced a las podredumbres de la tierra.

Lo que más distingue a este poeta en el criterio experimen-

tal del dolor es que no se entrega ni a la duda ni a la desesperanza. Conoce el mal, lamenta su infortunio y sobrelleva la adversidad con el noble mohín de quien ha descubierto la finalidad de su propio engaño. Se entera, sin sorpresa, de que el fuego de los placeres, donde parece hervir la vida, solo era «sombra y vapor»; acoge con resignado comentario las desilusiones, y padeciendo, ama y sueña, firme y sereno, prestando su herida abierta al bálsamo de la eterna ilusión.

Así transcurren sus páginas poéticas donde el amor humano se intensifica en la desgracia, y el lector conforta tranquilamente el ánimo en un apasionado aliciente, siendo el dolor su compañero inseparable y la dulzura, lenitivo piadoso. Allí está el alma del hombre que no supo odiar ni maldecir y en cuyas estrofas se aspira la ansiedad de fortaleza que caracteriza a los convalecientes. Aquel que creó en el espectáculo de la primavera el preciosismo de que las mariposas son las almas de las flores que han muerto, no pudo dejar, a su muerte, estelas sombrías tras de su memoria.

III.-La novela y el temperamento

Si la novela, como el teatro, se apartan en afinidad de los demás sectores artísticos, es, ante todo, por la carencia de temperamento personal. De otra manera: ambos géneros son pasajes de la vida, y en ellos ha de tomar parte la natural expansión sin las trabas de opinión de quien la dirige, dejando libremente que los caracteres se acusen por sus propios rasgos y circunstancias, mientras el ambiente se forma por medio de la observación imparcial.

La novela abarca este punto en sus expresiones más ilimitadas y aun cuando modernas prácticas han introducido la innovación de que los autores se asomen, como por entre cortinas, y digan al público opiniones y conjeturas sobre la farsa, en tanto más depurada esté la novela de intromisiones personales del autor, — y hay quien las prodiga en cada capítulo —,

con más sobriedad se entroniza su relato en el lugar preeminente que le corresponde, haciendo participar al lector de las alegrías o reveses de los personajes, permitiéndole libertad absoluta para sentir el interés de las situaciones. Quizá la novela mejor, la más certera para adueñarse de los corazones, sea la que insinúa de tal manera y con tan delicado arte, que el ánimo completa lo que no se ha puesto en las líneas. También al lector hay que dejarle que sueñe.

El temperamento ejerce su acción reflejando la inclinación del autor al través de las urdimbres de la fábula. Pocas novelas escaparon a esta debilidad de quien las escribe, que no puede perder ocasión para hacer el comentario, la apostilla, el lirismo.

Así como el temperamento personal, entendiéndolo por personal la petulancia de los autores, contando extravagancias en el alarde de una exhibición fastuosa, desmerece el rasgo de los personajes y hasta desvirtúa el diálogo por no deslizarlo como merece, (respecto a la psicología y al carácter), el temperamento reflejo, o sea el que se ajusta a la exaltación de las escenas, ofrece motivos encantadores para sorprender los tesoros apasionados del alma del autor.

Selgas, además de genial, era un temperamento vigoroso, activo, que sellaba con sus distinciones cuanto tocaba. Una demostración fué «El Padre Cobos», periódico satírico en el que lo más ingenioso y cruel de sus *indirectas* acusaban la personalidad del poeta, absorbiendo la labor de los demás redactores: hoy todavía podrán reconocerse claramente los rasgos de su temperamento leyendo aquellos artículos anónimos donde se transparentaba Selgas tanto por el ingenio como por el estilo.

En cambio, en la estructura de sus novelas, no puede decirse que todas parecen de una misma mano: están desarrolladas de diversas maneras. «Una madre», es un poema delicadísimo, lleno de ternura; «Deuda del corazón» y «El Ángel de la Guardia» dos relatos sucesivos en donde se desarrollan, bajo la influencia muy marcada de la época, episodios románticos y escenas de discreto interés. Y «Nona», relata las típicas

costumbres del pueblo, y afluyen a la riqueza de la descripción la agilidad de los lugares comunes, refranes y comparaciones de frase hecha, como queriendo revestir el estilo de la franqueza de las costumbres...

Eran los niños una de las debilidades de aquel carácter, y no pasan por sus narraciones sin un detenido exámen cariñoso. Puede decirse que cuando Selgas encuentra ocasión para elogiarles, se olvida de la novela y se detiene absorto como ocurre en «El Angel de la Guarda», al llegar a un pasaje donde un niño, Serafin, ha quedado dormido. Dice entonces, elevándose sobre la trama, apartándose, por la fuerza de su temperamento, de la acción novelesca:

«El sueño de los hombres se asemejan a la muerte, adquiere la fisonomía una expresión triste, y se proyecta sobre la frente una sombra extraña; el hombre dormido es un cadáver que respira; parece que el espíritu, preso en las ligaduras de la vida normal y separado del mundo por las tinieblas del sueño, se angustia de verse solo.

Por el contrario, en el semblante del niño dormido parece que brilla una luz misteriosa que lo ilumina dulcemente. Alrededor de su cabeza hay algo como una aureola que la circunda, y en su boca, que no ha aprendido el lenguaje de los hombres, se dibuja la sonrisa de los ángeles.

El hombre parece sepultado en la ceguedad del sueño; el niño parece que flota en el éter invisible de una vida que nosotros desconocemos. En el sueño del hombre están las zozobras de su conciencia, las inquietudes de sus pensamientos, las agitaciones del mundo en que vive, En el sueño del niño está la paz de su inocencia, la alegría de su pureza, la visión misteriosa de un mundo desconocido. Si el sueño es el descanso de los hombres, me atrevo a decir que es el placer de los niños. Deben creer que durmiendo se sustraen al dolor de haber nacido, o tal vez el sueño es para ellos el umbral del mundo a que han venido, desde el cual pueden ver algunos resplandores del mundo que han dejado».

También «Nona» es una niña en la que Selgas pone su úl-

timo entusiasmo. Pasa por la novela como la imagen del candor, de la inocencia y de la bondad. Su silueta ennoblece las páginas de la obra póstuma, y en el ambiente rural que está colocada, se distingue por el perfume de su sonrisa discreta, por la suave coloración de sus mejillas, por su honesto recato, como la última flor simbólica que enamoró el alma hecha versos del poeta.

Se ha reputado «Nona» como la mejor novela de Selgas. La acción es conmovedora y el desarrollo de los sucesos intriga e interesa. Los principales personajes se destacan por la nobleza de actos y el impulso de sentimientos acrisolados en la reciedumbre de una estirpe noble, de historia immaculada, que más bien que pergaminos legó ejemplos buenos. inclinaciones morales y sangre generosa. El ambiente tiene naturalidad y belleza, y el léxico como antes queda dicho: es de gran dificultad técnica por la facilidad de expresión y el donaire de los conceptos, muy apropiados para el cuadro que pintan, salvándolos por un milagro del genio, de la vulgaridad chabacana a que pertenecen.

Cuando muy próximo a los sesenta años escribiera las páginas de «Nona», quizá algún decaimiento físico o el presentimiento de su cercano fin, le movían a meditar sobre la muerte, y tal aberración, tomando arraigo en su temperamento, no pudo apartar de aquellas páginas sus sombras agoreras. Es una idea obsesionante que le induce a observar minuciosamente el trance funesto y a sentir la inquietud de esa hora nadvertida. Dice, sintiendo miedo de andar por la tierra vacilando su paso ante el hoyo desconocido que le aguarda: «No es posible andar mucho tiempo por el camino de la vida sin tropezar una vez y caer para siempre. Por triste que nos parezca el caso, ello es que la sepultura abierta va siempre delante de nosotros. como un asilo, que más tarde o más temprano, ha de recibirnos, No hay manera de salvar ese pequeño abismo; y échese por donde se quiera, siempre vendremos a parar a la muerte».

Vuelve, a las pocas páginas, a inquirir lo insignificante de

nuestro ser material, a considerar lo pequeño que somos enfrente de lo desconocido: «La muerte está de tal manera en nuestra pobre naturaleza humana, que a cualquier accidente, a cualquier dolencia aparece retratada en el semblante.» Y después; como temiendo que le sorprenda la convulsión final sin haberlo dicho todo, con alguna aspiración entrecortada, con alguna pena en los labios: «Siempre será un misterio impenetrable ese último pensamiento que el moribundo se lleva al pasar de esta vida a la otra. Algo queda por decir en ese momento solemne, que la muerte impide que se diga».

La tristeza de sus presentimientos se fortalece mirando con serenidad al infinito, y el alma participa de un estremecimiento de atracción. Levanta los ojos y busca a Dios para encontrar consuelo; y ante la esperanza de su misericordia, se despejan las nubes de sus pensamientos, y la vida tiene de nuevo. por el alma esperanzada, la alegría bondadosa de una transición temporal: «Siempre que salimos de la iglesia,—dice,—si hemos meditado, si hemos orado al pie de los altares donde la fe venera al Dios vivo, encontramos el cielo más esplendoroso, la naturaleza más rica, el ambiente más puro. la vida menos triste y las gentes más buenas. Sacamos de allí algo en nuestro corazón que todo lo embellece, que todo lo purifica, que todo lo ama. El templo, es la casa de Dios, y, por lo tanto. el único hospedaje digno del hombre. Cerradnos esa puerta augusta por donde el mundo se comunica con la eternidad, y no tendremos refugio a que acogernos en nuestras adversidades, en nuestros desconsuelos, en nuestras tribulaciones, ni en nuestros triunfos, ni en nuestras alegrías».

Después de esta reflexión íntima, el temperamento del autor no vuelve a influir en la novela. Parece que sus fúnebres presentimientos se dispersaron ante el plácido amor del espíritu en soledad y en plática con el Altísimo. No pudo dejar más luminoso horizonte idealista para guía y aspiración de atribulados.

Bondad, belleza, esperanza... Esto abarcó su ingenio fecundo en el arte: lo mismo practicó en la vida privada. Noble, ar-

tista, buen esposo y buen padre, se conformó con la modesta posición a que le llevaron sus principios de ética, sin inquietudes por el fausto, ya que la gloria, aspiración sublime del alma, le prodigaba tantos favores como le negaba la fortuna. Murió pobre por obedecer, como en la literatura, los imperiosos dictados de su temperamento, por no poder reprimir su natural indiferencia hacia los puestos de alcurnia social, porque no se envileció con la adulación al poderoso y porque vivió siendo un carácter y un hombre de bien.

Así le sorprendió el tránsito. En la vida del arte, como había presentido, algo le quedó por decir, en este momento solemne. Su última novela, «Nona», no había sido terminada: quedó a falta del desenlace. La mano de un amigo íntimo escribió, con reverencia, el último capítulo.

IV.-Como humorista...

Fué Selgas, como humorista, lo que pudiéramos llamar «un caso».

Jamás la fina mordacidad, el aticismo y la sátira se dieron cita de una manera tan unánime para recamar las prosas de un ingenio como el suyo, extraordinario en el acierto del vocablo diestro en el juego de las palabras, certero en la aplicación de lo corrosivo a la descarnadura, elegante hasta para los temas más usuales.

Prescindimos de enumerar las obras de Selgas que comprenden esta fase importantísima de su vida literaria, donde quedaron las gemas de más valor de tantas como prodigaba su inagotable ingenio. En estos breves comentarios no hablamos, no podemos hablar para aquellos que ignoran cuales fueron esas obras como otras muchas no menos famosas del ilustre murciano. Necesitaríamos más espacio.

Las damos por conocidas y prescindimos de pormenores elementales, aun cuando sabemos, tristemente, que al decir, como don Simón Mellado decía en su trabajo sobre el gran

poeta, publicado en Lorca en 1915, que «la obra de Selgas es de todos conocida» nos referimos a su importancia difusora, al realce que Selgas tuvo como hombre de letras y hasta como ocupante de un cargo político de valía, a la razón suprema de creer que todos han leído lo que debieran para solaz e instrucción, obedeciendo al reconocimiento consciente de los propios valores. Y si esto es en cuanto al concepto general, ¿cuanto no más estamos obligados los murcianos a ese tributo de admiración y cariño?

Dentro de unos días, cuando en el Parque de Ruiz-Hidalgo se descubra el busto de bronce que copia los rasgos fisonómicos de aquel gran ingenio que amó a Murcia fervorosamente ya que en ella alimentó su cuerpo y se encendieron en su imaginación los fuegos de oro de un sol espléndido y las fantasías primaverales más ensoñadoras; cuando el pueblo murciano desfile ante aquella expresión noble y arrogante a la que da prestancia una romántica melena, que haga un examen contrito y cada uno busque en sus adentros la razón individual de tal homenaje, y sí pasa, conscientemente, por delante de aquella estatua, se verá entonces que pocos comulgaron con sus inspiraciones, qué pocos le comprendieron y se hermanaron con su ingenio por el fervor de la admiración y la simpatía y qué advenedizo es en su tierra. ¡Cuán solo estará en ese instante el busto de bronce entre homenajes oficiales y una multitud indiferente!

En todo centenario, cuando se trata, como en el presente, de un escritor ilustre cuyas producciones pudieron quedar algo apartadas en la generación actual, es costumbre facilitar su difusión y conocimiento por medio de ediciones de precio económico o costeadas por un organismo oficial, y en esos libros integrar lo más famoso con lo más desconocido. De esta forma, cuando las engalanaduras teatrales, los discursos y los aplausos han desaparecido, quedan entre las manos del espectador unas páginas que atraen su atención y estimulado por los elogios que acaban de oír hacia quien no conoció más que de

nombre, llega a enterarse por su lectura completando así el homenaje más íntimo e indudablemente el máspreciado.

Un libro muy valioso y ameno podía formarse en la ocasión presente con algunas poesías de «La Primavera» y unos cuantos artículos de la colección «Estudios sociales». Así daríase a conocer al elemento popular, que es quien reviste de prestigio a estos actos públicos, lo más abigarrado e interesante del ilustre hombre cuyas cenizas van a ser depositadas en una tumba abierta en la capilla del Beato Andrés Imbernón.

Próxima está la fecha del homenaje. Cuando llegue el momento de enaltecer la memoria del insigne cantor murciano, se dirá, como hoy decimos nosotros, que la obra de Selgas es de todos conocida y por eso hay que eludir su detenido encomio. Merecía ser conocida de todos, efectivamente, por lo que tiene de educadora y ejemplar. Está escrita a impulsos de un corazón sano, que fué por la vida enamorado de la virtud y el deber, las grandes aspiraciones bienhechoras.

Su sátira no obedeció a funestos impulsos. Fué ariete contra la inmoralidad y disciplinas sobre las flaquezas de los que malversaron los intereses económicos y morales del pueblo español. No se hicieron en vano castillos de palabras, pirotecnias de léxico y paradojas sobre paradojas: que buscaban, burla burlando, el sitio certero donde herir al error y a las costumbres ridículas de la época. Su pluma no se mojó en veneno para emponzoñar las cuestiones y dañar de muerte reputaciones y nombres: fué en lo social, donosura, chiste y gracejo, y en lo político, florete que buscaba la ineptitud y la soberbia para zaherirlas con lo agudo de la intención y lo penetrante de la palabra con doble sentido.

El estilo de ese género primoroso es breve, cortado, severo, sin enlaces ni disgresiones que no pertenezcan a la expresión que desarrolla y a la que presta variedades y matices insospechados. La palabra, en el telar de este escritor sagaz y nervioso, se tornasola. A cada momento cambia y se sutaliza con variaciones de sentido y modificaciones del pensamiento que les dió origen.

No es jocoso para regocijar ni es triste para filosofías desesperadas. Ese término medio prudente y mesurado es la distinción que más le resalta. No hay tristeza en sus prosas satíricas ni estrepitosos optimismos. Todo está allí, sin embargo, lo triste y lo alegre, la vida superficial como la del alma y todo marcha y se desliza ante la percepción, embriagada por tanto esplendor y tanta feliz ocurrencia con que se reviste lo peremne, lo cruel, lo adverso, para que llegue sigilosamente a herirnos, poco a poco, despacio, taladrante, como en las heridas mortales, como se va la vida...

V.-Ante los restos del poeta

Los artistas no participan por completo de la muerte. La anulación absoluta, esa ausencia distante del espíritu, no rige con los genios. Ellos son la excepción de la regla fatídica en la que todos son iguales. Como todos se van del mundo, desaparecen sus cuerpos; pero quedan sus manifestaciones sensibles; sus obras; que en el libro, en el lienzo o en el mármol renuevan todos los días las emociones y sentimiento que les dieron vida peremne. En el mundo del arte, palpitan contemporáneamente todos los hombres desaparecidos que brillaron en el universo por la fastuosidad de sus concepciones. No importa la distancia.

Homero, a pesar de su legendaria existencia, narra sus famosos hechos en los días presentes. El viejo rapsoda no murió, (en caso de que viviera) y bien pudo ser que ante la heroica leyenda de sus obras que le dieron nombre, ese nombre lo fuese todo. El cuerpo, si lo hubo, ¿qué importa? Aunque las cenizas mortales se aventen, el genio vive y confraterna con las imaginaciones de hoy, como vivirá con las de mañana. No hay edad ni medida para la siembra de las ideas y los sueños del espíritu.

Se van perdiendo cuerpos de hombres ilustres: aquellos te-

renales despojos fueron reliquias de las excitaciones admirativas y al perderse, en nada menospreciáronse sue memorias.

A nosotros han venido ahora como un tributo al seno de la tierra murciana, los restos de un hijo ilustre que todos conocemos por la maravillosa atracción de las ideas, por aquel rastro luminoso, que quedó, como un perfume, detrás de su existencia. No fué preciso conocer y tratar al hombre para saber de su alma, de su moralidad y de los tesoros de ternura que formaban su idiosincrasia. En sus obras late todavía su corazón.

En esta tierra donde Selgas vió por primera vez el rutilar del sol y sintió la bondadosa alegría que produce la conciencia de la vida, al volver los restos mortales, los despojos de la naturaleza, lo inanimado, lo verdaderamente muerto, parece como si se completase la adhesión hacia el hombre y su obra. Yo así lo he sentido, cuando dentro de un lujosísimo féretro, cerca de mi naturaleza que era un gérmen alambicadísimo cuando Selgas vivió, han pasado sus restos. Allí parecía estar la parte supletoria, el hombre, atrofiado en un sueño anestésico, viviendo entre nosotros, realizándose el milagro de que el correr de los años volviese atrás y que la vida se integrase de nuevo a los despojos inertes y fríos. Allí estaba muy cerca de nosotros, cerca del pueblo murciano que arrojaba rosas sobre su ataúd. Estaba entre nosotros y por una aberración de la fantasía mirábamos su féretro y nos decíamos;—Ahí está su cuerpo, próximo a animarse.

Y sobre el severo túmulo, en la mañana de los funerales, la ilusión persistía y el complemento inverosímil se acentuaba, formando con su ofuscación un caso maravilloso y simpático. Selgas oía aquellos elogios de la elocuentísima oración fúnebre y estremecíanse sus restos, acaso acercándose instantáneamente a la vida orgánica, propensos al movimiento y al calor de la sangre en una reacción que como la de Lázaro ante la voz divina, rompiera el sudario para mostrarse a las miradas atónitas.

Así es que, al terminar la ceremonia religiosa y llevar procesionalmente el ataúd en busca de la nueva morada, algo in-

terior nos advertía que se daba *nuevamente* al que estuvo dos días entre nosotros, participando de las efusiones cariñosas que el pueblo le ofreció con el más emocionado de los respetos.

* * *

El amor de Murcia ha brindado las flores de sus huertos al poeta que las enaltece con su talento y con su corazón.

Ya descansa en paz en el seno de la tierra nativa, bajo la protección acogedora de la Iglesia, y dos lápidas con inscripciones de veneración a su memoria indican donde se hallan los restos del poeta. Ante la verja de la capilla que le dió definitivo asilo, las mujeres mureianas se postran y rezan. Así, conservando la semejanza que hizo Selgas de las mujeres con las flores, definiendo cada encanto femenino con una bella flor adecuada, las mujeres murcianas, al dedicar ante su sepultura una plegaria, perfumarán su recuerdo en todo tiempo, simbolizando las mejores galas de una primavera inalterable.

ANDRÉS BOLARIN

(Estos artículos se publicaron en el diario «La Verdad» desde primeros de Mayo hasta mediado el mes de Junio de 1.922; menos el último, todos se dieron a la publicidad antes de que fueran trasladados los restos del insigne poeta.)



FE DE ERRATAS

Entre las erratas observadas en la presente edición, aclaramos las que se expresan en la tabla siguiente, por considerarlas que alteran el concepto del texto; encargando al buen juicio del lector, subsane aquellas otras sin importancia que en nada desvirtuan el sentido de lo escrito.

FE DE ERRATAS

Entre las erratas observadas en la presente edición, aca-
mos las que se expresan en la tabla siguiente, por considerarse
que alteran el concepto del texto; encargando al buen juicio del
lector, baste a aquellas otras sin importancia que en nada des-
virtuan el sentido de lo escrito.

Pág.	Línea	DICE	DEBE DECIR
6	13	Folguears	Folgueras
12	15	Peosía	Poesía
14	36	dramático	dramaturgo
18	18	Estduio	estudio
26	25	Jueio	Junio
27	6	Emilo	Emilio
30	23	soliictada	solicitada
32	1	comunicaba	comunicada
43	9 y 10	obligacion	oblación
46	29	1622	1822
47	14	unos escritos inmortoles	sus escritos inmortales
48	1	vericas salis	micas salis
48	30	tramplantarle do	a traslador a
49	3	al unísono de la misma	al unísono de otras de la misma
49	7	sentía	sendica
49	28	Ros agililia consalliun	Flor agililia convalliun
50	2	ejeio	ejus
	3	Domeño	Domino
	7	asuria	omnia
51	18	últimos	humildes
53	6	Lu sombras	Luces y sombras
55	26	Posibilidad	Pasividad
56	8	Gervantes	Cervantes
70	4	ocude	acude
73	31	Lola Rodríguez	Teresa García
74	13	maco, Murcia hhermana	mano, Murcia hermana
78	21	Gaiicia	Galicia
78	23	Cantrres	cantares
79	2	Frudencio	Prudencio
80	6	«Céspedes mei»	«Céspedes mol»
81	15	cantó una saeta	Entonó primorosamente una saeta
81	23	leyó	recitó de memoria
87	20	Así las murcianas son gitanas, en lo mortal	Así las murcianas son Princesas en lo ideal gitanat en lo mortal
96	22		
101	5	Snrcaron	surcaron
102	25	Besos del día	Cosas del día
103	23	Fulvio	Fulvia
104	17	crueldad en la mano	crueldad la mano
109	10	sitiéndose	sintiéndose

Pág.	Línea	DICE	DEBE DECIR
112	32	cuartilas	cuartillas
113	25	inhexauro	inexhausto
116	14	En el bien de una mirada en toda dicha esperada	En el bien de una sonrisa en la luz de una mirada en toda dicha esperada.
117	16	Cuardos murcianos	Cuadros murcianos
118	15	difuenden	difunden
132	32	cantar	cantor
133	20	bellez y poesía	belleza y poesía



INDICE

	<u>PAGINA</u>
Portada.	3
El Libro del Centenario.	5
Partida de nacimiento.	6
Biografía de D. José Selgas Carrasco	7
Iniciativa de la celebración del Centenario.	17
Constitución de la Junta del Centenario.	25
Traslado a Murcia de los restos de Selgas.	29
Solemne conducción de los restos.	35
Solemnes funerales en la S. I. Catedral	41
Oración fúnebre.	42
Brillante fiesta literaria y musical en el Teatro Romea.	63
Discurso de D. Emilio Díez de Revenga.	64
Canto a Castilla, de Marciano Zurita	71
In memoriam: Cataluña, de E. Marquina	74
Canto a Valencia, de M. Thours	76
Canto de Galicia, de Prudencio Rovira	79
Canto de Andalucía, de N. Díaz de Escobar.	81
Canto de Aragón, de Arturo Romani	84
Canto de Murcia, de P. Jara Carrillo	88
Himno a Murcia, de Ramirez y Jara Carrillo	92
Discurso de D. Manuel de Sandoval.	95
Poesías de D. Ricardo S. Madrigal	109
Ejemplaridad, de D. Antonio Maura	112
La cuna vacía, de Selgas.	115
La felicidad, de Selgas	116
Cuadros Murcianos.	117
Descubrimiento del busto en el Parque de Ruiz Hi- dalgo.	123
Discurso del alcalde de Murcia.	124



Discurso de D. Isidoro de la Cierva	125
id. de D. Vicente Llovera	126
id. de D. J. Rodríguez Valdés	127
id. del general Ortega	128
id. del gobernador civil	129
id. de D. Mariano Ruiz-Funes	129
Lectura de poesías	
De D. Ricardo S. Madrigal	130
De D. Dionisio Sierra	132
De D. E. Soriano y D. F. Frutos	136
De D. Leopoldo Ayuso	139
De D. Andrés Bolarín	139
Apéndice	141
Velada en el Centro Ferroviario	144
Envío	155
El Centenario de Selgas: Artículos de D. A. Bolarín	
La realidad de un sueño	157
Bellos los años son, bella es la vida	160
La novela y el temperamento	163
Como humorista	168
Ante los restos del poeta	171
Fé de erratas	175
75	
79	
81	
84	
88	
92	
95	
109	
112	
115	
116	
117	
123	
124	



